

LOS ASTORIA

© PAJARES EDITORES 2013

Jesús Espina Chaín

PREFACIO

Manuscrito del Emperador Alejandro Astoria I

Tengo una sensación de sentimientos encontrados. La emoción y el peso fuerte de la responsabilidad crecen dentro de mí, este es mi primer escrito después de haber sido nombrado Emperador de la Confederación Galáctica del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea.

Soy el hombre con más poder terrenal que cualquier otro, mi autoridad sólo es comparable a la de Su Santidad el querido Papa Pío LXX. Cualquier persona en el futuro que lea esto, estará en mi posición ya que sólo quien ocupe mi cargo tendrá acceso a este archivo secreto.

Lo primero que debes saber, querido sucesor, es que la humanidad ha ido demasiado lejos, tanto para bien como para mal. Ahora el Planeta Tierra está bajo un sólo mando, y no sólo este, si no, hemos conquistado la mayor parte de la Galaxia. Pero precisamente por ello, por la codicia y ambición tan grande del hombre, fue que la humanidad tuvo que escarmentar con nuestra venida, los nuevos profetas. Sin duda nuestra tarea es impedir que las enseñanzas del Señor Jesucristo se pierdan, para ello,

fuimos dotados con increíbles talentos capaces de controlar los elementos y las energías. Como ahora se nos llama, somos los humanos apostólicos, apenas existimos unos pocos.

Ha sido difícil tomar el control y mantener la paz con las distintas razas de los planetas recién descubiertos, pero por medio de una evangelización correcta y sutil a sus antiguas creencias lo hemos logrado en gran parte. En el pasado se dudaba sobre la existencia de vida fuera de la Tierra. La hay, pero el pueblo consentido del creador somos la raza humana, la cual curiosamente no sólo ha existido en nuestro planeta si no, en distintos sistemas dentro de la Galaxia.

La llegada de los primeros humanos apostólicos se liga a finales del pontificado del Santo Juan Pablo II, curiosamente coincide aproximadamente con los primeros archivos de audio y video confiables que tenemos.

No daré mas vueltas, ya que en unos minutos me espera una reunión con Su Santidad y luego será mi toma de posesión en el Senado de la Confederación. Por eso debo sintetizar más adecuadamente el contenido de este legado que irá pasando de generación en generación.

El mandato divino fue claro cuando el arcángel Gabriel vino a anunciar a Roma que yo y mis descendientes, los Astoria, seríamos la autoridad terrenal encargada de la evangelización Universal, siempre teniendo en cuenta a Su Santidad el Papa, quien sigue siendo la máxima autoridad espiritual dentro de la creación.

En el mandato que recibí del Altísimo, se me encomendó mantener la paz y la estabilidad de su pueblo evangelizado, hasta que llegase el apocalipsis y la salvación fuese eterna para más almas. Todo ser vivo es creación de Dios y su intención es tener su gloria asegurada.

Hemos tenido que luchar contra algunas voces que reclaman que el modo de gobierno de la Confederación Imperial debería ser democrático y no una monarquía. Pero... ¿Cómo poner de acuerdo a los habitantes de 74 planetas que conforman la Unión? Además fue descrito por el arcángel que Su Santidad, el Papa de Roma y nosotros, los nuevos Emperadores, fuésemos quienes dirigiésemos las fuerzas celestiales para combatir las fuerzas de Lucifer que ahora se han exiliado fuera de esta Tierra, pero que sin duda, querrá recuperar.

Lo más esencial de esta carta es describir lo siguiente: Cristo llegará para juzgar algún día a toda la creación y tenemos que hacer de la humanidad y el Universo enteros más fuertes en sus máximas debilidades, las cuales, supongo, tendremos que ir descubriendo.

¡Gloria a Dios en las Alturas!

Ciudad Santa de Roma a los 17 días del mes de abril del año 4007.

Capítulo 1

El último heredero

Cerré el cuaderno de piel del Archivo Secreto de Los Astoria. Ahora que estaba en edad, con veintiún años y lo había recibido pronto llegaría el momento, justo en tres semanas, tomaría el cargo que legítimamente me correspondía después del asesinato de mis padres, los anteriores Emperadores. En ese entonces yo solamente tenía unos cuantos meses de haber nacido y si no morí en el atentado fue un milagro de Dios, o bueno, al menos era lo que me decían.

- Feliz cumpleaños León – me dijo Su Santidad – Por la expresión que veo en tus ojos sé que ya haz leído la primera carta de Alejandro Astoria.

Miré al anciano de pelo blanco y arrugas surcadas que tenía frente de mí. Era el Papa Anastasio VII, jerarca de la Iglesia Universal, pero para mí era como un padre.

Él me había defendido. Cuando mis padres murieron muchos quisieron poner fin al Régimen Imperial. Sobre todo porque yo tardaría algunos años en poder tomar decisiones referentes al gobierno de la Galaxia. Pero Su Santidad había abogado por mí diciendo que era mi derecho legítimo y que era parte del anuncio divino que había traído el arcángel Gabriel a mi antepasado Alejandro Astoria, alrededor de cuatrocientos años atrás. Desde entonces William de Serbin, mano derecha de mi padre, es quien se ha hecho cargo de la regencia del Imperio. Sin embargo en tres semanas, yo seré el Emperador de la Confederación. Este día siete de julio del año 4407 es el día en que cumplo mi mayoría de edad, en tanto, ya estoy en tiempo para gobernar. Esa misma mañana Su Santidad me había entregado el primero de los cuadernos de las memorias de mis antepasados.

- Creo que Alejandro Astoria se sintió igual que yo ahora mismo cuando escribió esto – le dije al Papa esbozando una tenue sonrisa. – La diferencia es que nadie decía que él sería el último de los Astoria.

Y es la verdad, yo soy el último de los Astoria hasta el momento, al menos hasta que engendre un hijo, y eso por el momento no está en mis planes.

- León Astoria, Dios tiene una misión preparada para ti, eso siempre lo he sabido – me dijo, aunque más fue para sí mismo. – No sabemos que vaya a pasar después pero lo que sí sé es que hoy tú eres el Príncipe de la Galaxia y en unas semanas serás el Emperador, lo único que puedo hacer es rezar por ti y confiar... confiar porque creo que estás preparado.

Sonreí a Su Santidad.

- Espero estarlo – dije nervioso, aunque con una sonrisa – Sólo sé que las ansias me comen.
- Quizá esos sean dos de tus problemas: las ansias y la impaciencia – me dijo él también sonriendo, como un padre a su hijo pequeño – Pero por el momento disfruta de tu cumpleaños que grandes responsabilidades están por venir.

El anciano se levantó de la superficie de mi cama y dedicándome otra sonrisa, salió de mi habitación.

Me quedé sólo en mis aposentos contemplándolos. El mármol blanco predominaba en todas las paredes, decorado en tono azul rey con rojo. Era mi último cumpleaños en el Palacio Apostólico y Su Santidad dejaría de ser mi tutor para irme a mi propio Palacio Imperial de Balahuk, en la ciudad de Madrid.

Estaba emocionado y quería compartir mi sentimiento con los míos. Mis eternos amigos Enrique, Román, Mía y mi drofer, una especie de león alado traído de Venus llamado Rajha. En definitiva ellos, junto con Su Santidad y mi maestro el Dr. Chelsea (algunos más que irán conociendo) eran las personas más importantes en mi vida.

Emocionado me vi al espejo y un chico sonriente me devolvió la mirada. Contemplé mis ojos verdosos y mis cejas tupidas como las de mi madre, y mis labios rojos carnosos con mentón cuadrado heredados de mi padre. El

color blanco de la piel y el pelo cenizo era una herencia de los dos.

Me puse una vestimenta más formal con rapidez y salí lo mas aprisa que pude hacia el vestíbulo del Palacio Apostólico.

Llegué a los pocos minutos, con los labios un poco cansados de tanto sonreírle a las personas que me iban felicitando durante mi transcurso, cuando llegue a la puerta principal encontré a quienes buscaba.

- ¡Feliz cumpleaños Leonaso! – me saludó Enrique con una fuerte palmada en la espalda, era su costumbre darte esta con tanta fuerza que te dejaba un poco de dolor, pero no había de que quejarse, yo hacía lo mismo.
- Has dejado de ser un cachorro para convertirte en un gran cazador – me dijo Román también abrazándome.
- Muchas felicidades amigo. – me dijo Mía besándome en la mejilla.

Les sonreí abiertamente agradeciéndoles sus felicitaciones, mientras veía como uno de los empleados del Vaticano se nos acercaba.

- Alteza le recuerdo que solo tiene media hora antes del encuentro público que le ha sido programada con motivo del cumplimiento de su mayoría de edad.
- Gracias. – me limité a decirle con una sonrisa.

La verdad era que quería aprovechar el poco tiempo que tendría para festejar mi cumpleaños realmente, lo demás

serían cosas propias del protocolo que si bien no me disgustaba, tampoco era en lo que podía emplear mejor mi tiempo.

- ¡Vamos a la cueva! – dije con tono apurador una vez el empleado estuvo lo bastante lejos para no escucharnos nada.

La cueva era un refugio que Su Santidad me había obsequiado para estar un rato lejos de cualquier perturbación política. Él decía que todas las personas necesitábamos nuestro propio espacio, pero no sé si bien o mal hecho, siempre hice del conocimiento de mis amigos dónde estaba aquella cueva, la verdad es que en ellos tres confiaría mi vida.

- ¡No te dará tiempo León! – espetó Mía en un susurro.
– Recuerda que ya no eres un chiquillo, pronto tomarás tu responsabilidad como Emperador...

Sus palabras hicieron a mi mente salir del lugar. Era verdad, mi cumpleaños había sido tan perfecto hasta que recordé que esto no sólo se trataba de asumir un cargo, si no, una verdadera responsabilidad para toda la vida y que lo cambiaría todo. Siempre lo había sabido y estaba decidido, pero era una costumbre mía a veces dejar lo incomodo para después. Mi menté entró en pánico al pensar en la primera decisión importante que fuera a tomar, de algún modo quería que fuera ya y de otro modo quería que aún siguiera siendo aquel chiquillo, bueno y pillo.

- ... y la relevancia de los actos que desde hoy en las vidas de millones van a tener – terminó Mía con sus palabras sacándome de mi ensimismamiento.
- ¡Miren quien está en televisión! – se apresuró a decir Enrique.

Voltee a la pantalla gigante que colgaba del vestíbulo y vi al aún regente del Imperio en sus pixeles. William de Serbin la antigua mano derecha de mi padre que a mi me generaba tantas dudas.

- No me queda más que congratular al príncipe a nombre propio al igual que el de toda la Confederación por la mayoría de edad que hoy cumple y estaré orgulloso de entregarle el mando de la Galaxia el próximo día veintiocho de Julio. – decía William a la prensa.

Levanté una ceja y miré a la pantalla con incredulidad.

- ¿Qué tanto estará dispuesto a dejar el poder ese cabrón? – comentó Román exhalando aire en señal de incredulidad.

Mis amigos no eran muy afines a William ya que él se había opuesto continuamente a que ellos siguieran llevándose conmigo debido a que no pertenecían a una clase demasiado privilegiada, mas bien, los hermanos Román y Mía, ambos blancos, de pelo castaño, de estatura media y ojos expresivos, habían sido hijos de simples empleados del Palacio Apostólico a los que yo había escogido desde pequeño como mis amigos y a quienes quería como hermanos. Enrique, por su lado era de las colonias fuereñas, hijo del Virrey de Júpiter, uno de los territorios en

los que el sistema de evangelización de William no era muy bien aceptado.

Enrique era apiñonado, alto, de ojos castaños y profundos con pelo largo, ondulado y negro y le conocía yo desde los diecisiete años cuando llegó a Roma para recibir preparación también por parte de Su Santidad.

- No lo sé – dije pensativamente. – Ya saben que no tengo una postura aún muy bien definida acerca de William.
- ¡Es un imbécil! – se apresuró a añadir Enrique, siempre que encontraba oportunidad para atacar a William lo hacía. – No sé por que el Senado lo mantiene en el puesto, a mi parecer ni a Su Santidad le cae bien, es un poco agresivo y anti ecológico, además de ser un bastardo que se cree dueño del Universo con su soberbia y prepotencia.
- Calma... - incitó Román. – Ya pronto León tomará cartas en el asunto. ¿No es así León?

Mis amigos me miraban urgidos y yo me limité a mantener mi seriedad.

- Por el momento lo necesito, en lo que aprendo a administrar todo – les dije.
- Sabemos que eso es cierto a medias – opinó Enrique. – A ciencia cierta nunca sabrás si te esta dando autonomía o sólo sigue enriqueciendo sus intereses.

Lancé una mirada apremiante a Enrique, que pese a aceptar y querer mucho a Román y a Mía, a veces reflejaba en él lo que tanto criticaba.

- No es momento de que León piense en ese tipo de cosas – se apresuró a añadir Mía para romper el silencio incomodo que se había producido. – Es consiente de todo esto, simplemente quiere tener un poco de paz por hoy, al menos hoy que es su cumpleaños.
- A eso quería llegar – le dije a mi amiga dirigiéndole una sonrisa.

Todo estaba listo para el encuentro con el Pueblo. Incluso yo lo estaba, me gustaba aparecer en cámaras y ser carismático con los medios. Eso sí, sin olvidar todo lo que yo representaba.

Poco antes de salir ante los medios me encontré a solas con el Dr. Chelsea en la parte trasera del balcón principal del Palacio Imperial de Balahuk, donde sería mi fiesta de cumpleaños y según la ley debería de mudarme esa misma noche para iniciar el proceso de veintiún días para la coronación de un nuevo Emperador. Después de veinte años la Galaxia tendría un Emperador.

El doctor Chelsea era un experto en las tecnologías humanas y en los dones divinos de la magia celestial concedida por Dios. Él, junto con Su Santidad, me había enseñado todo cuanto sé. El viejo Pontífice tenía arduas tareas para su edad, como dirigir a toda la Curia de la Galaxia y aprobar junto con el Colegio Cardenalicio las normas morales que todo hijo de Dios estaba obligado a cumplir.

- Dr. Chelsea, me gustaría cantar a la prensa – le dije en tono de broma, aunque siempre había tenido un

cantante dentro de mi interior y a mi juicio y al de mis amigos no lo hacía del todo mal.

El viejo Dr. Chelsea me miró con cariño a la vez de que su mirada me apremiaba.

- Hagamos un trato León. – comenzó el Dr. Chelsea. – Tú cumple bien con la conferencia de prensa, muéstrate como el futuro gobernante de la Galaxia y en la fiesta de esta noche yo me encargaré de que puedas cantar sin que nadie sospeche que fue iniciativa tuya.

Acepte con una sonrisa su trato al momento de que las trompetas comenzaron a sonar anunciando mi pronta salida. Sentí una gran emoción al oír las ovaciones de la gente, por fin me verían hecho un hombre con todas las facultades para el puesto político más importante de la Galaxia.

- Su Alteza Imperial, León Alejandro de Astoria y Teruel, Príncipe de la Confederación Galáctica del Imperio del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea. – anunció una voz desde fuera.

Salí al balcón y la luz me deslumbró. Con una mano invoque la magia celestial e hice que una nube individual me cubriera de los destellos de luz.

El clamor se alzaba, la gente me quería, quería que yo fuese su Emperador. Alcé las manos saludando a la multitud.

William de Serbin estaba a mi lado y me tendió un brazo para abrazarme y luego alzarme la mano.

- Señoras y señores, humanos, fuereños y todos los presentes. – comenzó el Regente Imperial. – Ante ustedes tienen al futuro Emperador de la Galaxia, hoy en su cumpleaños en el que por fin cumple la mayoría de edad y a unas pocas semanas de ser coronado por Su Santidad. Oigamos algunas palabras de lo que nos tiene que decir.

Busqué entre la multitud y pude ver a mis amigos entre las primeras filas. Al otro lado, desde el balcón de honores del Palacio de Balahuk, podía ver a Su Santidad sonriente.

Me adelante hacia los micrófonos y vi por fin con detalles lo que tenía enfrente de mí. Miles de seres de todas las razas, humanos y fuereños me veían con impaciencia, en la gran Plaza del Palacio Imperial, cuya fachada era una mezcla de mármoles negros y blancos.

Me puse algo nervioso y después tomé aire y con total soltura comencé a hablar, recordando todas las enseñanzas antes aprendidas.

- Mi Querido pueblo del Imperio Galáctico del Sol, es para mi un honor estar aquí frente a ustedes y agradezco a Dios Altísimo la oportunidad de poder servir a este Imperio, pero sobre todo a su causa evangelizadora y alejar las fuerzas de Lucifer fuera de los territorios de nuestra Unión, así como seguir evangelizando cada vez a más pueblos de este nuestro Universo, para lograr que el amor y la misericordia de Dios Jesucristo llegue a la mayor cantidad de almas posibles. – hice un pequeño silencio – Primero que nada quiero reconocer la labor de Su Excelencia el

Regente Imperial William de Serbin por el trabajo transcurrido durante estos veinte años. Hoy en mi cumpleaños número veintiuno les quiero agradecer a todos por su cariño y apoyo e invitarlos a seguir por sus pantallas la próxima ceremonia de coronación, desde hoy prometo y me encomiendo a este mi Imperio y a la causa de Dios. No puedo irme sin antes agradecer la bella y sobretodo cariñosa educación que recibí del Papa Anastasio VII y mi maestro el Dr. Eric Chelsea a quien considero como un padre. Gracias a todos.

La multitud estallo en aplausos y yo sonreí saludando con la mano, encantado con todas esas caras fascinadas por verme, tenía que admitirlo, mi ego era un poco grande, pero en esencia soy una buena persona, ustedes lo irán descubriendo.

Cuando subí al auto supersónico que nos llevaría de vuelta a Roma tuve la oportunidad de estar solo en mi cabina privada y ahí fue en donde caí nuevamente en cuenta. Era mi cumpleaños y mi última noche como hombre libre, quería distraerme un rato y siempre había querido ir a una discoteca muy famosa en Ibiza de nombre Ku. Llamaría a mis amigos y les diría que esa sería una noche de fuga.

Moví los dedos en activación de mi pulsera celular para acceder al torrente de hologramas que componían el menú de mi teléfono. Tecléé en el aire sobre las formas de luz que comprendían las claves para llamar a Román. Sería cuestión de unos cinco minutos más para estar en Roma de nuevo.

- ¿Qué pasó bro? – oí la voz de mi amigo a través del nano audífono que estaba instalado en mi oído.
- Creo que esta noche el príncipe no estará la noche completa en su fiesta de cumpleaños. – le dije en tono sarcástico.
- ¿Qué quieres decir? - me preguntó con el mismo tono que yo le hablaba, parecía que mi amigo Román y yo estábamos en el mismo canal.

Miré la hora en la pantalla de hologramas.

- Nos vemos en la cueva una hora después de que finalice la comida que dará Su Santidad en mi honor. – le dije con voz rotunda y vacilante también.

Román exhaló largo y profundo.

- ¿No pudiste esperar a la comida para decirnos?
- No quiero correr riesgos de imprudencia innecesaria, Su Santidad es capaz de leerme el rostro.
- De acuerdo, pero espera a que mi hermana se entere de esto – dijo soltando una carcajada.
- Dile a tu hermana que la quiero – dije riéndome yo también mientras escuchaba la voz de Mía insistiendo en saber qué pasaba y con un movimiento de dedos le puse fin a la llamada.

La comida en Palacio Apostólico era una de las pocas cosas que me resultaban importantes en lo referente a mis festejos de cumpleaños según el protocolo.

Sería mi despedida de aquel lugar como uno de sus residentes, donde me había criado prácticamente toda mi

vida y la otra cosa buena sería que no tendría que aguantar tensiones con los miembros del Gobierno Imperial de la Confederación. Únicamente estaría la gente con la que me había criado aquellos años, la gente que se encargaba del día a día en el Palacio Apostólico.

Una vez me encontré solo de nuevo en mi habitación para descansar y hacer un nuevo cambio de ropa para la próxima comida hubo un sentimiento de nostalgia que invadió mi ser.

Realmente era cuestión de horas para que esa dejara de ser mi habitación, ahora serían los aposentos personales de Enrique, quien seguiría su preparación en las habilidades de los humanos apostólicos por Su Santidad y el Dr. Chelsea.

Miré detalle a detalle la habitación. En el techo estaba una hermosa pintura de la gloria de los justos que alcanzarían la salvación eterna el día del Juicio Final. Al centro se encontraba Cristo ladeado a la derecha por la Virgen María y a la izquierda por San Pedro. Alrededor de ellos había una gran multitud celebrando la segunda venida del Verbo Encarnado subiendo al paraíso prometido para las almas de corazón dispuesto.

Al centro estaba una mesa baja de oro blanco con vestiduras rojas con anchas rayas azul rey. La cama sobresalía de una plataforma de mármol blanco sobre la que descansaba el colchón con ropaje similar al de los sillones. El dosel era muy parecido y arriba de él colgaba desde la pared un elegante crucifijo de caoba.

La amplia pantalla de televisión tridimensional resaltaba en el cuarto, y al otro lado lo último en reproductores de

música. Las ventanas tenían pechos de paloma de mármol rosa y persianas de lino blanco.

Mientras vivía mi ensimismamiento de nostalgia alguien tocó a mi puerta y me sacó de aquel ensueño de recuerdos que eran mucho más que un simple oropel.

- Adelante – me apresuré a gritar poniéndome en postura.

La puerta se abrió con vacilación.

- Príncipe, la señora Beatriz desea hablar con usted – me dijo el guardia suizo que estaba a cargo de la vigilancia de mi habitación – Yo le dije que usted deseaba estar un rato a solas pero ella insistió.
- Déjala pasar – ordené apresurado en tanto el hombre se retiraba asintiendo con una reverencia.

Beatriz era la madre de Román y Mía y era lo más cercano a una madre que yo tenía. Ella, junto con su esposo Julio eran los jefes de todos los miembros del servicio laico dentro del Palacio Apostólico.

La puerta se abrió para dar paso a una mujer sonriente, con gran parecido a sus hijos, que me sostuvo en un largo y pronunciado abrazo.

- Feliz cumpleaños León – me susurro al oído besándome la mejilla.
- Gracias – le dije devolviéndole el susurro.

Se hizo para atrás para verme desde un ángulo más amplio.

- Estas hecho todo un hombre corazón, Sus Majestades Imperiales Javier y Diana María estarían muy orgullosos de ti – dijo ella con una sonrisa aún más amplia refiriéndose a mis difuntos padres. Ella había estado al servicio de mi madre durante su preparación con Su Santidad, al igual que su esposo Julio, al de mi padre.

Dediqué una tenue sonrisa.

- No puedo ni recordarlos – le dije con algo de tristeza pero después sonreí – Gracias Beatriz por todos estos años, de verdad me siento muy agradecido contigo.
- No agradezcas corazón – me dijo ella un tanto apenada – No hemos hecho nada a comparación de lo que tu haz hecho por mi marido y yo y claro está por mis hijos. Te queremos y sabes que no podría ser diferente nuestro sentimiento hacia ti.

Me ruboricé un poco para después tenderle un fuerte abrazo y un beso en la mejilla a mi tan querida Beatriz.

- Nana debo de confesar que me siento muy raro, estoy feliz pero algo dentro de mi no puede evitar sentir algo de tristeza. – dije en tono franco – Sólo espero que Dios me de la capacidad de estar a la altura de las circunstancias.
- Lo estás, ten por seguro que lo estás. – me dijo ella casi en un grito. – Todos nosotros confiamos en ti, Su Santidad lo hace y el Dr. Chelsea y mucha, mucha gente más.

Me sentí un poco más tranquilo y dibujé una sonrisa, a lo que ella correspondió inmediatamente.

La comida por mi cumpleaños no se dejó esperar, al poco tiempo de la visita de Beatriz a mis aposentos ya me encontraba en medio de la comida sentado entre Su Santidad y la Cardenal Adriana Zcaprio. En el año 2512 en el Cuarto Concilio Vaticano se había aprobado el sacerdocio de las mujeres y había cambiado a ser opcional el celibato en la generalidad del clero.

La cardenal era sin duda la mujer más importante en toda la galaxia, era una de las siete únicas mujeres dentro del Colegio Cardenalicio y era la Secretaria de Estado del Vaticano. Una mujer muy buena pero también de muy fuerte carácter. Ella era además extraordinariamente guapa.

Enrique se encontraba sentado a dos lugares de mí a la derecha, que estaba junto a Román y Mía, a los que le seguían los padres de ellos, Beatriz y Julio.

- Quiero proponer un brindis – se levanto diciendo Enrique. – Por mi amigo el príncipe León y porque todo lo que haga a partir de hoy salga bien y como Dios manda.

Para mi sorpresa el primero en seguirle a ponerse de pié fue Su Santidad.

- Y me uno a tu brindis Enrique – dijo el Papa. – Hoy es el día en que León demostrará que ya esta listo para su cargo con todo lo que ello implica, estando consciente del alcance de sus actos. Él sabe que aquí todos lo queremos mucho y siempre contará con nosotros para hacer de esta Galaxia un verdadero reino de Dios. Recemos porque el creador lo guie y lo

mantenga con esa nobleza de alma que tanto lo caracteriza y lo ayude a ser un poco menos impulsivo. – estas últimas palabras las dijo con un deje de comicidad que muy bien conocía en Su Santidad, cuando me miró a los ojos supe que él ya tenía idea de lo que estábamos ingeniando para la noche, pero Su Santidad lo dejaría a mi decisión y yo, yo quería disfrutar de una noche de libertad.

Todos se pusieron de pie y alzaron sus copas en mi honor. Después de que la Cardenal Zcaprio me dirigiera una cortés sonrisa me apresuré a encontrar la mirada de mis amigos quienes parecían haberse dado cuenta de la indirecta de Su Santidad.

- ¡Sabes que en el fondo Su Santidad espera que no hagas nada! – espetó Mía una vez nos encontramos los cuatro en la cueva.

Apenas nos habíamos reunido ella había empezado a dar excusas para no cambiar el plan y pasarnos la noche en la fiesta que me organizaba el propio Gobierno Imperial.

- Eso es cuestionable – se apresuró a decir Enrique. – Su Santidad también entiende que León necesita un poco de diversión. Pero lo que no entiendo es cómo le haremos para entrar a Ku con el mismísimo Príncipe Imperial sin llamar la atención.

Esa era la parte del plan que no les había explicado, pero yo ya estaba decidido, por eso mismo ya tenía una solución para aquel problema.

- Átomos de cambio – dije con una sonrisa.

Los átomos de cambio los utilizaba el Gobierno Imperial para poder transformar temporalmente la forma y aspecto de cualquier objeto físico, incluida la cara de un humano.

El propio Enrique me miró con ojos desorbitados.

- ¿De dónde vas a sacarlos? – me preguntó un poco alterado – Son muy difíciles de conseguir y creo que aunque seas el Príncipe de la Galaxia te pedirán una explicación cuando los solicites.

Mire a mis amigos con una expresión de falsa resignación hasta convertirla en una sonrisa de triunfo.

- Hace algunos meses tomé una dosis del laboratorio del Dr. Chelsea – dije con orgullo.
- Pero miren a este... - dijo Román en casi un aullido victorioso.

Enrique me tomó con una mano fuerte del hombro, y sólo me apretó este en señal de complicidad. Le regresé el gesto.

- De acuerdo – comenzó Mía. – Vamos a suponer que les haré caso en contra de mi propio instinto y le entraré a su plan de fuga juvenil, pero ¿cómo lo piensan hacer? ¿Cómo nos moveremos desde el Palacio Imperial hasta Ibiza?
- Usaremos a Rajha – dije como quien saca un as bajo la manga – Mi drofer no es distinguido como un medio de transporte por los radares, lo confundirán con otro animal enseguida. – He dado órdenes en Palacio Apostólico para que ustedes dos trasladen mis cosas

privadas a mis nuevos aposentos en el Palacio Imperial. El capataz les entregará a Rajha y ustedes se vendrán volando en el...

Los hermanos me miraron asustados.

- Ya Román sabe como se hace...
- ¿Cabremos los cuatro en el drofer? – preguntó Román nervioso.
- Solamente necesitará a dos – expliqué. – Ustedes lo traerán a Madrid mientras nosotros estamos aburriéndonos en la fiesta, luego ustedes se irán a Ibiza en el auto de Enrique, no les debe de tomar más que siete minutos en trayecto supersónico. Luego Enrique y yo los alcanzaremos a lomo de Rajha, aparte de ser un medio seguro de transporte es una cabeza más a favor de nuestra causa.
- ¿Y estando allá quienes seremos? – preguntó Enrique – No a cualquiera lo dejan entrar a esa discoteca y si vamos como incógnitos ten por seguro que no nos dejarán dentro.
- Ser príncipe del las colonias de Júpiter no está mal – le dije con una sonrisa, pero esta vez no la devolvió.
- ¡Ah no! – se apresuro a decir – Si tu vas encubierto yo también quiero estarlo, conozco tu forma de ser y casi creo que tu preferirías que nos descubrieran, si tu vas encubierto yo también. Además toda la Galaxia sabe que soy de tus mejores amigos.

Por un momento me quedé analizando las palabras de mi amigo, pero decidí que mejor dejaría el enfrentar la realidad para después, ahora lo que importaba era el plan.

- De acuerdo, pero sólo tengo una dosis de átomos de cambio. – dije con aspereza.
- No importa, el aplicador nos lo hará a los dos, simplemente los efectos serán menores. – dijo Enrique – Dámelos para ir preparando el diseño en el pre visualizador del aplicador.

Mía exhaló largo y profundo.

- Creo que no es necesario ser alguien en específico, creo que sus ropas más casuales son mejores que la de la mayoría de los humanos en la Galaxia. Simplemente vayamos bien vestidos y podríamos decir que son hijos de alguno de los jeques de los territorios árabes, ellos son quienes más podrían tener un drofer.
- Estoy de acuerdo con mi hermana – se apresuró a añadir Román
- Pues ya está hecho.

Mis últimos minutos como residente de mi habitación me resultaron complejos. Una parte de mí se quedaba ahí, la historia de veinte años que había albergado ese lugar como mi espacio, el lugar en el que yo me sentía más seguro.

- Hasta pronto – dije en un susurro y salí de los que hasta ese momento habían sido mis aposentos con una lágrima resbalándome por la mejilla.

Recorrí el pasillo por el que se encontraban los aposentos apostólicos, poco más adelante encontré una figura que yo conocía muy bien, detrás de él dos personas más dirigían bodegas móviles como quien llevase un carrito de supermercado.

- Íbamos a hacer la mudanza – me dijo Enrique en tono neutro - ¿Estás bien?

Me quedé en mis pensamientos durante algunos segundos.

- Si – respondí con rotundidad – Me alegra que seas tú quien ahora ocupe esa recámara. – le dije esbozando una sonrisa y dándole un abrazo.

Enrique, como siempre, hizo lo posible para salir de toda situación que involucrara sentimientos.

- Alteza necesitamos saber qué es lo que quiere usted que se lleve al Palacio de Balahuk en este dispositivo y qué cosas llevará su gente personalmente.

Vacilé durante un momento.

- Descuiden lo haré yo. – informé a los dos empleados de Palacio Apostólico – En cuanto todo esté listo se los haré saber.

Los empleados me miraron nerviosos.

- Príncipe le recordamos que en veinte minutos saldrá el vehículo que lo transportará hasta el Palacio de Balahuk. Su Santidad se encontrará en su espera en quince minutos. – dijo uno de ellos.

La verdad era que estaba en una situación mucho mas profunda de lo que había imaginado, la que estaba atrás ya no era mi habitación. Ahora era la de Enrique y sentía que una parte de mis intimidades pasaban a ser parte de él.

- Acompáñame – le dije a Enrique e hice gestos a los empleados para que prosiguieran. – Metan todo, ya tengo separadas mis pertenencias personales. Denle al príncipe de Júpiter el trato que se merece. – terminé con una sonrisa.

Enrique y yo caminábamos solos a través de los pasillos del Palacio Apostólico, el silencio era incomodo, no sabía por qué, pero lo era. Por fin Enrique lo rompió.

- ¿Y como será todo ahora que seas Emperador? – preguntó irónicamente justo cuando pasábamos frente a frescos de bellos ángeles. – ¿Nos seguirás hablando igual?
- ¡Claro que sí! – respondí cómo si fuera algo completamente obvio.- Además algún día tu también serás Virrey de las Colonias de Júpiter.
- Supongo – dijo medio sonriendo – Eso me hace estar un poco más a tu rango.
- Jamás he visto rangos entre tu y yo – le dije en tono casi indignado, esto estaba dejando de ser un juego.
- No lo haces a conciencia. – dijo Enrique. – Pero lo haces de todas formas.
- ¿A que te refieres? – pregunté con tonto casi molesto.

Enrique gesticuló pero no salió palabra de su boca, por lo que seguimos andando hasta el último pasillo que daba al vestíbulo.

- Además de que sientes que el mundo gira a tu alrededor hay cosas que cambiarán – dijo por fin. – Tendrás que mantener las estrategias de evangelización, seguridad, política exterior con otras

galaxias, economía... en fin, muchas cosas a las que les tendrás que hacer frente. Eso sin contar que ahora debes encontrar una esposa y tener un hijo para así mantener con vida al linaje de los Astoria.

Todo lo que decía Enrique era verdad, pero quizá la suya no era la única óptica en el asunto, yo no cambiaría a mis amigos ni el trato que tenía con ellos. Una vez llegamos al vestíbulo pudimos unirnos a Su Santidad, el Dr. Chelsea y la Cardenal Zcaprio.

- Luce usted formidable Príncipe León – me dijo la Cardenal sonriendo con su boca pintada de rojo – En verdad le deseo la mejor de sus noches y que vengan muchísimos años de prosperidad.
- Muchísimas gracias Su Eminencia. – le agradecí cortésmente. – Necesitaré de usted y su sabiduría para enfrentar los porvenires.
- Y las tendrá Su Alteza, las tendrá.

La cardenal a mi descripción era como la Afrodita de los antiguos griegos. De un blanco radiante, ojos profundos, oscuros y delineados, pelo castaño ondulante, nariz perfecta y labios sutiles y rojos como la sangre. Yo le tenía mucho respeto, pero sabía la clase de chistes que se contaban sobre ella en las fiestas y dichos populares. Ninguno de ellos ciertos en lo más mínimo. La Cardenal a mi ver era la mujer más digna de llevar los hábitos que ostentaba.

- ¿Enrique cómo llegarás tú a la fiesta, no irás con tu padre? – preguntó el Dr. Chelsea.

Y era verdad, Enrique no tenía que estar ahí. Él no era parte del Séquito de Honor que me entregaría en Palacio Imperial. Sólo iba como un invitado más al nivel de ser el hijo de un Virrey.

Enrique titubeó, creo que en ese mismo momento fue cuando se dio cuenta de su situación.

- Quiero que venga conmigo. – dije sin pensar – Como mi secretario de confianza.

No pude percibir con exactitud las reacciones ante lo que acababa de decir pero si supe que era algo relevante. El secretario de confianza era una investidura muy importante. Todo mundo pensaba que ese puesto sería para William de Serbin pero no, sería para Enrique y lo había decidido en tan sólo cuestión de segundos. Únicamente para no sentirme sólo en mi primer acto oficial con el que comenzaban los veintiún días de coronación de un nuevo Emperador y claro está, para tenerlo cerca y disponible a la hora de actuar.

- Es tu decisión como Príncipe y se te respetará – dijo Su Santidad, para luego añadir interrogante mente – Muchos pensaban que hoy nombrarías al Regente Imperial para ese cargo.

Miré nervioso a Su Santidad y al Dr. Chelsea, preferí evitar la visión con la cardenal, tenía que sacarme eso de adentro.

- No conozco muy bien a William de Serbin, pese a todo lo que me puedan decir bueno o malo, no se si tengo la confianza para hacerlo mi persona de confianza – dije con rotundidad.

Su Santidad me sonrió.

- Bueno eso es algo que tendrás que anunciarle a la Galaxia tú mismo esta noche. – dijo en tono neutro – Supongo que Dios esta poniendo en tu cabeza algo nuevo de su voluntad y si es así, me congratulo de que lo entiendas tan rápido.

El automóvil supersónico que nos trasladaría hasta la entrada principal del Palacio de Balahuk apareció en seguida. Una larga limusina blanca con dos banderas en sus faros, la del Vaticano y otra Imperial.

Dentro de la limusina lo único que pude percibir de Su Santidad, la Cardenal y el Dr. Chelsea era la combinación de nerviosismo de reacción con el sentimiento por el triunfo que yo sabía suponía no darle el puesto de secretario de confianza a Serbin. Enrique por su lado, solamente me miraba con sorpresa y algo de aturdimiento, le sonreí a lo que el correspondió de igual manera tornándose un poco rojo.

La primera visión que tuve del Palacio de Balahuk para esa ocasión fue algo impresionante. Absolutamente todo el mármol blanco y negro que comprendía el palacio iba serpenteando en luces, poniendo el número veintiuno en todos sus flancos junto con el Escudo Imperial de los Astoria. Grandes cantidades de personas se habían acercado para ser testigos de mi llegada. En el lugar había de todo: suvenires, fotos, biografías, libros acerca de mí. Fijándome más a detalle en la congregación que se hacía a las afueras del recinto, pude ver una que otra pancarta con textos tales como: "SERBIN FUERA; SU MAJESTAD

REGRESA". Era claro que el pueblo de la Galaxia, en menor o mayor medida, también tenía dudas acerca de la forma de conducirse del Regente.

- Creo que algunos se tomarán a bien que Serbin no sea proclamado como tu secretario de confianza. – añadió con curiosidad la Cardenal. – Veremos que tan a la altura esta este chico. – terminó dirigiéndole una media sonrisa a Enrique.
- Espero estarlo Su Eminencia – contestó Enrique. – Sólo que me ha tomado demasiado por sorpresa, León... digo el príncipe no me había comentado nada.

El me miró y yo trate de disimular que no entendía la pregunta de por qué mi actuar tan apresuradamente. Su Santidad habló para sacarme del aprieto.

- A veces Dios se manifiesta de formas muy curiosas, y quizá es momento de un cambio en la Galaxia.
- Santidad – balbuceé – No quiero sonar irrespetuoso pero ¿por qué el Vaticano últimamente toma cada vez menos parte en las decisiones que realiza el gobierno Imperial?
- Bueno, eso me preocuparía si tú no estuvieses por entrar para remediar las cosas – me dijo sonriente.
- ¿De verdad creen que yo...?

Pero antes de que pudiera terminar la frase una avalancha de paparazis y personas curiosas se atiborraban al frente de la limusina que ya iba en una marcha muy lenta, iluminada por la luz del faro más alto del Palacio de Balahuk. Me sentí muy emocionado y lo único que pude hacer fue limitarme a saludar, mientras la gente de seguridad trataba de abrirle

camino a nuestro vehículo entre la congregación multitudinaria. En poco tiempo estuvimos estacionándonos enfrente de una alfombra roja que cruzaba a lo largo un buen trecho del patio de entrada del recinto Imperial. La limusina se detuvo y un hombre corpulento vestido de negro se acercó al chofer que nos conducía.

- Mis señores el dispositivo de seguridad esta listo para el arribo de Su Santidad y Su Alteza Imperial. – nos dijo el hombre de negro. – Esperamos la orden para iniciar según el protocolo.

Su Santidad me miró.

- Cuando tú nos digas León.
- Capitán dé la orden para iniciar el protocolo – dije dirigiéndome al encargado.
- Enseguida Alteza – me contestó él – Su Excelencia el Regente William de Serbin estará a su encuentro en dos minutos.

El capitán encargado de recibirnos dio algunas instrucciones a subordinados que se encontraban cerca.

Me tomé un momento para mirar el magnífico escenario que tenía enfrente. El magnífico Palacio Imperial, construido en las ruinas de lo que en la antigüedad había sido el Palacio Real de Madrid lucía más radiante que nunca para aquella noche. Banderas Imperiales se encontraban colgando de los diversos vitrales y ventanas que se dejaban ver en la construcción de mármol blanco con contornos negros.

De un momento a otro, ambas puertas del vehículo se abrieron para darnos paso. A la primera persona que pude reconocer fue a William.

- Alteza sea usted bienvenido a la fiesta de cumpleaños que la Confederación Imperial ha organizado para usted. – me dijo en tono protocolario.

Luego besó el anillo del Papa y con una reverencia nos invitó a pasar, aunque dio la impresión de que intentaba evadir el saludo con Enrique, en sí, todo lo que tenía que ver con Enrique no le gustaba.

- Su Alteza Imperial tiene algo que decirle Señor Regente – se apresuró a apuntar la Cardenal Zcaprio con el tono de una conversación intrascendente y relajada.

El Regente exhaló largo y profundo, aunque con una voz que simulaba demasiada tranquilidad me preguntó.

- Alteza lo que tenga que decirme dígamelo cuanto antes. – me pidió William

Tomé aire, tomando el control de mi mismo, comencé a dar una explicación tan lógica como tan improvisada en aquel momento.

- He decidido que mi secretario de confianza sea el príncipe de las Colonias de Júpiter, mi amigo y compañero Enrique D’Fenrir y en tanto quiero que tome su lugar junto a mi en el protocolo.

La expresión de William me sorprendió, ya que no era la que yo esperaba, sus ojos reflejaron un destello de victoria.

- Por su puesto Alteza – respondió él sonriente y se acomodó en su lugar de la caravana.

Enrique me miró con una cara con la que comprendí que él no entendía nada. Me limité a posicionarlo a mi derecha.

En la ausencia de cónyuge o de la madre del Emperador, era el secretario de confianza, o más bien con su título oficial, Confidente Imperial, quien acompañaba al Emperador en sus eventos oficiales.

Así pues, tomamos nuestra posición en la caravana. Yo iba en el centro de la primera fila, flanqueado a la derecha por Su Santidad y a la izquierda por William. Detrás de mí a la derecha estaba Enrique, junto a la Cardenal Zcaprio y el Dr. Chelsea. Una vez fuimos liberados del aislante molecular y quedamos de nuevo a la vista de toda la muchedumbre no quedó otra cosa más que sonreír y caminar como en un gran desfile.

Miles de caras humanas y de fuereños con ojos viscosos, unos más guapos otros más feos. Pero todos me gritaban en señal de aliento hacia el camino que debía de recorrer en mi gran responsabilidad como el Emperador de la Galaxia. Me llamó la atención una curiosa chica que gritaba mi nombre diciendo “te amo” y la verdad es que ella, no tenía un mal aspecto. A decir verdad se veía demasiado bien. Le dedique una sonrisa pero ella no estuvo muy segura de que el gesto fuese para ella, así que me ignoró con estupefacción y yo seguí mi paso.

El trayecto desde la alfombra roja hasta la entrada principal del Palacio, no era corta, por lo que tuve que detenerme a hacer gestos de cortesía en repetidas ocasiones. Casi

llegando al vestíbulo me animé a mirar a Enrique, quien estaba encantado lanzándole besos a unas hermosas chicas rubias venusinas. Al parecer ya estaba entrado en su papel.

Cuando llegamos a la entrada principal del Palacio y la música de moda sonaba a todos sus decibeles fuimos recibidos por el mercuriano Presidente del Senado de la Confederación, Chavar Ordange. Los de su raza eran muy parecidos a los humanos terrícolas exceptuando un poco el tono azulado de su piel y la mayoría de ellos, tenían ojos color naranja.

- Mi más sincera enhorabuena Alteza – dijo el senador.
- Le agradezco su atención. – le dije con voz firme y cortés con un pequeño ápice de autoridad.- Creo que ya ha oído hablar de mi recién nombrado Confidente Imperial, el príncipe del Virreinato de las Colonias de Júpiter, Enrique D’Fenrir.

A diferencia de la reacción cómoda y segura de William, el senador Ordange se sorprendió tanto que abrió sus ojos naranjas como grandes platos y soltó un bufido, pero no fue capaz de tomar alguna otra acción.

Subí por los escalones que llevaban al vestíbulo, donde quede estupefacto al ver el glamur que se vivía ahí dentro. Políticos, figuras del cine y la música de toda la Galaxia vestidos con sus mejores vestimentas para celebrar el cumplimiento de mi mayoría de edad. Los sirvientes, en su mayoría colonos de los recién conquistados territorios en las fronteras de la Vía Láctea. Sus caras eran una mezcla de humanos con anfibios y reptiles.

Cuando mi llegada se hizo más que visible, gran parte de personas corría a estrechar mi mano, no estaba mal por un rato, pero la verdad es que yo ya quería más acción y ver cómo se tomaría la Galaxia mi decisión improvisada de nombrar a Enrique como mi Confidente Imperial. O al menos creía que ya lo era, pese a que no me había dado una respuesta y tampoco podía forzarlo, a él no le esperaba una mala vida como Virrey de Júpiter y además tenía un hermano dos años menor quien podría hacerse cargo del virreinato, pero de cualquier forma era mi deber como amigo preguntárselo formalmente.

- ¡Príncipe León! – escuché entre los murmullos y la energía de la gente.

Era la actriz y cantante Triana Pirau, la ídolo juvenil del momento y una persona demasiado intensa para mí. Voltee a saludarla con la mayor cortesía que pude no sin antes notar una mirada de molestia de Enrique a unos pasos de mí.

- Miren nada más a quien tenemos acá... la chica más sexy de la Galaxia. – dije sonriendo y no pude evitar darle un beso en media boca.

A pesar de ser intensa Triana era una de las mujeres más sensuales y hermosas que yo había conocido, pero entre nosotros no había pasado nada más que una aventura.

- ¿Nos vemos al terminar la fiesta? – me dijo en un sensual susurro.
- Quizá un rato después – le dije en el mismo tono que ella.

La artista me dirigió una mirada calificadora, para luego sonreír y despedirse fugazmente.

Poco más adelante, casi ya llegando a la habitación privada aledaña dónde podríamos hacer los miembros del séquito nuestros últimos menesteres antes de salir al evento propiamente hablando, se me acercó una mujer humana, algo anciana y que yo recordaba de alguna parte.

- Alteza, permítame presentarme – dijo ella – Soy la senadora Cassandra Barshgloom y estoy aquí para presentarle mis más sinceros respetos y promesa de lealtad de parte del Distrito de la Luna de Mimas en Saturno.
- Muchas gracias senadora – le respondí con una sonrisa sincera tanto de labios como de ojos.

La senadora Barshgloom se acercó a mi oído para susurrar.

- Tiene que estar usted pendiente. – me advirtió – Hay muchos intereses de por medio, Su Santidad actuará junto a usted cuando este en posición del cargo, debemos de parar la barbarie que causan las tropas Imperiales en los territorios que nos disponemos a evangelizar.
- ¿Por qué me dice usted eso? – le pregunté confundido.
- Porque debe de estar preparado.

Mis pensamientos estuvieron un poco fuera de mi mismo, cuando entramos a los aposentos de preparación fui y me senté unos minutos en un pequeño cuarto privado, por lo menos tendría quince minutos de relajación antes de que el evento comenzara propiamente. Oí que alguien tocaba a mi

puerta seguramente era alguien para avisarme que tomáramos posiciones, pero cuando abrí la puerta me encontré con Enrique.

La primera mirada fue un poco tensa entre los dos y tampoco ninguno sonrió.

- Me gustaría saber por qué me haz nombrado Confidente Imperial sin habérmelo preguntado antes. – me dijo en tono de un reclamo con vergüenza. – Aparte yo tan sólo soy un aprendiz ¿Qué será del Imperio?

Exhale un suspiro largo y profundo.

- Confío en ti y desconfío de Serbin – le conteste con rotundidad – Además de que él de alguna forma verá como seguir controlando al Galaxia, no lo vi muy afligido cuando le dije que tu serías el Confidente Imperial.

Enrique se quedo pensativo unos instantes.

- Entonces en verdad...
- ¿Aceptas? – es lo único que pude preguntarle.
- Claro que sí – me respondió con un abrazo y los ojos oscuros y profundos con un poco de lágrimas.
- Bien Confidente Imperial, vamos al encuentro de nuestro pueblo.

Una vez fui presentado en el Salón Solemne del Palacio Imperial. Una lluvia de flashes estalló frente a mis ojos al mismo tiempo que el barullo de un montón de aplausos. La visión de la crema y nata de la Galaxia vestidos con la más etiqueta rigurosa. Durante mi camino hasta el presidium

donde estaríamos, arropados por los muros de talavera pintados con íconos que describían la historia de la humanidad. Se me acercaron muchos miembros de la Confederación a saludarme entre ellos la Gobernadora General de Venus, una mujer sería, de carácter implacable y poco arreglada, siempre había sido criticada por ser tan fachuda cuando era la encargada del gobierno interno del planeta de la belleza por excelencia, Su nombre era Bárbara Deep.

El presídium estaba a un lado del área del majestuoso trono, que nadie, ni yo, podía sentarse en él hasta transcurrir la coronación. El estrado se había instalado adelante con forma de media luna, con tres sillas señoriales al mismo nivel, rodeadas por otras más un poco más chicas. La tapicería era roja con acabados negros y dorados. Yo me senté al centro con Su Santidad a mi derecha y el Regente a mi izquierda. Después de que se entonaran los himnos del Imperio y del Vaticano el maestro de ceremonias dio por comenzado el evento.

- Su Santidad, el Vicario de Cristo, el Papa Anastasio VII dará unas palabras en honor a la celebración del cumpleaños número veintiuno del Príncipe León Astoria.

Su Santidad se puso en pie con la dificultad propia de una persona de edad avanzada y caminó hacia la tribuna que estaba instalada a poco más de un metro del presídium.

Vi la cara de Su Santidad en una pantalla gigante colocada en uno de los costados del salón, luego me volví para verlo

lo más cerca de los ojos que pudiera. Antes de comenzar a hablar Su Santidad se aclaró la garganta.

- Es una bendición de Dios poder estar compartiendo una noche en compañía de todos ustedes, la celebración del hecho tan importante que es que un joven al que se le ha educado toda su vida para ser algo, logre la hazaña anhelada. En la misión de cualquier hijo de Dios está alcanzar sus metas, siempre y cuando estas lo acerquen más al ejemplo de Jesús. Sólo me queda el felicitar al Príncipe León y decirle que lo quiero y creo en él y que también pienso que más importante aún, Cristo cree en él.

Los invitados, prácticamente todos, comenzaron a aplaudir efusivamente y a gritar "VIVA ANASTASIO VII". Se notaba que Su Santidad era una persona querida.

En seguida Su Santidad tomó su lugar en el presídium, William se puso en pie para dar su discurso de felicitación para mí al tiempo que el maestro de ceremonias anunciaba su inminente participación.

- Su Santidad, Su Alteza Imperial, Queridos invitados. – comenzó – Esta vez no me enfocaré en discursos políticos que no vienen al caso con lo que hoy celebramos. Hace veinte años fallecieron mis queridos amigos los Emperadores Javier y Diana María. Ambos personas ejemplares, astutas y entregadas a Dios y al Imperio. Hoy, aparte del gran legado que nos han dejado con su paso por el trono de la Galaxia, nos dejan a su hijo para que con él, el sendero de salvación trazado por Cristo y confirmado por el

arcángel Gabriel sean logrados. ¡Hoy estamos de fiesta porque el gran León Astoria, tomará posesión de su trono!

Definitivamente sus palabras no me las creía ni borracho, pero en fin, era una persona a la que yo necesitaba y siendo franco conmigo mismo quizá yo lo necesitaba más a él que él a mí.

Cuando William habló a los presentes también fue aplaudido por la mayoría de los asistentes al evento, aunque la verdad era que la efusividad era mucho más tenue que con Su Santidad.

- Y ahora, sin más esperas, escuchemos a Su Alteza Imperial el Príncipe León Alejandro de Astoria y Teruel.

Subí al estrado y para mi sorpresa me sentía aún más nervioso que esa mañana cuando tuve el encuentro con el pueblo en la explanada de ese mismo recinto. Tomé aire y comencé a dar mi discurso tan seguro como pude.

- Buenas noches y gracias por su presencia aquí esta noche, el honor es para mi tenerlos a ustedes aquí apoyándome en este día que inicia un nuevo rumbo en mi vida y por ende creo que en la de todos en el Imperio de la Confederación Galáctica del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea. – comencé – A lo largo de mi proceso de maduración y con la asesoría de los mejores maestros que pude tener, me di cuenta y conocí las problemáticas y situaciones que acosan a nuestro Imperio. También debo reconocer y agradecer la ardua labor que han emprendido el Regente Su

Excelencia William de Serbin y todo el Gobierno Imperial, al igual que el Senado de la Confederación y los Tribunales de Justicia.

Muchos de los funcionarios ahí presentes prorrumpieron en aplausos, otros tantos dejaban salir unos cuantos chiflidos.

- Hoy inicia el proceso de mi coronación aquí en la Capital Imperial de Madrid y seré coronado finalmente el día veintiocho de este mes, asumiendo todas las responsabilidades que conlleva este cargo – dije en tono firme y después hice una pausa. – En mi afán de darle continuidad a muchos de los métodos utilizados por el actual Regente, pero con la ilusión de ponerle sangre nueva al destino de nuestra Galaxia, he de hacer de conocimiento público que Enrique D´Fenrir será mi Confidente Imperial, encargado de ser mi representante en ausencia o en imposibilidad de ejercer mi cargo o autoridad y dar cara por ellas.

Se alzaron murmullos a lo largo del gran salón que estaba dispuesto para el evento, no podía distinguir bien si eran de aprobación, rechazo o ambos. Luego me di cuenta que más de la mitad de los más de cinco mil asistentes estaban aplaudiendo.

- Sin más que agradecerles y refrendarles mi compromiso total les deseo una excelente noche y los invito a degustarse con la deliciosa cena que han preparado para ustedes. Buenas Noches.

Sentí un gran alivio por dentro, por fin tendría un descanso de dar discursos protocolarios. Fui y tomé el lugar que me correspondía.

A los pocos minutos de haber terminado los discursos comenzaron a servir los platillos preparados para la noche. Ensalada de frutos diversos, sopa árabe, sábanillas de carne de res en limón y aceite de olivo y como platillo fuerte atún sellado con cajeta. Para los postres se puso una gran fuente de chocolate con diversas golosinas y frutas para acompañarlo.

- ¿Y con qué canción nos deleitará usted Alteza? ¿Piensa cantar junto a Triana Pirau? – preguntó el Presidente de la Junta de la Tierra, Fernando Linares un hombre alegre al que le gustaba la buena fiesta y la buena música y bueno... muchas cosas “buenas” más.

Durante un segundo de vacilación pensé que estaba bromeando conmigo, hasta que recordé que el Dr. Chelsea me había prometido que podría cantar en mi cumpleaños, pero las ansias me habían hecho olvidarlo y la verdad era algo que preferiría dejar para después.

- Creo que dejaré a la señorita Triana hacer su espectáculo sola – le dije a Fernando Linares, dedicando una sonrisa a toda la mesa de honor.
- Sería bueno ver un espectáculo de usted Alteza. Allá en mi México nos gusta agarrar la buena fiesta, eso sí, para echarle ganas al día siguiente. – insistió él.
- Vamos León, sabes que quizá sea la única oportunidad en tu vida que tengas de hacer algo así. – dijo el Dr. Chelsea

Miré a Enrique. El estaba haciendo un gran esfuerzo por no morir de la risa ahí mismo.

- Cantemos juntos príncipe – me propuso Enrique.

- ¿Cómo? – pregunté por inercia y con vacilación.
- Los muchachos cantan juntos desde que se conocen prácticamente, la música los ha unido muchísimo. – comentó el Dr. Chelsea.

William de Serbin soltó un bufido de emoción.

- Sería un espectáculo maravilloso ver al príncipe y al Confidente Imperial unidos por primera vez en algo tan hermoso como es la música – comentó con curiosidad. – Me uno al Presidente de la Tierra en su petición de tal acontecimiento.

Lancé una mirada a Enrique.

- Sólo nos hacen falta las guitarras.
- Eso será arreglado en cuestión de unos minutos, seguramente el equipo de la señorita Triana Pirau estará feliz de acompañarlos en su interpretación.

La cardenal Zcaprio dejó escapar una pequeña risa inocente.

- Hágalo si usted lo desea Alteza.

Diez minutos después me encontraba con Enrique en un cubículo privado detrás del escenario en el que actuaría Triana. Si bien estábamos solos había guardias custodiando muy de cerca.

- ¿Qué pretendes con cantar? Para mi sólo era una broma con el Dr. Chelsea, que veo se lo tomó en serio – le dije.
- Sabemos que es algo que te hace ilusión – me dijo con normalidad. – Además es el momento perfecto para actuar. Cantas conmigo y con Triana y después subes

exhausto a tus habitaciones nuevas y dejas la fiesta transcurrir. En tu habitación según el plan, debe de estar en un estuche blanco tu dosis con el aplicador de átomos de cambio.

Le lancé una mirada calificadora.

- ¿Alguien más lo sabe?
- Me ofendes con tu pregunta, más si ahora soy tu Confidente Imperial.

La verdad era que me divertí muchísimo cantando al lado de Enrique y Triana. A pesar de no verla mucho, ella era una chica especial para mí, a veces pensaba que me gustaba, pero otras veces pensaba otras cosas. Al terminar de cantar después de gritos de aliento, apoyo y motivación, por fin convencí a la mayoría de que me tenía que ir a descansar.

La habitación nueva era muy hermosa también. Paredes de mármol, con una hermosa alfombra azul rey con franjas rojas a juego con la cama con dosel de diseño renacentista. Lo más espectacular era su techo de cristal con vista al cielo estrellado. Tan solo palmeando podía correr un cobertizo para cubrir completamente mis nuevos aposentos. El cobertizo llevaba bordado el Escudo Imperial de los Astoria.

Entonces miré a la cama.

Tal y como se había planeado un pequeño estuche se encontraba en su superficie el cual tomé y abrí, entre un montón de fotos y recuerdos personales que separé con

aguda delicadeza encontré el aplicador de átomos de cambio. Sentí la emoción en mi estomago.

Tomé el aplicador, una especie de cilindro metálico con una aguja en el frente, donde se suponía debía pinchar mi dedo. Rezando a Dios porque no salieran pésimo las cosas, sujete con la mano derecha el aplicador plateado y luego le di al botón que lo accionaba un instante después puse el dedo sobre la aguja y sentí un pinchazo que me provocó una sensación de toques muy fuertes y una gran comezón por todo el cuerpo. No pude más que rascarme e irme a mirar al espejo.

No estaba del todo mal, los rasgos eran muy parecidos a los míos nada más que ahora era moreno y de pelo negro y largo, la nariz un poco mas ancha, ojos oscuros y barba tupida, también había ganado un poco de corpulencia, creo que me veía distinto.

Me apresuré a llamar a Román.

- ¿Cómo va todo? – pregunté.
- Rajha está en los establos. – me dijo él – Enrique ya me ha dado su coche y estamos llegando, nos vemos en la coordenada acordada.

Me puse la ropa más casual y más conveniente que creí poder encontrar y salí de mi habitación. A hurtadillas me pude escabullir hasta los jardines como un invitado más en la gran fiesta que se llevaba a cabo en el interior del recinto.

Cuando llegue a los establos pude ver una figura acercarse a mí.

- ¿Marco? – pregunté.
- Polo – respondió Enrique, era la clave que habíamos pensado para reconocernos.

Me lanzó una mirada tranquilizadora.

- Creo que nadie se ha dado cuenta hasta el momento.
– me dijo Enrique – O bueno pienso que Su Santidad y Chelsea sospechan.
- ¡Pero ellos lo entenderán! – insistí - ¿Dónde está el drofer?

Al oír mi voz, mi hermoso león alado salió a mi encuentro, destellando fuego de sus alas como era propio de los de su especie. Dándole una palmada me subí a su lomo e invité con una mano a Enrique a hacer lo mismo.

- ¿Recuerdas la primera vez que subí a este animal? – me preguntó.
- ¿Cómo olvidarlo? – le respondí tontamente con otra pregunta. – ¡Ibiza allá vamos!

Capítulo 2

Flechazo

Las olas de viento golpeaban mi cara con placer, mientras aferrado al cuello del drofer, Enrique y yo volábamos sobre las alturas de la singular isla de Ibiza. Sin duda un lugar con fama de ser divertido y abierto a las nuevas experiencias desde antaño.

Cuando nuestro descenso se pronunció y la ciudad fue visible para nuestros ojos, pude tener mi primera imagen del lugar. Las vías de circulación supersónicas no eran tan grandes como las de ciudades como Roma o Madrid y se veía una circulación un poco más reducida. Conforme nos adentrábamos en la ciudad las construcciones modernas se fueron fusionando con las antiguas que perduraban en el lugar desde muchos años atrás con sus pequeñas casas y edificios de color blanco con reflejos dorados.

- ¿Cuánto nos falta para llegar al punto de reunión? – pregunté con apuración a Enrique que iba en ancas de Rajha a mis espaldas dando gritos de aventura por el aire.
- Según el GPS estamos tan sólo a un kilómetro – me respondió él. – Quedamos de aterrizar en la playa del

castillo de Dalt Vila en cinco minutos, sólo nos quedarán unas dos horas.

- ¡Pero valdrá la pena!

Enrique me gesticuló una sonrisa.

Dirigí a Rajha hasta el lugar acordado para encontrarnos con Román y Mía. El punto de encuentro era el magnifico castillo en la playa de Dalt Vila.

- Pensé que no lo lograríamos de verdad, no sé como estamos aquí – se apresuró a decir Mía apenas los encontramos.
- Calla y disfruta – le dije con una sonrisa.

Román estaba parado junto a su hermana con una mueca extraña.

- Se ven muy raros. – dijo.

Hasta ese momento no me había dado tiempo de apreciar la nueva apariencia temporal de Enrique, estaba seguro que nadie nos reconocería. No nadie que no supiera del plan con antelación. Yo sabía que pronto nos descubrirían, pero eso no me quitaría lo vivido. Después de todo se hablaba mucho de la determinación en un gobernante. Claro está, esta certeza de ser descubiertos no la hacía pública con mis amigos, pero en el fondo yo sabía que ellos también lo intuían. Después de esta noche me comprometería al cien con el Imperio y sabría realmente que tan libre y soberano era yo.

- ¡Pues vamos! – les dije acariciando a Rajha quien había empezado a irradiar nuevamente fuego por las

alas y atraía la vista de curiosos que se disponían a vivir una noche especial como la queríamos nosotros.

En el lugar había humanos terrícolas, humanos extraterrestres y fuereños. Estos últimos tenían distintas apariencias, por ejemplo, los autóctonos de Urano tenían facciones muy parecidas a híbridos de felinos-humanos.

Las calles, conservadas por miles de años con la misma apariencia, eran un tanto más acogedoras que las de ciudades metropolitanas y se apreciaba un agradable olor a inciensos mezclado con el olor propio del mar. El gran castillo construido en lo más alto de la isla daba un toque singular al ambiente que se vivía en el lugar.

Cuando llegamos a la entrada de la discoteca Ku, llamamos enseguida la atención por la compañía del drofer, los leones alados venusinos eran un lujo que no cualquiera se podía dar.

- ¿Cuántos son? – preguntó el hombre corpulento vestido de negro que estaba a cargo de la cadena del antro.
- Somos cuatro – se apresuró a decir Enrique en tono soberbio.

El cadenero nos lanzó una mirada escrutadora para analizarnos de pies a cabeza.

- ¿Los señores necesitan algún cuidado para el animal? – preguntó él – La policía no se hará de la vista gorda mucho tiempo, esos animales pueden ser peligrosos.

Sonreí como para una foto al señor.

- Descuide señor. – le dije – Mi drofer esta lo suficientemente bien entrenado como para desaparecer e irse lejos sin llamar la atención cuando no es solicitada su presencia.

Él nos abrió la cadena para dejarnos pasar.

Mis amigos se adelantaron mientras yo le susurraba instrucciones al oído a Rajha de mantenerse escondido de la civilización hasta que yo silbara para llamarlo. Los drofers tenían un amplio sentido del oído.

Cuando por fin tuve la visión de lo que era un club nocturno la emoción embargó cada uno de mis sentidos. Nunca había imaginado algo así. Gente apretujada moviéndose al ritmo de la música que ponía el DJ gritando y haciendo aspavientos como animales. Incluso había parejas en medio de un fuerte atasco de pasión. No se para ti, pero para mi eso era algo completamente insólito. Curiosamente en ese momento se escuchaba una canción de mi querida amiga Triana, el título de aquella canción era "Porque la vida es así".

- Esa vieja es una puta. – escuché decir a una chica que veía la pantalla gigante mientras aparecía el video de Triana en ella. – Según los rumores es una de las amantes del príncipe León.

Tuve que hacer un esfuerzo para no soltarme a carcajadas en el lugar.

Román y Mía ya habían ido a clubes nocturnos alguna vez en su vida, así que Enrique y yo nos dejamos guiar por

ellos en un mundo que era completamente desconocido para nosotros.

Giré la cabeza para mirar a Enrique y pude ver en él la misma cara de estupefacción que seguramente yo también tenía. Mi amigo se encontraba conmocionado por ver a dos hombres besándose.

- ¿Eres gay? – me preguntó una voz femenina al oído.

Me giré para ver el rostro de la chica que me hablaba. Era una chica sumamente bella, de piel morena y labios carnosos, ojos azules grandes y ligeramente rasgados, su cabello era muy largo, castaño y ondulado.

- No. – respondí por inercia.

La chica me miró a los ojos y preguntó.

- ¿Entonces por qué veías a esos dos?
- Por que mi amigo... Olvídalo, pero no, no lo soy.
- Demuéstramelo – exigió.
- ¿Cómo? – le pregunté.
- Bésame.

Fue como un instinto. La besé con pasión, mucho más pasión que mi primer beso, el cual había sido hace algunos años con Triana. Ella correspondió a mi beso agregándole aún más de aquella mencionada sensación hasta que después de por lo menos un minuto nos separamos. Yo estaba aturdido.

Ella volvió a mirarme, luego sonrió.

- Está bien chico malo, te creo. – me dijo ella con voz sutil – Besando así no veo forma de que seas gay.

Le sonreí.

- Gracias. – me limité a decirle. – Pero tampoco es mi costumbre besar a chicas sin saber su nombre primero.

Le sonreí como un vil pícaro a lo que ella correspondió instantáneamente.

- Me llamo Maryann – me dijo con tanta dulzura que sentí revivir el beso. – Tú... ¿Cómo te llamas?
- Leo...Leodín – le dije nervioso, estuve apunto de decir mi nombre verdadero.
- ¿Leodín? Pues es un placer conocerte. – me dijo. - ¿Quieres bailar?

Sin darme cuenta me comencé a mover al ritmo que ella me marcaba, para luego introducirnos en un intenso baile, yo quería disfrutar.

No pasaron menos de cinco minutos hasta que recordé que venía con mis amigos, los cuales estaban con la cara desfigurada por la mueca de sorpresa por lo que yo había hecho, otra vez, tuve que hacer un esfuerzo por no reírme, pero esta vez fallo. Sí me reí.

- ¿Qué haces? – me preguntó Román al oído.

Miré a Maryann.

- ¿Me disculpas un segundo? – le pregunté con una sonrisa.
- ¡Claro! – dijo ella haciendo un gesto saludando a Román, al cual él correspondió cortésmente.

Román y yo nos acercamos a Mía y Enrique para formar un círculo los cuatro.

- ¡Que rápido haz encontrado con quien divertirte! – comentó Enrique en un tono que no se si reflejaba diversión o reflejaba enojo. Enrique era muy misterioso.
- ¿Qué tiene de malo? – pregunté con tono inocente - ¿venimos a divertirnos no?
- Sí, pero juntos ¿no? – objetó Román.

Hice una pausa para mirar a mis amigos. La realidad era que vivir esta experiencia con ellos era algo que había soñado y ahora lo viviríamos, a un precio muy alto, pero la idea de seguir conociendo a Maryann en ese momento se me hizo un poco más atractiva. A mis amigos los volvería a ver muchas veces más en la vida, o al menos eso esperaba. A aquella chica era muy probable que no la volviera a ver nunca.

- Podemos divertirnos con ella también – dije como si fuera la cosa más lógica del mundo.

Hubo un silencio incomodo y reacciones en los semblantes de mis amigos, a los cuales por no amargarme la noche, preferí no poner atención.

- Yo no le veo problema. – dijo Mía rompiendo con la incomoda situación – Si León está a gusto con esa chica deberíamos darle su espacio y por qué no, ser amables con ella.
- A mí me parece un poco corriente. – dijo Enrique mirándola con desprecio sin que ella se diera cuenta.

- Te parecerá corriente porque el que se la ligó no fuiste tú. – le contesté en tono de broma para relajar la situación.
- ¡Vamos! Ni siquiera está conociendo tu rostro e identidad verdadera, es patético. – se apresuró a añadir Enrique con una mezcla de tonos irónicos y bromistas.
- ¡Joder! Tú cada vez estás más loco. – intervino Román dirigiéndose a mi aunque usando el mismo tono de juego que yo había utilizado con Enrique. Como siempre Román trataba de conciliar cuando había un roce en nuestro grupo.
- Está bien. – dijo Enrique en tono relajado y sonriente después de unos segundos de meditación. – Es tu cumpleaños y mereces divertirte, al menos para nosotros lo mereces.

Dirigí una amplia sonrisa a mis amigos, ellos eran lo mejor del mundo.

Después de la conversación en la que todos habíamos hecho las paces me acerqué nuevamente a Maryann para presentarle ahora a mis amigos con sus nombres falsos elegidos al momento. Mía se llamaba “Roxana”, Román era “Julián” y Enrique usaba por nombre el de “Daniel”.

- Eres realmente hermosa – le dijo Mía a Maryann en tono amable, yo sabía que mi amiga quería hacerme

sentir lo más feliz posible en mi día de cumpleaños, lo cual yo le agradecía muchísimo.

Maryann le sonrió también con mucha amabilidad.

- Gracias Roxana – dijo ella – Pero es un hecho que tú tampoco te quedas atrás.
- ¿Y a que te dedicas Maryann? ¿De dónde eres? – preguntó Román.
- Soy originaria de las Lunas de Saturno pero me crié en los territorios terrestres británicos y por el momento ando de aventura por la vida, trabajo en lo que se dé en el momento. – dijo ella con orgullo.
- Vamos lo que es una dama. – dijo Enrique con amabilidad fingida usando un peculiar tono de comicidad en su voz.

Ante el sinuoso comentario de mi amigo a los demás no nos quedó otra que sonreír y tratar que Maryann digiriese el humor pesado de Enrique, pero a ella parecía no importarle lo que Enrique dijera. Ella sólo se concentraba en agradarme a mí y eso me tenía fascinado.

Pasaron algunos minutos en los que no hicimos otra cosa más que movernos al ritmo de la música. Yo bailaba con Maryann mientras que Mía bailaba con Enrique y Román buscaba con la mirada la atención de una fémina con la que él me había comentado que quería danzar.

- ¿No suelen salir mucho de fiesta verdad? – nos preguntó Maryann - ¿Cómo puede ser que no estén tomando nada?

- Un caballero decente no suele andar bebiendo alcohol en público. – me apresuré a decir con una sonrisa.

Enrique carraspeó. La verdad era que a mí sí me gustaba la fiesta pero no me gustaba el alcohol, no le caía bien a mi personalidad.

- Disculpa a mi amigo, se pone mal con el alcohol el pobrecillo. – le dijo Enrique.

Maryann soltó una carcajada.

- ¿Cómo puede ser eso? ¿No me vas a negar un trago de tequila si te lo invito verdad?

La verdad era que de todas las bebidas alcohólicas la que menos le sentaba bien a mi cuerpo era el tequila, pero no podía rechazarle tal regalo a aquella bella dama. Una copa no me haría daño.

- Por supuesto – exclamé lo más seguro que pude. Después de todo... ¿qué le harían unos tragos de tequila al futuro Emperador de la Galaxia?

Maryann le hizo señas a uno de los meseros del lugar dándole indicaciones de traernos unos caballitos de aquella embriagante bebida mexicana.

- Quiero ver hasta donde eres capaz de llegar Leodín – me dijo ella una vez las bebidas llegaron y puso en mi mano el pequeño recipiente de cristal. Mis amigos también tomaron uno.
- Te vas a sorprender. – le dije antes de tomarme la bebida en un sólo sorbo.

El tiempo pasó y las bebidas no terminaron de llegar. Después de una hora de danza y tragos mi cuerpo empezó a experimentar la embriaguez.

- ¿Y cómo me vas a sorprender? – preguntó Maryann con una voz sutilmente sexy.

La verdad era que estaba decidido a sorprender a aquella chica, aunque para ello tuviera que hacer alarde de mis capacidades en el control de la magia otorgada por Dios a los humanos apostólicos.

Extendí mi mano derecha y abrí la palma, concentrando toda mi energía en el centro de esta. Haciendo un esfuerzo y canalizando todo el brío que había a mi alrededor comencé a hacer crecer desde mi extremidad una hermosa rosa roja, la cual le extendí con una sonrisa a la que al menos por esa noche era mi chica.

- ¡Vaya tipo! – exclamó ella – Tú si que sabes impresionar a una mujer. ¿Eres humano apostólico?
- Bueno... sí, pero no le digas a nadie – le respondí guiñándole un ojo y besándola de nuevo.

Después de disfrutar unos segundos de la sorpresa de Maryann sentí la mirada de mis amigos. No podía prolongar más su perorata acerca de la indiscreción que acababa de cometer. Los humanos apostólicos éramos muy poco comunes y por ética no solíamos utilizar nuestros poderes para fines personales, aunque claro está, como todo poder era utilizado para otros fines, al fin y al cabo, sólo Dios era perfecto.

- ¿Te haz vuelto loco tío? – me preguntó Enrique, la furia estallaba en sus ojos.
- ¡Deja de cuestionarme! – le espeté con soberbia – Yo soy el Príncipe Imperial y tú no eres nadie para opinar qué hago bien y qué no.

La mirada de Enrique se llenó aún de más furia y yo caí en cuenta de lo que acababa de decir y obviamente quise tragarme mis palabras, pero ya era demasiado tarde para ello. Tomé de la mano a Maryann y salí con ella enseguida de la discoteca hacia lo alto del hermoso castillo color arena en la playa de Dalt Vila.

- ¿Qué pasó con tus amigos? – me preguntó ella una vez estuvimos afuera del lugar.
- Nada... no te preocupes – dije con amargura – Es sólo que ellos a veces no entienden.
- ¿Y que es lo que deben entender? – preguntó ella con curiosidad.

Tuve que controlarme para no seguir diciendo tonterías, los efectos del alcohol comenzaban a ser fuertes dentro de mi organismo. Quizá mi aventura nocturna había llegado demasiado lejos.

- Nada... es sólo que... olvídalo – le respondí tratando de esbozar una sonrisa.

Ella me miró con interés y quizá pude ver algo de comprensión en sus ojos.

- Creo que tu problema es que te preocupas demasiado.
– me dijo esbozando una sonrisa coqueta – Veo que

eres alguien importante pero... deberías dejar de preocuparte por lo menos un momento.

- Yo... yo no soy importante... – me apresuré a decir por el temor a ser descubierto en ese preciso momento. – Solo soy...
- No me interesa saber quien eres – me interrumpió – Deja de preocuparte y disfruta, sólo disfruta.

Le sonreí.

- ¿Y cómo quieres que disfrute? – le pregunté guardando tanto la compostura como mi estado ético me lo permitía.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

- Tú eres el hombre. – me dijo – Creo que eso lo debemos de dejar a tu ingenio.
- Está bien – dije con voz misteriosa llevándome los dedos a la boca para emitir un chiflido.

Se escuchó un rugido como trueno a lo lejos y segundos después apareció Rajha arqueando sus bellas alas blancas amarillentas que en ese momento no hicieron más que desprender chispas cuando las patas del drofer tocaron el suelo del patio del castillo.

La mirada de Maryann quedó maravillada ante la majestuosidad del animal. Rajha ronroneaba acercándose a mí, ladeando la superficie de su cabeza bajo la palma de mi mano que yacía para acariciarle su voluminosa melena.

- ¿Es tuyo? – preguntó ella con excitación.
- Así es – le respondí con una sonrisa – Esta noche también puede ser tuyo.

Tomé la mano de Maryann y la puse sobre el lomo de Rajha. El drofer respondió a su tacto emanando unas pocas llamas de tibio fuego venusino.

- Después de ti – le dije ayudándola a montarse al lomo del león alado.
- ¿Es seguro? – me preguntó con un titubeo pero sonriendo.
- Segurísimo – le respondí dibujando una sonrisa tranquilizadora subiéndome yo también al lomo del drofer. – ¡Aquí vamos!

Apreté las piernas para darle la señal a Rajha de que era hora de emprender el vuelo, dando unos cuantos pasos al galope el drofer despegó haciendo encender majestuosamente sus alas que nos llevaban hacia el cielo golpeando nuestra cara con el tibio viento.

No podría describir con palabras la sensación que sentí con Maryann a lomos de Rajha bajo el cielo estrellado con luna llena sobre las hermosas playas de las Islas Baleares, siempre con el hermoso castillo de Dalt Vila engarzándolo con su imponente belleza y majestuosidad medieval. La verdad era que mi cuerpo se encontraba regocijado en placer en ese momento de unión con Maryann, pero alguna parte en el fondo de mí deseaba estar con alguien que no estaba muy lejos de ahí.

Por ese momento, privado de cualquier pensamiento ajeno a todo lo aquello que en ese preciso instante no estaba viviendo, me dejé envolver por el cálido momento que sentía con Maryann abrazada a mi cintura.

En ese santiamén pasaron por mi cabeza muchas cosas. Entre todos los miles de millones que habitaban la galaxia yo era el futuro emperador, la máxima figura terrenal. ¿Por qué era yo? ¿Qué diferencia había de mí con el resto de todos? ¿Estaría a la altura de las circunstancias? O lo más importante... ¿Haría con mi vida lo que Dios quisiera que hiciese?

Cuando Maryann me dio un tirón en la camisa para que viera el aterrizar de los vehículos supersónicos que llegaban a la isla. En ese momento eran ya las cuatro de la mañana y según parecía, en las faldas del Dalt Vila la fiesta apenas estaba comenzando.

- Ha sido maravilloso. – me dijo regalándome un nuevo beso, al que yo correspondí con una sonrisa.
- Tú lo haz hecho más maravilloso.

Nos encontrábamos en la superficie de la torre más alta del castillo de Dalt Vila, el efecto del alcohol, junto con el deseo de la carne comenzaron a hacer crecer en mí una sinuosa sensación de contacto físico.

Como por instinto, tomé de la cintura a Maryann y comencé a besarla apasionadamente con la fuerza enervada de todo mi ser. No tardé en perder mis sentidos hasta el punto de emancipar a mi cuerpo por unos segundos de la realidad para introducirlo dentro del creciente placer que provocaba mi unión con la chica.

El destello de varias luces y sonidos me hizo despertar del acantilado de la torre más alta del castillo. Maryann y

yo estábamos abrazados a medio vestir y el efecto de los átomos de cambio había terminado. Cuando alcé la mirada me vi rodeado por la Guardia Imperial y cientos de reporteros en el lugar. No tuve más que ponerme la camisa, abrocharme el pantalón y mirar con estupefacción el precio que desde ahora comenzaría a pagar por aquella noche de imprudente diversión anhelada.

- Alteza espero esté consciente de lo que esto representa para la imagen del Régimen Imperial. – me dijo William de Serbin seriamente apenas pude ponerme en pie. – Por más que tratamos no logramos impedir que las imágenes de su noche de diversión salieran a la luz pública.
- Yo... no... - balbuceé, la verdad era que me había quedado sin palabras y aturdido por la situación.

Bajé de la torre en un transportador aéreo. Debajo había una gran multitud de curiosos. Cuando estuve en pie pude ver un montón de flashes deslumbrándome los ojos a la salida del sol. El tumulto de gente estallaba en murmullos. Pude ver como unos oficiales imperiales alejaban a Maryann de la entrada de una de las naves ligeras de la Guardia Imperial que en ese momento estaban en el lugar. A mi me condujeron dentro.

Apenas entré pude ver a Román, Mía y Enrique cabizbajos sentados sobre los asientos más cercanos. Su Santidad, el Dr. Chelsea y la Cardenal Zcaprio se encontraban de pie frente a mí. Traté de evitar la mirada de Su Santidad pero sus ojos profundos no me lo permitieron, y contrario a lo

que pudiera haber imaginado sus ojos reflejaban preocupación, más que enojo.

- Así que al final no pudiste resistirlo – me dijo en todo seco pero amable – No voy a negarte que lo que hiciste estuvo pesimamente mal hecho y más me duele el hecho de que sabiendo que yo sabía de tus planes aún así hayas llevado a cabo tus acciones.

Baje la cabeza ante Su Santidad.

- Por otro lado también comprendo a la juventud más no justifico lo que hiciste, con un poco de pertinencia y la ayuda de Dios, no saldrás tan mal librado de este incidente. Hemos podido arreglar un poco la información que se filtró a los principales medios y redes sociales. – me dijo dibujando lo que parecía una media sonrisa de consolución ante el sentimiento de decepción propia que en aquel momento él sabía que yo estaba experimentando.
- ¿Por qué no me detuvo Santo Padre? – pregunté fijando mi mirada en la de él tan firmemente como pude.

Su Santidad dejó la expresión de momentánea comprensión y apoyo para tornar su voz un tanto más seria y severa.

- Mi querido León, este mismo día ha empezado el proceso de coronación para que tú seas quien gobierne terrenalmente en este Imperio. – me dijo despacio y claro. – No te detuve porque ya no te puedo detener, ya eres responsable de ti mismo y no sólo de tu persona, si no, de mucho más.

Capítulo 3

La coronación

Los siguientes tres días después de mi irresponsable fuga fueron un tanto pesados, aunque sin duda con la ayuda y el talento diplomático de la cardenal Zcaprio no había salido tan mal librado de la situación.

Era obvio que la prensa había gritado a los cuatro vientos la información de mi noche de diversión y también era obvio que ese tema había sido el principal foco de habladurías entre la sociedad.

No podía decir que el pueblo estaba orgulloso de lo que había hecho, pero tampoco mi popularidad se había ido al demonio. Supongo que a muchos les pareció normal que un joven de veintiún años pudiera tener un tropezón como este. Claro está que no faltaron los que criticaron duramente mi acción, pero no era la mayoría, incluso me atrevería a decir que eran aún más los que habían admirado mi osadía y les gustaba la idea de tener un emperador que se supiera divertir sin dejar de ser responsable.

La tarde después de mi escape, se había difundido un mensaje a la Galaxia en el que pedía disculpas y prometía que no volvería a suceder. Fue de corazón.

Por otro lado me sentía un tanto más confiado, me había dado cuenta que era real la libertad que ahora tenía y por tanto la responsabilidad que ello implicaba.

La única razón para estar un poco triste en esos primeros tres días como habitante y señor de la recámara principal del Palacio de Balahuk era que no había visto a mis amigos, a ellos no les había ido tan bien como a mí y por otro lado también estaban un poco sentidos conmigo.

Román y Mía habían sido severamente reprendidos por sus padres, Julio y Beatriz y estaban castigados sin salir, había hablado con ellos en cuatro ocasiones vía telefónica. Por otro lado Enrique también recibió un regaño de sus padres, pero eso a él no le importaba tanto ya que siempre había sido muy rebelde. La razón por la que no había visto a Enrique era más bien por una molestia que pensaba yo se había suscitado en él después de lo sucedido la noche en que conocí a Maryann.

Yo no había sabido nada nuevo de Maryann, pero, donde quiera que estuviese suponía que no la estaría pasando muy bien, la chica se había vuelto blanco de críticas por parte del pueblo del Imperio Apostólico del Sol. No la bajaban de ser una mujer cualquiera de cascos muy ligeros.

En eso no estaba de acuerdo yo, los culpables de todo lo que había pasado entre nosotros aquella noche habíamos sido los dos por igual. Una parte de mí deseaba volverla a ver cuanto antes, otra, orillada por algún otro extraño sentimiento, quería no volver a verla jamás.

En ese momento me encontraba sentado en el despacho principal del Palacio de Balahuk, viendo en la red

cibernética los distintos comentarios que se hacían respecto a mí. Había dos tipos de comentarios, los relacionados a la fuga y los que ahora más me pasaban a importar, todos ellos relacionados al tema de mi coronación que tendría lugar en exactamente diecisiete días.

Alguien llamó a la puerta.

- Adelante – me apresuré a decir.

Era William de Serbin, altivo y confiado como siempre.

- Buenos días Su Alteza. – me saludó - ¿Puedo pasar?
- Pasa William por favor – me apresuré a decir – Toma asiento.
- Gracias. – exclamó él sentándose frente a mi con una pequeña reverencia.

Los dos nos miramos un momento con vacilación.

- ¿En que te puedo ayudar William? – pregunté intentando hacer sonar mi voz un tanto autoritaria, ya no permitiría más represalias por mi fuga de cumpleaños.
- Supongo recuerda que hoy es la ceremonia de petición de las Legítimas Alegaciones al trono. – me dijo él con voz neutra.
- Claro que lo recuerdo. ¿Qué pasa con ello?

La ceremonia de las Legítimas Alegaciones era cuando Su Santidad el Papa pedía al Senado de la Confederación se reconociera el legítimo derecho de un sucesor al trono del Imperio y se iniciara el proceso de presentación de valores, que consistía en hacer de exhibición pública los cuatro principios esenciales que el Emperador tenía que

cumplir. Los Valores Imperiales eran Justicia, Honestidad, Sabiduría y Fe.

- Supongo ya tendrá pensado lo que hará en cada uno de los eventos que se presentarán después de la ceremonia. – dijo con tono amable.
- Sigo pensando en ello, quiero que sea algo especial para el pueblo y para mí. – le dije de forma tajante, no quería darle explicaciones.

Después de ver la reacción en su expresión pude ver que había captado mi mensaje. La verdad era que las exhibiciones quería planearlas con mis amigos, en especial con Enrique que era el Confidente Imperial y parte de sus funciones era ayudarme en ese tipo de cosas.

- Por otro lado príncipe, es de suma importancia que usted empiece a involucrarse en las decisiones cruciales de la Galaxia. Como usted sabe la paz con varios territorios del Universo que no están dentro de la Confederación no se podrá prolongar mucho. Ellos quieren recuperar su terreno perdido y nosotros Su Alteza, debemos avanzar más. Por Dios y por el Imperio. – me dijo con voz sutil mirándome sinuosamente al rostro para reconocer cualquier alteración en mi semblante.

Concentré una pausa antes de responderle al aún Regente Imperial. Mi postura era firme en ese tema, Su Santidad me la había inculcado con fuerza, una guerra armada no podía existir.

- William conoces bien mi postura acerca del tema. La evangelización debe basarse en otras vías, lo manda la Iglesia.
- Alteza, los territorios fronterizos y de comercio exterior sufren constantes ataques, los tratados de libre mercado con las entidades externas al Imperio están por caer, no podemos arriesgarnos a una recesión. – me dijo William con la voz de un hombre recordándole a un pequeño lo que podía pasar si hacía muchas travesuras.
- Entonces debemos de concentrarnos en lograr esos tratados – le respondí de manera más tajante aún a lo que le había respondido antes. – Si ya se han logrado esos tratados durante tanto tiempo no veo por qué no podemos conservarlos.

William de Serbin volvió a observarme para luego esbozar una sonrisa, cuya intención no supe descifrar muy bien.

- Eres muy parecido a tu padre León – me dijo él.

Hacía muchos años que William no se dirigía a mí por mi nombre y aún más raro era que me hablara de mi padre. El Regente y yo habíamos cesado tratos afectivos desde que ambos notamos nuestros diferentes puntos de vista de cómo debía de funcionar el Imperio.

- Lo tomo como un alago William. – le dije cortésmente – Gracias.

William me lanzó otra mirada.

- Lo dejaré descansar. – me dijo – Supongo le gustará estar fresco para la ceremonia de esta noche, ya he confirmado la asistencia de sus amigos Román y Amelia Fregotte así como de sus padres como usted me lo pidió. – dijo en su tono que tanto me intrigaba.
- Gracias – me limité a responder nuevamente.

William me dirigió una sonrisa y se dispuso a salir de la habitación pero yo lo detuve.

- Sé ya bien que el Senado va a nombrarte Canciller Imperial para que sigas teniendo el control de muchas cosas. – le dije – Pero en verdad habrá cosas que como que me llamo León Astoria van a cambiar.

William me dirigió una nueva mirada, esta vez parecía divertido.

- Mi querido príncipe, por supuesto que van a cambiar, es usted quien será el legítimo gobernante del Imperio señalado por el Altísimo. Será un honor servirle – me dijo para esta vez con un ademán retirarse definitivamente del despacho.

Me encontraba solo en mi nueva habitación, contemplando cada uno de sus rincones. En esa recámara habían habitado todos los Astoria a lo largo de más de cuatro siglos, para mí era algo muy importante estar a la altura de lo que habían hecho mis antepasados. Recordé que aún me faltaba por leer prácticamente todo el Archivo Secreto de los Astoria y eso me emocionaba mucho.

Esta vez no abrí el portafolio del Emperador Alejandro Astoria, esta vez abrí las memorias del Emperador Javier I, mi padre.

Manuscrito del Emperador Javier Astoria I

No es grato recibir la responsabilidad de una galaxia después de la pérdida de un padre. No es el momento en el que mejor me encuentro, mi padre, mi mayor ejemplo, está muerto y en lugar de poder vivir mi pena tengo que salir a dar la cara por el Imperio, lo que habría hecho él y lo que haré yo desde el día de hoy.

No todo son malas noticias, tengo a mi amada esposa Diana María y estamos intentando tener un bebé, nos hemos tardado, por alguna razón desconocida tenemos dificultades para procrear, pero la fe que tenemos en Dios nos da la certeza que nuestro hijo algún día llegará.

Lo más importante relacionado al Imperio, es que hemos logrado la paz con los territorios no evangelizados del Universo. Ahora existe un tratado por el cual se respetará el libre comercio exterior y el tránsito controlado de ciudadanos de la galaxia a otros territorios y viceversa con garantías de buen trato y protección civil.

Esto me ha traído algo de conflictos con mi mejor amigo William, a quien recién convertí en mi Confidente Imperial, él piensa que una guerra armada contra ellos podría ser mejor opción para avanzar en la misión divina encomendada por Dios...

Antes de que pudiera seguir leyendo alguien llamó a mi puerta sacándome de las memorias de mi padre.

- Adelante – me apresuré a decir guardando la carpeta.

La puerta se abrió y tuve a Enrique delante después de tres días sin verlo ni oírlo, puso algo en la mesa y se dirigió a mí.

- ¿Cómo estas? – me preguntó con una sonrisa dándome fuerte en la espalda como se había caracterizado siempre.
- Bien, supongo – dije esbozando yo también una sonrisa y palmeando su espalda aún con más fuerza – Tú... ¿cómo estas?
- No me quejo – me respondió – Pero definitivamente la vida en el Vaticano no es lo mismo sin ti. ¿Qué tal la vida como señor del Palacio de Balahuk?
- Tampoco me quejo – le respondí sonriendo.
- ¿Qué hacías? – me preguntó mirando alrededor.
- Leía el primer manuscrito oficial de mi padre – le dije.
 - ¿Sabes que él también tuvo problemas con Serbin por su deseo de evangelización armada?

Enrique soltó un bufido.

- No se como tu padre pudo tener a ese hombre como mejor amigo. – opinó – Mi padre ya esta cansado de las peleas de persecución a los no creyentes en el virreinato de Júpiter.
- Tu padre hace un buen trabajo – le dije.

Enrique me miró con diversión.

- Pero ahora nos toca trabajar a nosotros juntos... ¿qué no? – me preguntó – Porque sigo siendo tu Confidente Imperial ¿verdad?

- Claro que si Enrique – le dije esbozando una sonrisa y abrazándolo de nuevo – Perdona mi actitud...
- No, no... perdona tú la mía – se apresuró a interrumpir – O bueno, no quiero hablar de eso, dejémoslo en un empate. Vayamos mejor a estrenar la pista de equitación del Palacio, he visto como han traído ya a tu caballo Draco a este lugar, yo me conformaré montando a un equino desconocido.

Miré a Enrique con ese sentido de aventura que compartíamos los dos.

- ¡Vamos pues! – me apresuré a decir.

Enrique hizo un gesto de vacilación con cara y manos.

- Pensé que me lo preguntarías – me dijo.
- ¿El qué? – pregunte confundido.
- Tu regalo de cumpleaños – me dijo adelantando una caja de plata que hasta ese momento no había notado.

Miré la caja con perplejidad. ¿Qué habría dentro?

- Gracias – me limité a decir abriendo la tapa del baúl.

Dentro había un pequeño perrito tratando de salir del cofre. Dejé la caja de plata sobre la mesa y me apresuré a tomar al can entre mis manos y lo elevé hasta mi nariz, cuando el comenzó a olfatearme a mí.

- Lo encontré aquella noche en Ibiza y pensé que podía ser un buen regalo. – me dijo Enrique con tono afable.
- Es realmente grandioso. Me gustó mucho – le dije. – Gracias.

- Llámalo Balian. – me dijo después de un breve silencio. – Significa “amigo” en las lenguas de Júpiter.
- Pues Balian se llamará.

Apreté las piernas para indicarle al caballo que era hora de brincar la valla, hice posición de salto y superamos con elegancia el último obstáculo de la pista recorrido, lo había terminado con cero penalizaciones.

- Bien hecho hermano – me dijo Román estrechándome en un abrazo apenas me bajé de mi querido caballo Draco.

En esos momentos nos localizábamos en la pista de equitación del Palacio Imperial. Me encontraba con Román, Mía, Enrique y Triana.

- ¿Qué tienes pensado hacer en los eventos de los Valores Imperiales? – me preguntó Triana con curiosidad una vez nos reunimos todos en una palapa que estaba a un costado de la pista de equitación.
- Es en lo que he estado pensando. – respondí – ¿Ustedes qué opinan?
- Yo opino que lo mejor que podrías hacer para dar un mensaje de Justicia es liberar a los que permanecen presos por no profesar la fe católica en los nuevos territorios adheridos. – opinó Enrique al instante.
- Sí, es algo que he estado pensando pero sé que no pondría muy feliz a Serbin. – respondí secamente.
- Sabes que Su Santidad espera enviar evangelizadores con los presos para que conozcan la palabra de Cristo, pero lo mejor es que lo hicieran en libertad. – opinó

Mía. – El propio Papa esta a favor de la no criminalización de la falta de fe, la fe no se adquiere con castigos.

Hice una pausa de silencio en la que analicé esa posibilidad.

- Pues bien, ya tengo la Acción de Justicia del primer evento – dije con franqueza.

Los ojos de Enrique se iluminaron.

- Sabía que tú eres mucha cosa para enfrentarte al odioso de Serbin. – dijo emocionado – Quiero ver la cara que se le pone.

Dirigí una mirada pensativa a todos los presentes y luego dibujé una sonrisa irónica.

- Estuve hablando con él en la mañana. – comenté – Dice que será un placer servirme. Estoy seguro que el Senado lo nombrará Canciller Imperial y no me darán a mí el voto de confianza absoluta.
- Bueno... serás emperador muy joven, creo que es mejor así por el principio – exclamó Mía. – De cualquier forma ándate con cuidado con él.

El Senado tenía la opción de depositar la confianza absoluta de su soberanía política en el Emperador, o nombrar un Canciller Imperial, quien tendría la posibilidad de representar poderes atribuidos al Senado a los que el Emperador tenía que solicitar aprobación obligatoria.

Miré mi reflejo completo en el espejo y abrochando el último botón del traje de gala que usaría para el evento de las Legítimas Alegaciones que pronto daría inicio me dediqué una sonrisa a mi mismo. Después de que el Senado reconociera mi derecho legítimo al trono, sería proclamado Emperador electo y continuarían los eventos de Exhibición de Valores para al termino de estos Su Santidad pusiera sobre mi cabeza la Corona Imperial y recibiera de manos del Presidente del Senado el bastón de mando de la Galaxia.

- Mis últimos momentos como el príncipe León... – le dije al pequeño Balian, el perro de raza chihuahua que me lamió la cara una vez me senté en mi cama para cargarlo entre mis brazos. – Emperador León Astoria I ¿Suenan bien no?

Acaricié las orejas del perro mientras este retorció su cuerpo en señal de placer y trataba de lamermme de nuevo.

Me fijé de nuevo en mi reflejo en el que me vi vestido con la ornamentación que correspondía al evento, Una especie de traje negro con terminados en azul rey y banda azul turquesa con el escudo de los Astoria. Definitivamente ya no era un niño, mi cuerpo ya era el de un hombre, esperaba que mi mentalidad también lo fuera, la verdad quería hacer un buen trabajo al frente del Imperio.

Completamente vestido, me tire en la cama y con el dedo abrí el cobertizo que tapaba el techo de cristal que daba al cielo estrellado, sonreí en el último momento en que sólo sería León.

Después, por alguna razón, pensé en Maryann... ¿Qué habría sido de ella? La verdad era que no había tenido el cinismo de preguntar.

Llamaron a la puerta.

- Adelante – grité.

En la puerta apareció el mayordomo de la Casa Imperial, Santino Biccó.

- Su Alteza, ya lo esperan para abordar. – me informó.

Caminé junto con Santino a través de los muros del Palacio Imperial hasta llegar a una pequeña sala cerrada aledaña al vestíbulo principal del recinto. La Cardenal Zcaprio, el Dr. Chelsea y Enrique, vestido con las ropas propias del Confidente Imperial ya me esperaban en el lugar.

- Debo reconocer que estoy nervioso – me apresuré a decir para romper el silencio cuanto antes, necesitaba desahogarme.
- Todo irá bien – murmuró la Cardenal Zcaprio dándome un beso en la mejilla ante lo que yo me ruboricé un poco, y al darme cuenta que ella lo había notado, aún me ruboricé más.

No pasaron más de quince minutos cuando ya nos encontrábamos en el Palacio del Senado, donde el tumulto a los alrededores de aquel recinto iba creciendo en gran proporción mientras nos aproximábamos a velocidad recorrida a la entrada del lugar. Toda la galaxia estaba ansiosa de ver a un legítimo Astoria presentar sus Legítimas Alegaciones.

- Bienvenidos mis Señores – nos dijo William de Serbin al cruzar la puerta de la entrada del vestíbulo principal que daba al hemiciclo de los senadores.

El estupor inundó mi ser emocionado de escuchar los vítores que provenían del exterior a la voz de “¡Viva León Astoria!”

Después de la imagen de Serbin, lo primero que pude ver fue a los senadores integrantes de la Comisión de Honor que me daría la bienvenida al recinto de los legisladores de la Galaxia. Los saludé a todos con la mano y una sonrisa. Entre ellos estaba la senadora Cassandra Barshgloom quién rompió el protocolo y me saludó con un ruidoso beso en la mejilla.

Al llegar al acceso al hemiciclo, la Imperial Orquesta Sinfónica, comenzó a tocar el himno del Imperio. Yo caminaba al frente junto con Su Santidad y detrás iban la Cardenal Zcaprio, Enrique, William y el Dr. Chelsea. Comencé la marcha hasta el presídium del parlamento galáctico con paso firme y seguro, dedicando sonrisas a todo aquel que me las dedicara a mí.

El aspecto del Palacio Legislativo era muy bello. Un hemiciclo gigante y con una altura inmensa provisto de cientos de balcones de mármol brillante para cada senador y su comitiva. Eran un total de mil quinientos senadores imperiales.

Estreché la mano de Chavar Ordange quien se encontraba de pie para recibirnos en el estrado como anfitrión presidente del Senado. Tomé asiento en mi lugar asignado al centro, a la derecha del mercuriano.

Chavar Ordange hizo sonar una campana.

- Se declara instalada la Sesión Plenaria de Presentación de Legítimas Alegaciones al trono del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea, según lo marcado en el artículo siete párrafo cuatro de la Constitución Imperial. – anunció el presidente del Senado con voz solemne desde la tribuna alzada en base de oro y platino. – Para efectos del citado artículo rogamos en el punto primero de la Orden del Día a Su Santidad el Papa Anastasio VII se disponga a iniciar el procedimiento de presentación de Legítimas Alegaciones al trono por parte de Su Alteza Imperial León Alejandro de Astoria y Teruel quien hasta hoy según decreto transitorio desde hace cuatro legislaturas es reconocido como Príncipe Imperial.

Dos de los asistentes del Papa ayudaron a este a ponerse en pie y dirigirse hacia la tribuna, yo me puse de pie en el estrado. Los nervios comenzaron a recorrer mis entrañas.

- León Alejandro de Astoria y Teruel, hijo único y legítimo de Sus Majestades Imperiales Javier I de Astoria y Diana María de Teruel. La Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana y Universal, reconoce el derecho natural del Príncipe León a acceder al trono del Imperio Galáctico Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea por voluntad de Cristo nuestro Señor en voz de su profeta el Arcángel Gabriel – dijo el Pontífice en tono alegre y a la vez sereno.

Los senadores y demás presentes en el hemiciclo prorrumpieron en aplausos.

El presidente del Senado hizo sonar de nuevo la campana en señal de la finalización del primer punto de la Orden del Día, al tiempo que Su Santidad volvía a sentarse en el lugar que le correspondía en las Sesiones Solemnes del Senado, a la izquierda del Presidente del mismo.

- Siguiendo con el segundo y último punto del día se procede a preguntar solemnemente si el reconocido heredero acepta la responsabilidad terrenal y divina de ostentar la jefatura de Estado de nuestro Imperio. – prosiguió Chavar Ordange.

Sentí fuego recorrer mis entrañas al tiempo que inflaba mi pecho lo máximo que podía.

- Alteza, siempre consiente de la responsabilidad que de esto emana ¿reclama usted su legítimo derecho al trono de la Galaxia y acepta dedicar su vida en procuración a bien de este Imperio? – me preguntó el presidente del Senado.

Antes de responder tuve una visión de lo que sería mi vida a partir de ahora y claro está lo que había sido y lo que cambiaría, estaba decidido.

- Acepto – dije con voz firme y segura. – Presento mis Legítimas Alegaciones al trono del Imperio.
- Por mandato constitucional y divino este Senado de la Confederación reconoce de manera oficial a Su Majestad León Alejandro de Astoria y Teruel como emperador electo de esta nuestra Galaxia y cita a este

pleno a la Coronación del nuevo Emperador el día veintiocho de agosto del año en curso en la Catedral de San Pedro al concluir los eventos de Exhibición de los Valores Imperiales.

La campana sonó dando fin a la Sesión de Presentación de las Legítimas Alegaciones y lo único que pude hacer fue esbozar una tenue sonrisa inspirado en todo lo que podría hacer por mi pueblo, eso si, los nervios de tan grande responsabilidad estallaban dentro de mí.

Después de la ceremonia, Chavar Ordange ofreció un brindis en el Palacio Legislativo. Además de la cena, que había que reconocer estaba succulenta, no había pasado otra cosa distinta a lo que marcaría el protocolo, incluyendo no poder hablar con mis amigos quizás hasta la mañana siguiente.

Al terminar la cena y despedirme de las principales figuras presentes, hubo algo que me llamó mucho la atención. En el momento en el que me despedía de Chavar Ordange, la anciana senadora Barshgloom me dio un pellizco y me guardo con maña un sobre en la bolsa del traje guiñándome un ojo para luego susurrarme al oído: "Es de suma importancia".

Me encontraba a solas con Enrique y dos miembros de la Guardia Imperial en la cabina del automóvil que nos llevaría de regreso al Palacio Imperial. Después de todo mi habitación del Vaticano ahora sería de alguien que desconocía, pues como mi Confidente Imperial, Enrique debía mudarse a la residencia que le correspondía en los

confines del Palacio Imperial. Yo estaba aturdido en ese momento por lo que desde ya mi vida comenzaría a ser, me sentía feliz, pero aturdido.

Me di cuenta que el automóvil aminoraba la marcha y giraba en una vía alterna a como estaba programado el recorrido de regreso.

- ¿Sucede algo, Bart? – pregunté al qué había sido jefe de mis guardaespaldas desde toda la vida.

El capitán de la Guardia Imperial me miró titubeante.

- Hay una manifestación en contra del régimen. – me dijo con voz seca – Usaremos otra ruta.

Aquellas palabras, por alguna razón me cayeron como un balde de agua fría. Solamente había visto a la gente que me apoyaba, pero nunca me había enfrentado al clamor popular del pueblo en desacuerdo.

- ¿No podemos trasladarnos vía aérea? – preguntó Enrique que en ese momento había alzado la cabeza saliendo de su propio ensimismamiento.
- No – contesté yo de manera tajante. – Capitán mantenga la ruta.

Miré los ojos de asombro de Bart, pero lo que más me llamó la atención fue como los profundos ojos de Enrique se perdían en mí.

- Majestad es muy arriesgado yo le recomendaría...
- Es una orden – lo interrumpí en voz baja pero decidida, ahora tenía la autoridad.

El capitán me miró unos instantes y se apresuró a extender mi orden a toda la flotilla de seguridad que nos acompañaba en el recorrido de regreso al Palacio Imperial.

Enrique seguía con la mirada perpleja.

- ¿Estas seguro de...?
- Si, lo estoy – dije con decisión interrumpiéndolo.

Cuando llegamos al centro de la manifestación las cosas estaban un poco fuera de control. Podía ver como miembros de la Guardia Civil del Imperio contenían a varios manifestantes que hacían todo por acercarse al Palacio Legislativo, algunos simpatizantes del régimen estaban enfrentándose a los manifestantes.

Mi mirada se dirigió a los hologramas de textos e imágenes que proyectaban los manifestantes.

“NO A LA EXPROPIACIÓN ACUIFERA” “HUMANOS Y AUTÓCTONOS CON LOS MISMOS DERECHOS” “LEON ASTORIA TÍTERE DE SERBIN” “LIBERACIÓN DE LOS PRESOS NO CONVERSOS” “JUSTICIA Y DIGNIDAD PARA LOS AUTÓCTONOS DE NEPTUNO” “LEON ASTORIA EL PEQUEÑO JUNIOR DE LA OPRESIÓN” “LEON FASTORIA, FASTIDIA” “APERTURA A LOS TRATADOS DE LIBRE MERCADO Y CIRCULACIÓN” “SERBIN QUIERE GUERRA, NOSOTROS QUEREMOS PAZ” “NO MÁS DAÑOS AL MEDIO AMBIENTE”.

Más allá pude ver como los manifestantes prendían fuego a imágenes mías y de William, también banderas

imperiales, incluso lo hacían con algunas imágenes de Su Santidad.

Más allá de la estupefacción me quede sin palabras.

¿Esa era la imagen que tenían algunos sobre mí? El ochenta por ciento de los manifestantes presentes eran autóctonos de otros mundos, aunque también había varios humanos de la Tierra y de otros planetas.

- ¿Te encuentras bien? – me preguntó Enrique en voz queda.
- No lo sé. – dije en un murmullo.

Me quedé viendo la imagen de lo que estaba sucediendo frente a mis ojos. Ni los manifestantes ni los imperialistas parecían haberse dado cuenta de la aproximación de mi caravana al lugar donde ellos se encontraban. Supongo les pareció serían únicamente refuerzos que venían a tratar de imponer el orden.

- Quiero dirigirme a ellos – le dije al capitán – Quiero que proyecten mi holograma en vivo en esta misma locación.
- Majestad perdóneme que insista pero...
- Esta decidido Bart – le interrumpí.

Bart hizo una seña de asentimiento con la cabeza y aunque muy dubitativamente salió del auto para cumplir mis ordenes.

- ¿Qué planeas hacer? – me preguntó Enrique perplejo.
- Simplemente quiero decirles que voy a escuchar sus peticiones y que habrá cambios contundentes en la Galaxia.

Todo estaba listo en la cabina del gigante automóvil para que mi mensaje pudiera ser escuchado y transmitido mediante un holograma tridimensional. Había contemplado la posibilidad de hacerlo en persona pero era consciente del riesgo que ello implicaba.

- Cuando le dé la señal su holograma estará en proyección justo arriba de este auto. – me informó Bart – Los decibeles de audio le permitirán ser escuchado a un buen volumen. Debe también de saber que ellos piensan que usted ya se encuentra en Palacio Imperial, para ellos será una sorpresa.

Asentí con la cabeza colocándome frente a la cámara que estaba instalada en la cabina del automóvil. Bart me dio la señal, tome aire, suspiré y comencé.

- Ciudadanos del Imperio del Sol – dije alzando mi voz. – Como Emperador electo de la Galaxia estoy en el lugar de esta manifestación enterándome de sus inquietudes. Prometo darle seguimiento a los principales casos mencionados. Muchas cosas cambiarán en el Imperio, el régimen evolucionará para el bien de todos. Buenas noches y muchas gracias.

- ¿Qué se siente? – me preguntó Román una vez nos encontramos él, Enrique, Mía, Triana y yo en una pequeña reunión en la zona de albercas del Palacio Imperial al medio día siguiente de la ceremonia de las Legítimas Alegaciones.
- ¿Qué cosa?

- Pasar de ser Su Alteza Imperial a ser Su Majestad – me respondió calando mi temple.
- Nada nuevo... - mentí, la verdad era que me encantaba gozar del título y más aun cuando después de la coronación mi tratamiento oficial ya fuese el de Su Majestad Imperial.

Enrique me miró con una cariñosa mirada de diversión.

- Que mal sabes mentir – me dijo.

Hubo una carcajada general.

- Estamos muy orgullosos de ti – exclamó Mía al cabo de unos segundos. – Enrique ya nos contó cómo fue que le hiciste frente a los manifestantes y te interesaste en sus argumentaciones. – sonrió.

Sentí ruborizarme el rostro.

- Bueno es mi obligación – me limité a responder con una sonrisa de agradecimiento, para mi era muy importante contar con el apoyo de los míos.
- Lamentablemente creo que Serbin aprovechará las circunstancias – comentó Mía.
- ¿A que te refieres? – preguntó Triana.

Hubo un silencio de confusión general, Mía parecía contrariada.

- El Senado va a nombrar a Serbin Canciller Imperial mañana. – respondí yo adivinando el por qué del comentario de Mía – ¿Cómo lo sabes tú Mía?
- Veo los noticieros – respondió ella con simpleza.
- Ya veo – exclamé.

Yo sabía que William sería nombrado Canciller Imperial, pero no me imaginaba que el Senado fuera a tener tanta urgencia de tenerme controlado.

- ¿Específicamente en qué nos va a poder joder Serbin como Canciller Imperial? – preguntó Román – Vamos... ¿cuáles serían sus facultades?
- En esencia puede someter algunos de mis decretos y ordenes a previa autorización del Senado entre otras facultades representativas – respondí. – Tampoco lo veo como algo demasiado trágico, fuera de todo necesito a Serbin hasta que aprenda y... a veces siento cariño por él, después de todo era el mejor amigo de mi padre.

Mis amigos prefirieron guardar silencio ante mi comentario, ante lo cual yo me sentí más cómodo.

Cerré el agua de la regadera para poner fin a un relajante baño con hidromasaje. Era hora de ir a dormir, acaricié a Balian y me acosté en mi cama, pensaba me quedaría dormido en seguida, pero no fue así. Una sensación de angustia comenzaba a inundar mi ser, no caía en cuenta que era el Emperador electo de la Galaxia más próspera del Universo.

Harto de dar vueltas en la cama decidí ponerme en pie. El pequeño Balian me miraba con curiosidad, pasaron seguidos como flashes en mi mente los rostros de Enrique y Maryann. No acababa de entender por qué mi mente los relacionaba tanto.

Después del pequeño ensimismamiento en el que también me vino Triana a la cabeza, decidí ponerme de nuevo mi traje oficial, el que había usado en la ceremonia de las Legítimas Alegaciones.

Me miré en el espejo y sonreí. Vestido así me montaba un poco más en mi papel de cabeza del Imperio, mientras miraba el reflejo del traje recordé algo de suma importancia que yacía en él. Hurgué en los bolsillos del traje y encontré el sobre que la senadora Barshgloom me había dado la noche anterior.

Querido León:

Primero que nada perdona el atrevimiento de llamarte por tu nombre y tras las letras de la palabra querido, y es que tú eres muy querido para mí, porque yo amaba muchísimo a tus padres como verdaderos hijos.

Son innumerables todas las cosas que me gustaría decirte, pero por ahora me conformaré con decirte lo siguiente:

Es necesario que estés consiente que muchos de los senadores y funcionarios están acostumbrados a la forma de hacer las cosas de William de Serbin, y aunque no lo considere una mala persona, no estoy de acuerdo en su forma de proceder en muchas acciones.

Su Santidad, un buen amigo, me ha mantenido informada de tu desarrollo como persona y me dice que eres un muchacho bien intencionado y de corazón confiado y sincero, pero debes de entender que no todas las personas son así.

Es bueno confiar en tu prójimo, pero debes de estar consciente que lo que nos estamos jugando ahora es mucho más que un simple amor de cumpleaños. Por eso apelo a tu conciencia y te pido mantengas un punto de equilibrio en lo que debes de hacer desde hoy y lo que quieres hacer de tu vida personal.

Comprometiendo siempre mi lealtad a ti, me despido con mucho cariño.

Senadora Imperial Cassandra Barshgloom.

P.D. Ten cuidado de en quién confías.

Volví a leer la carta unas tres veces, tratando de empalmar sus palabras y posibles interpretaciones que entre líneas podría haber con pensamientos propios en lo referente a aquellos temas que había tocado la Senadora en su carta.

Me sentía halagado y agradecido con ella, por alguna razón sabía que ella era una persona que verdaderamente me estimaba y en la que podía confiar.

Era verdad que mi corazón era un poco alegre, y que muchas veces me dejaba llevar por la sangre brava que corría por mis venas y cometía algunas indiscreciones y errores que no eran propios de mi cargo. Claro estaba como ejemplo mi fuga de cumpleaños, pero... lo más importante es que era verdad aquello de que solía entregar mi confianza con mucha facilidad. Aunque por más que trataba yo no podía ver eso como algo malo, yo confiaba en Dios y Dios me decía que amase a mi prójimo... ¿Cómo era la manera en la que un Emperador amaba a Dios y a su prójimo?

Había que tomar una determinación en el momento, después de todo al día siguiente tendría que anunciar mi acción de Justicia en el marco de los eventos de la Exhibición de los Valores Imperiales.

Apreté el botón que me comunicaba con la guardia que estaba montada exactamente afuera de mi habitación.

- Hagan venir de inmediato a mi Confidente Imperial – ordené.

Quince minutos después apareció Enrique en pijama y bata con rostro somnoliento, quien notando mi rostro de angustia me tendió un abrazo que apenas duró medio instante.

- ¿Qué pasa? – preguntó.
- Simplemente hay muchas cosas que debemos cambiar y es el preciso momento de actuar – le dije sonriendo aumentando un poco mi ánimo.
- Eso es lo que esperaba escuchar – me dijo ahora sí abrazándome con la característica palmada fuerte que él daba en la espalda - ¿Qué tienes pensado?
- Si algo tengo claro es que debemos de dejar libres a los presos que no profesan la religión católica, pero tampoco permitiré que la evangelización para la salvación eterna tome un rumbo equivocado. – le dije de forma tajante.

Enrique me miró profundamente a los ojos.

- Sabemos que Su Santidad ya tiene planes con una nueva metodología de evangelización y es al Vaticano a quien corresponde hacerlo, dejemos a los presos

- libres – me dijo él de la misma forma tajante que lo había hecho yo – Sabes que aunque no te lo diga por respeto a tu autonomía Anastasio VII espera lo mismo.
- La liberación de los presos ya la tenía decidida, aunque sé que William no está de acuerdo, pero así será – le dije esbozando una nueva sonrisa – Lo que más me preocupa ahora es dar en la exhibición de Honestidad acuerdos respecto a la Expropiación Acuífera y Tratados de Comercio Interno y Exterior. En Sabiduría me gustaría revisar los derechos de los autóctonos de otros planetas.
 - Debemos tener cuidado con la Expropiación Acuífera – me dijo Enrique – Es verdad que ahora está en manos de particulares privados que la venden demasiado cara a la mayoría del pueblo. Pero al expropiarla pegaríamos duramente a los intereses económicos de estas empresas y generaría una molestia de este sector tan remunerado.
 - Estaba pensando en marcar un precio máximo del agua potable, variando según el planeta ya que no en todos hay los mismos recursos de agua. – le comenté.
 - Se me hace una buena opción. – comentó Enrique arqueando las cejas - ¿Qué regulaciones pondrás en los Tratados de Comercio?
 - Dentro del Imperio desaparecerá el impuesto sobre los virreinos y buscaré la apertura de nuevas importaciones y exportaciones que por ahora se hacen de manera ilegal en el Imperio por mafias intergalácticas.

Hubo un instante de silencio en el que Balian iba de Enrique hacia mí y viceversa viendo cual de los dos entraría a su juego.

- ¿Qué piensas de los derechos de los autóctonos? – le pregunté secamente.
- Es un tema difícil – me respondió en el mismo tono – Es un hecho que son seres inteligentes pero muchas de sus costumbres van en contra de las leyes de la Iglesia y del Imperio. Pero también es un hecho que se debe de impedir que los humanos abusen de su estatus y se les esté permitido abatir contra autóctonos ante el menor de los pretextos, eso debería regularse.

Le dediqué una sonrisa a Enrique al tiempo que acariciaba las orejas y el cuello de Balian.

- ¿Y qué tienes pensado hacer en Fe? – me preguntó dubitativamente con media sonrisa.
- Invitaré a los gobiernos de otras Galaxias a iniciar relaciones diplomáticas con el Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea.

La expresión de Enrique se torno fugazmente sorprendida.

- ¿Se puede eso? – me preguntó incrédulo.
- Según las actuales leyes no se puede. – le respondí en tono tranquilo – Pero no veo impedimento para empezar diálogos de reforma en el Senado. Quiero agotar la vía del dialogo antes de entrar a una guerra. Aunque nos duela aceptarlo es verdad lo que dice

Serbin: la paz con los espacios extranjeros no se podrá prolongar mucho tal y como existe.

Enrique sonrió nuevamente.

- ¿Entonces ya los tienes? – preguntó Enrique con alegría – En Justicia liberarás a los presos no conversos, en Honestidad regularás los precios del agua y abrirás nuevas vías de comercio, en Sabiduría revisarás los derechos de los autóctonos y en Fe buscarás abrir relaciones diplomáticas con otras galaxias.

Sonreí en señal de asentimiento.

- ¿Te das cuenta de lo que podría pasar si estalla la guerra? – me preguntó como quien no quiere la cosa.

Lo miré en silencio durante unos instantes.

- Haremos todo lo posible para detenerla Enrique – le dije con franqueza – Y si no lo logramos tenemos al mejor ejercito y el mejor armamento de todo el Universo descubierto.
- Pero sabes que si van en Guerra contra nosotros se unirían varias galaxias en alianza y pondría muy parejas las cosas.
- Prefiero pensar en la paz – le dije en el tono que se usaba para dar por concluida una discusión.

Me encontraba en el salón de protocolos al término del anuncio de la exhibición del Valor de Justicia, ya había firmado públicamente el Decreto Imperial que ponía en libertad a los presos no conversos siempre y cuando

respetaran las leyes de la Iglesia y las del Imperio. Al otro lado de la Capital Imperial de Madrid, el Senado había nombrado a Serbin Canciller Imperial apenas con el cincuenta y tres por ciento de los votos a favor.

Después de las acciones típicas del protocolo me dirigí a mi despacho donde ya me esperaban Enrique, el Dr. Chelsea y la Cardenal Zcaprio.

- Serbin acaba de decirle a la prensa que como Canciller Imperial no someterá a consulta del Senado ninguna de las decisiones que tomes en el marco de la Exhibición de los Valores Imperiales. – me comentó la Cardenal Zcaprio – Sus intenciones pueden ser demasiadas.
- Serbin es muy político y nada tonto – agregó el Dr. Chelsea – A él le conviene utilizar tu popularidad con el pueblo para mejorar su imagen.

Enrique señaló a la televisión tridimensional y pudimos ver la repetición del primer mensaje que Serbin había dado después de que el Senado lo nombrase Canciller Imperial.

- ...respetaré todas y cada una de las acciones que emprenda Su Majestad el Emperador electo en el marco de su Exhibición de Valores Imperiales, afirmando que entre el Emperador y yo existe una excelente relación y tenemos un amplio margen de puntos de vista en común... – decía Serbin por la televisión.

Me quedé unos minutos divagando en mi mente, tratando de comprender cuales serían las intenciones de

William, yo sabía que estaba completamente en desacuerdo con las determinaciones que estaba tomado antes de mi coronación como Emperador Constitucional.

- Lo que más me molesta de Serbin es su doble cara – exclamó Enrique.
- Es político, tiene que tenerla – le contestó el Dr. Chelsea.

Mire a la Cardenal Zcaprio tratando de que sus ojos me dijese la verdad de lo que ella pensaba, al parecer, ella lo notó.

- Eminencia confío en que el Vaticano utilice métodos de evangelización que no causen represalias sobre mis súbditos, conversos y no conversos son ciudadanos del Imperio.
- Ten por seguro de que será así León – me respondió ella con una sonrisa – Pero confieso que a mí también me causa un poco de intriga el actuar de Serbin.
- ¿Piensa Su Eminencia que nos pueda traicionar? – pregunté a la cardenal. Mis amigos durante algún tiempo me habían metido la idea en la cabeza de que Serbin tuvo que ver con el asesinato de mis padres, cosa que en lo personal tampoco creía o me negaba a creer.
- William de Serbin no es una mala persona. – me respondió ella – Simplemente es un ser humano fanático de sus ideales.

La mañana del veintisiete de agosto, día en que terminaba la Exhibición de Valores Imperiales me

desperté sintiéndome un poco más confiado y relajado al mismo tiempo que ansioso por mi coronación que tendría lugar la noche siguiente en la que dejaría de ser Emperador electo para por fin ser Emperador Constitucional.

Aprovechando los últimos momentos antes de emprender el largo viaje al mando de una Galaxia me pude reunir con mis amigos en la playa mexicana de Cancún. Lo llamaba mi despedida de juventud y había invitado a Román, Mía, Enrique y Triana.

- Bonito lugar eh... - dije cuando estuvimos en el segundo arrecife más grande del planeta Tierra.

Mis amigos y yo nos disponíamos a bucear en las cristalinas aguas del Caribe.

- Muero de ganas por ver algún delfín – chilló Triana mientras se acomodaba el traje de baño.
- Con suerte y verá algunos señorita Triana, en el recorrido del yate se abarca una zona en la que nadan delfines salvajes – dijo un hombre al que conocían como “El Trucha”, mejor guía del Caribe mexicano y como se hubiera llamado en antaño un “latin lover”.
- ¡Yo quiero ver un pez globo! – dije emocionado.
- ¿Por qué? – preguntó Román.
- Son demasiado chistosos – respondí soltando una carcajada.
- Chistoso estás tú – dijo Enrique soltando una sonrisa de diversión.

El Trucha, que no se sentía intimidado ni por mi presencia ni por la de la Guardia Imperial se atrevió a decir:

- Su Majestad, sería importante continuar con la conservación de la flora y fauna marina – me dijo en tono agrio – En los tiempos de su padre se logró la recuperación total del arrecife, pero William de Serbin nos ha dejado en el olvido.
- Descuide capitán mi amigo no olvidará la ecología – le dijo Mía en tono amable.

Sonreí ante el comentario de mi amiga.

Yo fui el primero en aventarme al agua para dar por iniciada nuestra aventura de buceo. Me quede maravillado observando todo lo que había en las profundidades del mundo marino, que si bien no era nada nuevo para mi, no dejaba de sorprenderme como la primera vez.

Presté atención a una pareja de peces payaso que jugueteaban al lado de un pequeño coral. Era una de las veces en las que me daba cuenta de cuán maravillosa era la vida y en sí, toda la creación de Dios.

Sentí como si una ola de presión dentro del mar me diese un palmo seco por la espalda, al voltear vi pasar a lo que parecía un tiburón. Mi corazón latió con fuerza por el susto del momento hasta que me di cuenta que tan solo era un tiburón gato y que el que había lanzado la bola de aire acuático había sido Enrique invocando la magia conferida por Dios a los humanos apostólicos.

En respuesta a mi amigo, yo le lancé tres olas del mismo calibre que él me lanzó. A lo que a su vez Enrique contestó con una fuerte que me dio de lleno en la cara.

- ¡Eres un imbécil! – le traté de gritar un poco molesto por su brusquedad. Pero mi ira disminuyó al instante al darme cuenta que cualquier palabra que dijera con la escafandra puesta no podría ser escuchada o al menos entendida por él. Debajo del agua mi voz sólo eran burbujas y los suyos movimientos propios de que el chico lo estaba pasando muy bien.

Justo cuando me acercaba a Enrique para impulsarle de nuevo una ola de agua sobre sus partes nobles, Román apareció nadando frente a mí tomando una fotografía.

Hice un movimiento con las manos en señal de diversión y sentí más burbujas salir de mi boca por el aire que provocaría una buena carcajada. Sentía mi energía fluir con mis amigos y eso me hacía sentir vivo.

- Ha de ser fantástico eso de poder dominar los elementos y las energías como lo hacen ustedes los humanos apostólicos. – nos dijo Mía a Enrique y a mí una vez estuvimos de nuevo en la superficie del yate.
- No te creas – le respondió Enrique exhausto – A veces terminas un poco fatigado.

Y vaya que sí, usar las Artes Apostólicas requería de gran concentración y mucha energía física. También se suponía no debían ser empleadas ante cualquier excusa o por simple diversión, pero como siempre había pensado, yo también era humano y en tanto, estaba destinado a no ser perfecto.

El anochecer acontecía perfecto para que el cielo anaranjado iluminara hermosamente la mesa en la que comíamos todos juntos en la cubierta del yate privado que el Emperador tenía a su uso. Al horizonte se oyeron a los delfines emitir ruidos extraños y saltar como si bailaran al ritmo de las olas, tal visión nos atrapó durante algunos instantes.

- Que hermoso... - susurró Triana emocionada.

Sin dejar de sorprenderme por la magnificencia de la creación de Dios miré a mis amigos y no pude hacer otra cosa que sonreír, sonreír sintiéndome seguro de que más afortunado era por tener gente que me quisiera que por ser el Emperador de la Galaxia.

La noche era perfecta y la compañía también, esa noche sólo quería pensar que aunque todo fuera a ser diferente desde ya, esperaba que nunca terminasen de suceder momentos como este.

Me encontraba acalorado y cansado, ya vestido con la ornamentación propia de la Coronación Constitucional después de un largo día de eventos protocolarios sin relevancia alguna, quizá tal vez el de pasarle revista a la Guardia Imperial montado en mi bello caballo Draco me había hecho un poco de ilusión. Más aún porque al termino de esta Román, Enrique y yo habíamos ido a dar unos cuantos saltos en la pista de equitación. Aún faltaba lo

mejor del día: mi coronación en la Catedral de San Pedro que se llevaría a cabo en punto de las diez de la noche.

- Quiero decirte León que estoy orgulloso de ti – me dijo Su Santidad una vez nos quedamos a solas en su despacho en el Palacio Apostólico, en unos minutos más daría inicio la celebración de la Coronación según el protocolo marcado para la ocasión.
- Gracias Santo Padre – dije esbozando una sonrisa.

Él me la devolvió de una manera tierna y cariñosa.

- Debo de reconocer que aun te falta madurar un poco pero a Dios gracias siento que ya estas listo para este gran paso. – me dijo pronunciando aún más su sonrisa en labios y ojos. – Aunque sigo pensando que debes de trabajar en controlar un poco más tu osadía.

Hablando de osadía, me vino algo a la mente.

- Santidad... ¿Qué es lo que espera Dios de un Emperador? – le pregunté al sucesor del apóstol San Pedro.

El Papa sonrió nuevamente, ahora de manera un tanto irónica muy peculiar en él.

- Mi estimado muchacho, Dios espera lo mismo de todos los hombres – me dijo viéndome a los ojos – Sólo espera que des lo mejor de ti para que Él pueda trabajar atreves de tu corazón dispuesto. ¿Entiendes lo que te digo?

Miré los profundos ojos del anciano Vicario de Cristo, en ellos encontré una gran paz espiritual.

- Por mi conciencia y honor que así será Su Santidad – dije en tono solemne besándole el anillo del pescador.

Hubo un instante de silencio en el que Su Santidad perdió su mirada al horizonte dejando que el silencio reinara entre nosotros dos.

- Ellos están orgullosos de ti León – me dijo al cabo de un momento. – Tus padres eran magníficas personas como lo eres tú ahora. Te lo digo yo que los he educado a los tres.

Sonreí ante el gesto del Papa.

- Sólo espero estar a la altura – le dije. – Hacer realmente un buen trabajo, que se note un cambio para bien.
- Los cambios empiezan en uno mismo como la evolución natural del ser humano – me dijo el Papa con voz profunda – Sólo se trata de ser congruentes en el pensar y el actuar de lo que queremos y debemos de hacer en nuestras vidas.

Permanecí callado unos instantes.

- ¿Y dónde termina el querer y comienza el deber? – le pregunté un poco nervioso, empezaba a sentir el calibre del peso que estaba cayendo ahora sobre mis hombros.
- Eso te lo dictará tu conciencia León – me respondió Su Santidad – Tu conciencia es la principal vía de comunicación con Dios, más allá de lo que pueda decir cualquier escritura. La relación de cada ser con el creador es única e irrepetible y claro está, personal.

- ¿Entonces para qué estudiar la Biblia tanto tiempo? – pregunté confuso, aunque quizá ya sabía la respuesta, pero quería escucharla.
- Es claro que existen unos mandatos divinos y deben ser respetados. – me dijo con rigor. – Pero la interpretación que cada ser humano les quiera dar, es única, por que la salvación es también única y personal. Y se entiende a través de la conciencia.

Tenía una última pregunta que hacerle al Papa antes de ser coronado Emperador Constitucional del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea.

- ¿Cómo es que Dios decide quien va al paraíso y quien va al infierno? – pregunté de forma seca.
- Eso es lo más maravilloso de todo. – me respondió – No lo decide Él, lo decides tú con tus acciones y pensamientos en el día a día de tu vida.

Alguien llamo a la puerta del despacho de Su Santidad.

- Adelante – dijo el anciano pontífice.

Un guardia suizo se asomó por la puerta.

- Su Santidad todo se encuentra listo para la procesión de su entrada a la Basílica de San Pedro. – informó.

El Papa me dirigió una mirada tierna y profunda.

- Es hora ya León – me dijo saliendo caminando apoyado en su bastón.
- Lo sé Su Santidad – le dije mientras yo también salía del despacho.

Una vez el Papa se separó de mí me quedé solo en mis pensamientos, apenas y sentía la presencia de mi escolta personal, que esperaba la luz verde para que yo comenzara la procesión de entrada como lo especificaba el protocolo.

Mis sentidos estaban aturdidos, sabía que miles de millones estarían viendo la transmisión de mi Coronación, la Confederación Galáctica del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea tendría de nuevo un Emperador después de veinte años.

Al cabo de diez minutos extraviado en mis pensamientos vi a la Cardenal Zcaprio aproximarse hacia mí.

- León, todo esta listo – me informó ella – A menos de que quieras confesarte antes de la ocasión.
- Por el momento me conformaré con haber hecho el acto de contrición – respondí apenas en un susurro.

Caminé con la Cardenal Zcaprio por los pasillos del Palacio Apostólico, hasta llegar a la puerta que daba a la Plaza de San Pedro. Fuera podía escuchar las voces de miles de personas emocionadas por el gran acontecimiento que sucedería en ese momento. El Comité Organizador de la Coronación se había esmerado mucho en que además de la coronación se diera un buen espectáculo a todos los presentes. Triana Pirau y el más sexy cantante del momento Bryan Soldien serían los encargados de ponerle ritmo a la fiesta de la Coronación en la explanada de la Catedral de San Pedro para todos los que iban como espectadores. El carro de honor, con

cabina de cristal blindado y de color negro con el escudo Imperial ya esperaba mi arribo.

El automóvil comenzó la marcha lenta propia de un desfile, pude ver rostros fascinados con el avanzar de mi caravana, inflé el pecho y comencé a saludar. Los gritos de "Viva el Emperador" no se dejaron esperar.

Cuando llegué a la puerta de la Catedral de San Pedro fui recibido por guardias suizos vaticanos y guardias imperiales alzando a lo alto sus sables en señal de respeto y reconocimiento a mi autoridad. Caminé a través del sendero señalado por una larga alfombra roja hasta el altar mayor de aquella basílica al ritmo que me marcaba el piano con la pieza de la Marcha Imperial.

Cuando llegue al baldaquín pude ver de cerca a Chavar Ordange con gesto solemne con el Bastón de Mando de la Galaxia en las manos y a dos miembros de la Guardia Imperial sosteniendo en una bandeja grande la preciosa y singular Corona Imperial.

Hice una reverencia ante el altar y después me puse frente al trono que estaba instalado en el mismo, me quede parado mirando de pié.

Dentro de la catedral había todo tipo de humanos y autóctonos, venidos de cada uno de los confines de la Galaxia que desde hoy gobernaría oficialmente.

- León Alejandro de Astoria y Teruel. – se escuchó la voz del Presidente del Supremo Tribunal de Justicia: Amel Sherffon. – ¿Jura usted por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir la

Constitución y las leyes del Imperio mirando siempre por el bien de la Galaxia usando su poder con Justicia, Honestidad, Sabiduría, Fe y lealtad a Dios Altísimo?

Un hombre me adelanto una biblia y un crucifijo.

- Lo juro – respondí con firmeza poniendo la mano derecha sobre los emblemas divinos.

En ese momento Su Santidad tomó la Corona y la puso sobre mi cabeza, en ese instante me sentí la persona más iluminada del Universo, sentía paz espiritual, lo Corona era el distintivo con el que Dios marcaba al Emperador de su reino físico.

Segundos después Chavar Ordange me entregó el bastón de mando de la galaxia. A diferencia de con la Corona, esta vez sentí como la ambición y sed de poder impregnaban mi ser. Yo mandaba en la Galaxia. Sentía el balance entre lo humano y lo divino, la Corona representaba lo divino, el cetro lo humano.

- Si así lo hace que Dios se lo premie, si no, que se lo demande. – dijo al cabo de unos segundos Amel Sherffon.

Chavar Ordange tomó la palabra.

- Por decreto de la Constitución Imperial se presenta a Su Majestad Imperial León Alejandro de Astoria y Teruel como Emperador Constitucional de la Confederación Galáctica del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea, reinará así con el nombre de León I.

Se oyó una gran ovación alrededor del público presente en la catedral y comenzó a sonar el himno imperial.

Su Santidad se acercó a mí para darme la ostia de comunión con nuestro señor Jesucristo.

- ¿Sigues sintiéndote igual? – me preguntó Enrique una vez hubo terminado la ceremonia después de la misa del Papa, nos encontrábamos en la puerta de mi habitación.
- Me siento en mi papel – le dije con una sonrisa.
- Y en tu papel... ¿sigo siendo tu mejor amigo?

Mire los profundos ojos de Enrique, para después de dibujar una sonrisa decirle.

- No seas tonto, tú siempre haz sido más que un amigo.

Capítulo 4

La Cumbre

El anochecer rosa y morado llegaba sobre el cielo de la luna de Europa en Júpiter, capital de este Virreinato. El planeta mayor como tal, no tenía suelo sólido, por lo que Europa

era la mayor entidad en esta órbita después de la casi desierta luna de Ganimedes.

Los anocheceres en la luna de Europa, eran muy diferentes a los del continente europeo en el planeta Tierra, valga aclarar. El cielo, por los días rosa por las noches morado, estaba inundado de formas redondas que conformaban las demás lunas del astro más grande del Sistema Solar después de nuestra estrella, el Sol. Júpiter dominaba la vista cuando uno miraba hacia arriba en el satélite natural del que era originario Enrique. Una cegadora luz rosada estaba siendo tapada por el gran astro que hacía a sesenta y tres cuerpos celestes girar en su órbita, dando así por comenzado el anochecer.

Ya ha pasado un año desde la Coronación, no me puedo quejar. Los presos que aceptaron las condiciones de civilidad ya están libres, liberé el impuesto en el comercio del agua e hice una inversión de siete mil millones de cruces, nuestra moneda común, para la creación de nuevas purificadoras de este líquido vital.

También en lo referente a los derechos de los autóctonos: un humano ya no podía abatir contra uno de ellos a menos que esto fuera en defensa personal y el autóctono se ve casi con las mismas garantías que el humano. Claro está, ahora estamos con problemas de hacer la lista de qué seres son considerados como autóctonos inteligentes, que son los únicos que gozan de este derecho, o como ahora los llamamos: autóctonos con alma.

Lo que más me emociona es que pronto tendré una reunión con los líderes políticos de las galaxias vecinas de

Andrómeda y El Triangulo, además de territorios no incorporados dentro de la Galaxia de la Vía Láctea para iniciar diálogos para comenzar relaciones diplomáticas y de cooperación.

En ese momento me encontraba saboreando una copa de crema de whiskey. Estaba sentado escuchando los ruidos propios de esa entidad jupiteriana, tenía en la cabeza constantemente como poder hacer que los moros y judíos disputándose Andrómeda, y los agnósticos y laicos apoderados de la un poco más pequeña Galaxia de El Triángulo; muy avanzada tecnológicamente, pero donde no nacían humanos apostólicos, mantuviéramos la paz y el mercado libre de comercio y circulación de ciudadanos dentro del Universo Descubierto.

Pero los que más me preocupaban eran los territorios independientes de la Vía Láctea, que si bien era el Emperador del setenta por ciento de la galaxia, faltaba el otro treinta y mi misión era unificar a la Galaxia entera y si se podía, ir más allá.

- Es un verdadero placer tenerlo como invitado en esta su casa Majestad – me dijo el corpulento padre de Enrique, Hernán D´Fenrir, Virrey de las Colonias de Júpiter.

En la Confederación existían cinco niveles de gobierno. El Imperial que era el que yo encabezaba y tenía jurisdicción en toda la Galaxia, el Regional, que eran los virreyes y gobernadores encargados de grupos de planetas y lunas, el astral, que era el gobierno propio de cada cuerpo celeste, los territoriales dentro de los mismos y los nacionales que

eran de las distintas regiones que compartían la identidad de nación.

- El placer es mío Virrey – le dije con cortesía – Lo que más me alegra es el avance que supone la llegada de los representantes extranjeros a la cumbre que se celebrará en Calisto.

El Emperador de la Galaxia de Andrómeda de Oriente, que era judío, el Emperador de la Galaxia de Andrómeda de Occidente, gobernada por los musulmanes y el Presidente de la Confederación de la República Laica de la Galaxia del El Triángulo; llegarían al paraíso urbano de la luna de Calisto para negociar los nuevos tratados de paz y las condiciones que más nos convinieran a todos. Además estarían líderes de pequeños Sistemas de planetas dentro de la Vía Láctea que aún mantenían su independencia, mi intención en este caso era colonizarlos y evangelizarlos adhiriéndolos así a mi Imperio.

La cena no se hizo esperar en el Palacio del Virreinato de Júpiter. En ese momento me acompañaban el virrey, Enrique, como mi confidente Imperial, el Dr. Chelsea como jefe de mi consejo y Román y Mía que ahora eran jefes de logística y relaciones públicas en la Casa Imperial. También estaban presentes Julieta la madre de Enrique y sus dos hermanos: Dorian, dos años menor que Enrique y Agatha un año menor que Dorian.

- En todo este tiempo no ha habido ocasión para manifestarle lo agradecidos que estamos por haber nombrado a nuestro hijo Confidente Imperial, ahora Dorian irá al Vaticano para ser entrenado como futuro

virrey de Júpiter. – dijo la elegante y distinguida madre de Enrique. – Además estamos encantados nuestro pueblo y nosotros con el giro que se ha dado en los métodos de evangelización del Gobierno Imperial.

Agradecí a la virreina sonriendo y levantando la copa.

- William de Serbin ha propuesto al Senado poner a revisión todas las acciones llevadas hasta el momento – dijo el virrey – Debemos de estar fuertes para vencerlos en la votación del Senado. Después de todo para firmar los tratados comerciales y de paz debemos de contar con el apoyo de la mayoría simple de la cámara y Serbin presionará por su lado.

William ya empezaba a demostrar su des afinidad por mis nuevos métodos de gobierno del Imperio, empezaba ya a notarse la división. Ahora pasaba por mi cabeza comenzar una reforma laboral y económica para distribuir mejor la riqueza de la Galaxia.

Miré al virrey un tanto consternado.

- ¿Dije algo malo Majestad?
- No virrey – me apresuré a decir recuperando la compostura – Es simplemente que William de Serbin es alguien que sí influye en mi forma de pensar, era el mejor amigo de mi padre y para mi eso es algo importante. Y si William de Serbin está poniendo a revisión mis decisiones ante el Senado es porque quizá mi padre pudiera haber dudado también su postura.

El Virrey exhaló largo y profundo.

- A pesar de que no los conocí mucho, sus padres eran excelentes personas al igual que sé que es usted, pero querer no siempre significa dar la razón – espetó el gobernante de Júpiter.
- Tiene toda la boca llena de razón Virrey. – le contesté con una sonrisa alegre levantando mi copa de nuevo.

Hubo un momento de silencio general en la mesa mientras uno de los sirvientes autóctonos del palacio nos servía más champagne en nuestras copas.

- Es una lastima que ya ni la vida personal de Su Santidad puedan respetar – comentó Enrique de la nada. – Me siento incomodo con las suposiciones que hace la gente de que la Cardenal Zcaprio es hija de Anastasio VII y de la senadora Barshgloom.

En ese momento supe que Enrique había bebido demasiado vino. Desgraciada o afortunadamente nosotros sabíamos que era cierto, pero el tema de la relación que existió entre la senadora y el jerarca católico era prácticamente prohibido y se sabía muy poco, incluso existían rumores de que la Cardenal Zcaprio y William de Serbin habían tenido un enamoramiento de juventud.

- Creo que no es momento para hablar de eso hermano – dijo Dorian a Enrique algo sonrojado por la imprudencia que había cometido su hermano. Sin embargo, Dorian no pudo evitar lanzarle un guiño a Mía después de haber reprendido al hijo mayor de sus padres.

El virrey resopló fuertemente, todos comprendimos el estado en el que se encontraba Enrique y por tanto, supimos que era hora de ir cada quien a hacer sus propios menesteres.

- Si no necesita nada más Majestad me retiro a resolver unos asuntos de un problema que se suscitó con manifestantes en la luna de Calisto.
- Con toda libertad virrey, yo también me retiro a otros asuntos.

- En verdad me terminó de entrar la curiosidad sobre el pasado de la Cardenal Zcaprio, tanto de sus padres como de la historia con Serbin – me comentó Román una vez nos encontramos a solas en mi habitación designada en el Palacio de Júpiter. – Por que es verdad ¿no?

Miré a Román e hice una señal de asentimiento misterioso.

La verdad era que de chiquillo era muy curioso y hurgando entre las cosas de Su Santidad había encontrado cartas de él y la senadora Barshgloom, y cuando tenía siete años fui testigo de una fuerte pelea amorosa de la entonces Arzobispa Adriana Zcaprio con William de Serbin, Confidente Imperial de mi padre. Era un secreto muy bien guardado el que sus padres fueran el Vicario de Cristo y la política saturnina. Nunca los medios habían tocado el tema. Pese a ya no ser obligatorio el celibato en la curia católica era mejor visto preservar este voto. Hasta hace tres meses que surgió el

distanciamiento público con Serbin y la amenaza de división en el Senado nada de esto había salido a la luz.

Acaricié al ya no tan pequeño Balian y me limite a responder:

- Yo sé la calidad humana de Su Santidad y la Cardenal Zcaprio, e intuyo también de la de Cassandra Barshgloom, yo no tengo problema en que además de entregarle su vida a Dios, Anastasio VII haya amado o ame a una mujer.

En ese momento se oyó un movimiento en la puerta y pude ver a Enrique entrando a la habitación, si bien era verdad, un poco ebrio.

- Lo que a mí me gustaría saber es el por qué si se amaban tanto no se casaron, lo permite el actual derecho canónico. – comentó él uniéndose a la conversación con la lengua ligeramente trabada.

La verdad era que incluso yo que quería tanto a Su Santidad estaba interesado en el tema ahora que la prensa lo estaba dando a conocer. Pero lo que sabía era poco y menos aún de lo propio a la relación que existió entre la hija del Papa y la senadora con el Canciller Imperial. Decidí iniciar un nuevo tema, ahora se habían unido Mía y Dorian, que era muy parecido a Enrique. Me llamó la atención lo que parecía un chupetón en el cuello de Mía.

- Me siento muy nervioso por la reunión con los líderes extranjeros. – espeté en voz queda.

Hubo un momento de silencio.

- Yo creo que debemos mirarnos desde adentro – comentó Enrique pensativo. – Quizá es momento de en verdad hacer un análisis de lo que le vamos a afectar a la Galaxia con estos tratados, lo bueno y lo malo.
- ¿Qué avances reales han visto en este primer año de mi reinado? – pregunté a mis amigos de siempre y a Dorian que comenzaba a estimarlo verdaderamente.
- Bueno es un hecho que hay un trato más justo para los autóctonos y que la gente más pobre no anda muriendo de sed o envenenándose con agua artificial – opinó Mía.
- Ya no es delito negarse a aceptar la Religión Católica como única y verdadera... - agregó Román. – Y es claro que los métodos de evangelización de la Confederación en conjunto con la Santa Sede han mejorado, creció de setenta y siete a ochenta y uno el porcentaje de católicos dentro de la Galaxia en un año.

Hubo otro momento de silencio en el que comencé a perder un poco la paciencia. Estaba exaltado, mi ser no podría soportar un mal trabajo, además de mi ser, mi orgullo.

- Pero opinen más – dije con ansias - ¿Qué hay de la seguridad, el bienestar público y el empleo?
- Bueno, es vital combatir la discriminación en todos los sentidos. En especial las de origen y condición legal en el Imperio. – me contestó Enrique intentando masajearme la espalda para calmarme. – La seguridad y el empleo van bien, somos prósperos

económicamente y si se aprueban los tratados de libre comercio y reajustamos los impuestos estaremos realmente en la mejor racha histórica. Y sobre la seguridad... ya haz hecho planes con ello manteniendo la paz y atacando a las mafias con la legalización de sus productos y el desarme de estas, tranquilo lo haces bien.

Enrique me sonrió para tranquilizarme pero yo estaba con un debate interno y sería lo siguiente que manifestaría a mis amigos.

- Gran parte de todo eso lo ha logrado Serbin... – dije con pesadez.

Nadie se atrevió a decir nada lo que provocó un momento de silencio por unos instantes, fue Dorian el que se atrevió a romperlo.

- Majestad, es realmente poco lo que lo conozco pero le puedo asegurar que el pueblo está más contento con los cambios que usted ha hecho, y yo soy testigo de ello.

Sonreí al hermano de Enrique.

- Gracias Dorian y ya te pedí que me hables de tú.
- De acuerdo León – me respondió sonriendo él también.

- Sólo trato de recordar los principios con los que mi familia logró sus hazañas cuando comenzaron como príncipes yunquistas con la unificación total de la Unión Europea y las Naciones Americanas muchos

siglos atrás, cuando todo se empezaba a maquinar en el Partido Popular Europeo y en las derechas cristianas americanas, un solo gobierno, un solo mando. ¿Pero hasta donde es donde debo llegar? Mi mandato fue claro: haz posible la Evangelización Universal, ese fue mi mandato. ¿Qué espera Dios de mí Dr. Chelsea?

El Dr. Chelsea no me respondió al momento una vez nos encontramos a solas en el despacho en el que trabajaba durante mi estancia en Júpiter, después de la Cumbre con los líderes extranjeros en la luna de Calisto, continuaría una gira por Saturno y Venus para tratar algunos temas de crimen organizado dentro de la Galaxia, era posible que me encontrara con algún líder mafioso, era necesario pactar la seguridad de mis ciudadanos, además... mi intención final era refundirlos en la cárcel, tenía que actuar con inteligencia. Después de esta gira regresaría a la Tierra a negociar con el Senado los tratados y la aprobación de las Relaciones Diplomáticas extranjeras. No podría evitar ir a Mercurio, Marte, Urano y Neptuno a comprobar el avance en la integración de sus autóctonos. En Plutón sin embargo, tenía una tarea secreta y en estos momentos estaba contemplando el mejor momento para llevarla a cabo.

- Tranquilo León – me dijo el Dr. Chelsea sujetándome el hombro – Créeme que lo estás haciendo bien, deja de mortificarte por las ideas de Serbin, él no es el principal rival a vencer, te lo puedo asegurar.
- ¿A qué se refiere maestro?
- Eso es algo que tú nos tienes que responder a todos, es tu deber con el Imperio.

Accioné el grifo que iniciaba los trabajos de hidromasaje de un ostentoso jacuzzi hecho de diamante jupiteriano; ubicado en la zona de residentes del Palacio de Júpiter, no podían faltar mis aromas favoritos: rosas y canela mezclado con la vainilla, la valeriana y el sándalo. Prendí un cigarrillo de mezcla de hierbas y me dispuse a servirme una de mis ya características cremas de whiskey en un precioso vaso de cristal mercuriano. Cerré mis ojos y me adentré en mis sentidos quería regalarme un rato para mí.

Yo sentía que casi todas las personas que conocía quisieran estar en mi posición, pero... a veces a mí me gustaría estar en la de ellos. En ese momento solo quería ser León y pensar cosas de mi propia persona.

"¿Mi vida era realmente buena como era?" me pregunté a mí mismo... Sí en esencia era feliz, pero pronto mi ser anhelaría más felicidad, descubrir más... el deseo prohibido. Además si fracasaba políticamente sería un acabose para mí, tenía que triunfar.

"¿A quién ama León Astoria?"... Sin duda amo a mis padres de crianza, Su Santidad y el Dr. Chelsea, a la Cardenal Zcaprio que era como una hermana. A Román y Mía claro está y a Beatriz y Julio. Sentía una gran atracción sexual por Triana además de un sincero cariño, pero no la veía como una opción de matrimonio. Sólo dos eran inolvidables, y con uno solo había habido un roce de labios a los dieciocho. Con la otra, era más misterioso aún. Habíamos tenido coito la misma noche que nos

conocimos pero más allá de eso no podía olvidar la víspera vivida con Maryann, no podía olvidar el enigma de sus ojos y la sensualidad de sus labios, su voz llena de fuerza y de fragilidad que reflejaban toda la capacidad de salir hasta el cielo pero encerrada en una enorme tristeza, quería volver a verla...

Comencé a tocarme con el pensamiento de Maryann, ya algo embriagado cuando la puerta de la habitación del jacuzzi se abrió: era Enrique, venía solo con una toalla. Con el movimiento más rápido que pude me salí de la tina y me envolví en mi bata. Hubo algo que no pude ocultar.

- ¿Interrumpo algo? – me preguntó Enrique.

Traté de componer el gesto.

- Pasa y siéntate – le dije.
- Me quería bañar – me dijo con voz neutra – Pero veo que sigues con tu pudor de siempre.
- El Emperador no puede ser un cualquiera – le respondí en tono de broma áspera.
- ¿En quien pensabas? – me preguntó bromista también pero con voz seca.
- En... Triana
- ¡Mientes!

Noté sonrojarme un poco.

- En Maryann – respondí finalmente, no iba a mentirle.
- Y dices que no eres un cualquiera...

Miré la cara de Enrique y me entró una furia terrible, sabía a qué se refería. Pero no pude evitar fijarme en el

resto de su cuerpo, no podía negar la atracción y menos aún, el cariño.

- ¿No puedes olvidarlo y ya? Tan sólo fue un beso hace cuatro años. – le dije.

Enrique me desarmó con la mirada.

- ¿Tan sólo fue eso? – me preguntó nuevamente en tono retador.

No pude responder, le lancé una nueva mirada furiosa y con el corazón latiéndome a mil por hora salí de los baños con tan sólo la bata.

La semana siguiente a la discusión con Enrique en los baños pasó un tanto fría, ambos habíamos hecho lo que hicimos la primera vez: hacer de cuenta que no pasaba nada hasta que la tensión que provocaba lo antes sucedido fuese desapareciendo hasta ya no existir convirtiéndose en eco de silencioso deseo.

La llegada de los líderes extranjeros a Calisto era cada vez más cercana, ahora tan sólo faltaban tres días y mi consejo personal y yo seguíamos trabajando en todas las negociaciones posibles para poder mantener algo tan imprescindible como la paz en el Universo Descubierta y lograr ir un poco, si no es que mucho, más allá.

Por otro lado también había estado en contacto con mis Ministros Imperiales ultimando los detalles de las cuatro propuestas de decreto que mandaríamos al pleno del Senado de la Confederación incluyendo la que abriría relaciones diplomáticas con las galaxias vecinas y los no

católicos. Una de ellas era la reforma económica que beneficiaría a la productividad de la Galaxia para aprovechar al máximo los permisos de importación libre que de los tratados se obtendrían. Además de ello trabajaba con el Ministro Imperial de Justicia, Antony Pass, para obtener una reforma al Código Penal del Imperio que reajustaría penas y condiciones legales; con el Ministro Imperial del Trabajo, Ferrán Paldi, haría lo propio al Código Laboral de la Galaxia beneficiando en todo la equidad popular. El nombre del Ministro Imperial de Economía era Righzky Akgnj y tenía la peculiaridad de ser el único Ministro Imperial autóctono no humano, él era de Marte.

Pronto llegó la mañana del sábado primero de noviembre del año 4408, día en que llegarían los líderes extranjeros a Calisto para la cumbre que esperábamos terminaría con una serie de tratados que nos beneficiarían a todos. El problema era una de las demandas principales de los moros y los judíos: el acceso a sus lugares santos ubicados en la Tierra.

Desde que el planeta unificó su mando bajo el sistema católico y los profesantes de otras religiones fueron exiliados a otras galaxias, sus monumentos sagrados estaban bajo resguardo del Ejército Imperial sin acceso para ningún público. En la Confederación Galáctica del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea, sólo se permitía la adoración a los íconos católicos estipulados por el Vaticano.

- Majestad las naves nodrizas de los líderes extranjeros necesitan de su autorización para pasar los campos de aislamiento, ya se encuentran cerca de la frontera. – me informó Bart en mis aposentos, ese día había preferido desayunar en mi habitación.

El Imperio contaba con un campo energético que impedía el paso a grandes naves que pudieran poner en riesgo la seguridad de la Vía Láctea. Para desactivar este campo que sólo daba acceso a naves pequeñas se necesitaba mi huella genética.

- En seguida Bart – le respondí un tanto nervioso – Me visto y en unos instantes estaré con ustedes para viajar a Calisto.
- Debe saber Majestad que el Estado Mayor Militar del Imperio ya se encuentra en máxima actividad para garantizar su seguridad y la del Imperio. – me dijo y con una pequeña reverencia salió de mi habitación.

Yo sabía lo que significaba dar acceso a los líderes extranjeros con sus colosales naves súper equipadas: el Emperador estaba dando entrada a tropas no aliadas a la Galaxia. Esto dividía a muchos, incluso algunos que me apoyaban. Bart como General del Estado Mayor Militar del Imperio no estaba muy contento con la intrusión de otras legiones, pero lo que yo hacía era un acto de fe.

Ya vestido con la ayuda de los robots de vestuario, salí al encuentro del marco de enigmas que desataría mi partida por aquella puerta. Estaba comenzando algo nuevo, o al menos, diferente.

- Majestad la nave del Emperador Amad Salmonovitz II del Imperio Israelita de la Galaxia de Andrómeda de Oriente está mandando su código de identificación – me informó el comandante Ajax, General de los Ejércitos Imperiales una vez nos encontramos en la nave que nos transportaría de Europa a Calisto, me encontraba con Enrique y Román. – Iniciaremos el procedimiento para darle acceso a nuestro territorio.

Mire a mis amigos en busca de un freno si era necesario.

- Hazlo amigo – me dijo Román con una sonrisa.
- Ya los hicimos salir de sus casas, no podemos hacerles la grosería – bromeó Enrique para relajar la situación.

Asentí sin poder sonreír.

Ajax me acercó una especie de tableta digital donde tenía que humedecer mi dedo índice con saliva y luego tocar el identificador de huella dactilar. Lo hice y la tableta se prendió de una deslumbrante luz blanca.

- El Controlador Virtual del Imperio pregunta a Su Majestad Imperial: ¿permite el acceso de la nave AOR1 a los territorios imperiales? – se oyó la voz de la computadora.
- Permiso concedido – dije con voz clara para que el aparato la pudiera identificar.
- Identificación e instrucción captadas, ejecutando acciones – respondió la maquina.

Estaba hecho, los no católicos estaban regresando a la Galaxia del origen.

Me encontraba de pié en el presidium que habían instalado en la pista donde aterrizarían los transportadores que llevarían a las delegaciones extranjeras desde sus naves hasta los suelos de la luna de Calisto, conmigo estaba la delegación completa de nuestro Imperio. William y la Cardenal Zcaprio estaban dentro de ella al igual que los virreyes.

El primero estaba con la mirada perdida en el cielo con semblante neutro, y ella mirándome con una animosa sonrisa. Yo sabía que la princesa de la Iglesia pensaba muy parecido a mí desde siempre y se encontraba en el mismo paradigma que yo.

Estaba muy nervioso, lo cierto era que ningún líder que no profesara la fe católica había pisado suelo del sistema solar en casi quinientos años. Dejarlos acercarse a la Tierra sería ir demasiado lejos o al final... ¿tendría que acceder? ¿El pueblo accedería satisfecho?

Era una realidad que si esta cumbre no daba resultados las dos Andrómedas se aliarían y nos declararían la guerra, y quizá eso le daría el tiempo perfecto a El Triángulo de atacarnos, al fin y al cabo, ellos no creían en un Dios al qué darle cuentas.

- ¿Te sientes bien? – me preguntó Enrique al oído desde mi hombro en el lugar que le correspondía en el presidium, tan sólo unos centímetros detrás de mí a mi derecha.
- Es sólo que... ¿te das cuenta de lo que estoy haciendo?

Enrique no supo qué contestarme, sabía que él apoyaba la idea del tránsito libre de ciudadanos casi más que nadie en mi consejo. Pero también él sabía que eso era ceder un poco a las nuevas corrientes de libertad religiosa que surgían en el Universo Descubierta, que si bien, yo apoyaba personalmente, mi misión suponía hacer única la fe bajo el estandarte del catolicismo. Pero la guerra nunca sería una opción, eso era algo aún más condenado por Cristo, y pese a cualquier imperfección de la Iglesia, yo creo en Él y en la Institución Católica también.

- Majestad, el transportador espacial del Presidente de la Confederación de la República Laica de la Galaxia de El Triángulo, Sheiffel Ordana está por aterrizar en la sección primera de la pista – me informó un militar.

No tardaron más de diez minutos para que los transportadores de los demás líderes extranjeros tocaran el suelo de Calisto. Pronto desfilarían las delegaciones diplomáticas de cada uno de los Estados Galácticos, para después dirigirles yo un mensaje de bienvenida.

A la cumbre, además de los tres principales líderes de las galaxias vecinas asistían gobernantes de los sistemas de Nenfes, Aeven y Astrilia, sistemas de la Vía Láctea que aún no estaban adheridos al Imperio. Tomar esos territorios de manera armada sería una masacre, ya que ellos tampoco estaban mal defendidos.

En Nenfes se permitía la santería y la adoración pagana, incluso el satanismo. Aunque oficialmente era un estado laico, había de todo. Aeven era un sistema donde tenían su propia religión completamente ajena a cualquiera que

haya iniciado en la Tierra, pero sus dioses falsos estaban cayendo en el olvido y se convertían cada vez más al cristianismo independiente o al católico. Por su lado, en Astrilia, se refugiaban los cristianos que no mantenían comunión con la Iglesia de Roma. Sin contar a Nenfes, una de mis principales metas era adheherir con este tratado a Aeven y a Astrilia al Imperio en calidad de protectorados. En el caso del primer mencionado la situación era un poco más difícil.

- Es vital meter en este periodo legislativo el tema de la reforma a la ley de salud – me dijo Enrique en el marco de una reunión previa con mi consejo más cercano a la cena de bienvenida que daríamos a las delegaciones extranjeras, esta tenía lugar en mi despacho asignado en una de las matrices espaciales de Calisto. – Debemos legislar sobre el uso y trafico de las nano drogas. Los alucinógenos de realidad virtual son viables en algunos lugares especiales para ello, obviamente alertando de los riesgos de salubridad que estas implican. Prohibiéndolas solo causamos más desastres y perdemos un ingreso de impuestos importante.

Las nano drogas, capaces de llevar la alucinación a la realidad por medio de la energía del propio cuerpo les daba el poder a los humanos comunes de imitar algunas de las dotes propias de los humanos apostólicos. Las que se consumían en el populo eran ridículas, por mucho servían para dar golpes físicos con la energía de la mente o volar algunos metros, pero había mafias que producían y traficaban unas muy poderosas.

- Creo que la idea de Enrique es buena, - dijo el Dr. Chelsea – Pero para eso es necesario tener algunas reuniones no deseadas.
- ¿Se refiere a los encuentros que tenemos programados en Venus y Saturno? – preguntó Mía un poco apenada.
- Así es – respondió el Dr. Chelsea – Para controlar el tráfico y uso de estas sustancias primero debemos controlar a quienes las fabrican y las trafican.

Hubo un momento de silencio.

- ¿No sería viable simplemente usar las tropas Imperiales para darles muerte? – propuso Dorian que estaba con nosotros.
- No seas estúpido hermano – le dijo Enrique en tono apremiante – Causaríamos muertes de inocentes además de que no tardarán en surgir nuevas personalidades que las produzcan.
- Calma – pidió Román tratando de calmar los ánimos.
- Está bien, incluiremos la reforma de salud. Enrique que vayan preparando la propuesta con la Ministra Jacco. – accedí sin dar más rodeos. – La minuta será legalizar estas sustancias en parques especializados. Si puedes encárgate de los detalles.
- Gracias – se limitó a decir Enrique con una sonrisa.

El Dr. Chelsea carraspeó divertido rompiendo unos instantes de silenciosa complicidad entre todos los presentes.

- Creo que es hora de que cada uno de nosotros nos vayamos a preparar para la velada de esta noche,

debemos conocer bien a nuestros futuros aliados o futuros enemigos. Esta noche será clave. – añadió él.

El Dr. Chelsea, Román, Mía y Dorian salieron del despacho dejándonos a Enrique y a mi solos.

- ¿Te encuentras bien? – me preguntó él dándome una palmada en la espalda como tanto le gustaba hacer.
- Si... sólo estoy un poco nervioso – le respondí con una sonrisa – De esta cumbre dependen muchas cosas.

Enrique me miró profundamente y su semblante se hizo serio.

- También me refiero a otras cosas – se atrevió a decirme – No puedes sacrificar toda tu vida tampoco.

Me quede en silencio unos segundos y después quise cambiarle el tema.

- ¿Cómo estás tú? Fuerte el trabajo de Confidente Imperial ¿no? – le pregunte con voz indiferente.

La mirada de Enrique hizo ver un poco de furia contenida dentro de él.

- ¿Cómo quieres que esté? – me dijo con amargura - ¿Qué diablos somos tú y yo?

La pregunta me cayó como un balde de agua fría, pero le diría la verdad.

- Para mí tu eres mi campeón – le dije simplemente.
- ¿Tu campeón?
- Sí, te admiro, te quiero y confío en ti más que en nadie. – le respondí sinceramente – Pero eso no significa más que lo que somos.

- ¿Te seguirás haciendo pendejo toda tu vida? – me preguntó llevando la voz a un rasguño ahogado, estaba enojado.
- A mí eso sólo me ha pasado contigo. – le respondí algo enojado yo también, su tema me empezaba a molestar o... a asustar.
- ¡Cuando valores las cosas ojalá no sea demasiado tarde! – me gritó Enrique saliendo por la puerta, pero yo lo detuve con un abrazo y llevado por algún impulso loco dentro de mí le volví a besar.
- Sabes que te quiero... - fue lo único que pude decir, mientras lo abrazaba y lloraba con él.

Me encontraba a solas en la habitación asignada para mi corta visita a Calisto, el aposento se encontraba dentro de un Palacio hecho de una mezcla de metales preciosos con la corvadura de los estilos propios de la arquitectura del Virreinato de Júpiter.

Ayudado por los robots de vestuario, me encontraba arreglándome para la fiesta de bienvenida a los líderes extranjeros que tendría lugar en unos momentos en ese mismo recinto.

La verdad es que estaba muy confundido por lo que acababa de pasar con Enrique. Si bien las relaciones homosexuales no eran bendecidas por la Iglesia, hacia mucho que habían dejado de estar condenadas por ella y socialmente era visto casi como normal, pero eso no era lo que más me preocupaba. Yo había estado con muchas mujeres y realmente disfrutaba de ello y aunque no podía

negar mis confusos sentimientos hacia Enrique tampoco iba a renunciar a las féminas por él, y menos aun renunciaría a mi sueño y obligación de ser padre y esposo como Dios manda.

Me miré al espejo y observé mi reflejo durante unos instantes mientras el robot de vestuario procedía a finalizar el nudo de mi hermosa corbata negra con franjas plateadas que matizaba con el blanco de la camisa. Mi traje también era de color negro con la seda más fina. Ahora me empezaba a introducir en el reino de mis pensamientos angustiosos y eso no era nada bueno.

Miré al reloj: aún faltaba media hora al menos para que mi presencia fuera requerida. El pequeño Balian llamó mi atención haciendo lo que parecía un entrenamiento canino de soccer con una pelota de golf, que sepa Dios, de dónde sacaría el perro.

Decidí cerrar los ojos y tratar de calmarme un poco, afortunadamente y gracias al Altísimo, lo logré.

Caminaba ya por el pasillo que me llevaría al salón donde sería la fiesta y primer encuentro personal con los líderes extranjeros, durante la ceremonia de arribo únicamente transmitimos mensajes holográficos desde nuestras bases. En el mío yo les di la bienvenida y la disposición de mi Imperio de comprometerse a procurar un Tratado que nos conviniera a todos. Ahora los Jefes de Estado, cenaríamos juntos.

Me paré de seco frente a la puerta de platino con cristales preciosos que daba acceso al salón por donde se suponía debía yo entrar, exhalé largo y profundo al tiempo que escuchaba una voz grave y enérgica decir:

- Anunciando a Su Majestad Imperial León Astoria I, Emperador Constitucional de la Confederación Galáctica del Imperio Apostólico del Sol y los Virreinos de la Vía Láctea.

Se escucharon las trompetillas al momento que comenzaba a sonar la Marcha Imperial y las puertas que tenía delante de mi se abrieron.

Nuevamente iba desfilando y saludando durante un recorrido a pié que traté de hacer con cuenta más personalidad y seguridad pude sonriéndole a la gente, me salía y me sentía bien, sin embargo siempre era un poco incomoda la presencia de mi no poco numerosa escolta personal.

Cuando llegué al presidium instalado para el evento y pude ver que en el lugar estaban concentradas al menos tres mil personas aisladas de una gran mesa ovalada a lo alto donde tendría lugar la primera reunión de los líderes de la Cumbre.

- Majestad permítame presentarle al Gran Duque de Nenfes, Paolo Alcapro IV – me dijo William de Serbin apenas pudimos estar en contacto visual. El Jefe del Estado de Nenfes era según mis cálculos de una edad aproximada a la mía.
- Un placer Alteza – le dije esbozándole una sonrisa al mismo tiempo que me llevaba una gran sorpresa. Yo

siempre había pensado que el soberano de aquel sistema dónde no era penado el satanismo sería una persona con un aspecto un poco más extravagante o su energía sería negativa, pero la realidad es que viéndolo en persona, parecía como cualquier otro político joven más que hubiera conocido, eso sí su expresión era un tanto fría. Le extendí la mano.

- El placer es mío Majestad – me contestó de manera seria pero amable estrechando mi mano – Le quiero presentar a Ernest Duvó, Premier de nuestro sistema.

A diferencia del Duque, Ernest no me dio una buena sensación, aunque aún así, obvio está, saludé con cortesía y sonriente.

- Majestad, ella es la Reina Sybilla del Sistema de Aeven. – me presentó William a una mujer de mediana edad que manifestaba en su rostro el rastro de haber poseído una increíble belleza que en menor medida aún mantenía.
- Un placer Majestad – le dije a la reina besándole la mano envuelta en un elegante guante de seda blanco.
- Un honor joven Emperador – me dijo ella en un susurro – Le felicito por la organización en la recepción y el manejo de la seguridad, además de estar usted muy guapo.
- Gracias mi Reina, no debo de quitarle el mérito a toda la gente que me asiste. – respondí yo en tono pícaramente educado.

La Reina me sonrió y me alzo su copa, quise pensar que me estaba equivocando pero la monarca también me guiñó un ojo ¿quería seducirme?

William le sonrió a la reina Sybilla y me encaminó con un gesto de pesadez a presentarme al siguiente líder, Yaler Baontrú, Presidente del Sistema de la República de Astrilia, que era un hombre atractivo de unos cuarenta años.

- Sea usted bienvenido Sr. Presidente estoy seguro de que podremos progresar en platicas que han venido desde tiempo sobre la reunificación del cristianismo universal y la creación de una mancomunidad para toda la Vía Láctea – le dije con una sonrisa, tratando de sonar un tanto autoritario, ellos eran cristianos pero se negaban a reconocer mi autoridad y la de Su Santidad.
- Gracias Majestad, veremos como vamos progresando. Ya he iniciado pláticas con la Cardenal Adriana Zcaprio sobre la viabilidad de ello, más adelante tocaremos el tema encantados.

Me despedí del Presidente con una sonrisa y un gesto de cortesía. Lo sé, estaba siendo un poco arrogante pero defender la fe católica era mi deber.

Ahora venían los grandes.

Me aproximé al Emperador Israelita, Amad Salmonovitz II, lo conocía virtualmente.

- Un placer Majestad Israelita y sea usted bienvenido al Imperio Católico – le dije en tono amable y cortés tendiéndole la mano.
- Muchas gracias Majestad Católica y sepa que estoy aquí con la mejor de las intenciones.

Agradecí con un gesto, El Emperador Amad era un hombre de estatura media, barba y poco regordete. Su expresión era amable y bondadosa, me calló bien en pocas palabras.

De ahí siguió el Emperador Hannan Alá del Imperio judío de Andrómeda de Occidente. Él era flaco y de barba delineada, también me dio una buena corazonada. Iba vestido con un turbante blanco en la cabeza.

- Es un placer tenerlo en esta cumbre Majestad Musulmana - le dije estrechando su mano - Sea usted bienvenido al Imperio Apostólico del Sol.

- Que Alá permita que obtengamos grandes resultados. En verdad estamos preocupados por las restricciones de visita a Tierra Santa en el planeta del origen. Es algo que ya he hablado con el Emperador Amad - me respondió él en tono serio.

Mis temores de tener que acceder a este tipo de cosas, crecieron cuando William me lanzó una mirada de descontento.

- Le prometo la mayor flexibilidad en el tema. - le respondí
- Eso sí siempre apegados a nuestra Constitución y a las leyes marcadas por la Santa Madre Iglesia.

El Emperador Hannan me miró escrutadoramente y justo cuando se disponía a decir algo apareció Sheiffel Ordana, Presidente de El Triangulo.

- Un respetuoso saludo para todos ustedes - dijo el Presidente de El Triangulo dirigiéndose a la generalidad de

los líderes, aunque al único que le estrechó la mano fue a mí.

- Presidente Ordana sea usted bienvenido al igual que toda su comitiva – le dije con amabilidad y un fingido entusiasmo que no sé si me salió muy bien.

- Creo que es hora de sentarnos a comer – comentó William con una sonrisa forzada.

- Espera en lo que tomo mi asiento – dijo una voz femenina que yo conocía muy bien desde lo lejos que terminó de helar la mirada de Serbin.

La Cardenal Zcaprio hizo su entrada a la mesa de honor de la Cumbre, me sorprendió para bien su visita, no tenía informado que ella participaría en la reunión. Su presencia me tranquilizaba mucho, ella era una experta en las artes diplomáticas.

- Tome asiento por favor Su Eminencia – le dijo William a la Cardenal en tono forzado haciendo que trajeran una silla de más la cual colocaron a mi costado.

Éramos siete Jefes de Estado, uno de Gobierno y uno legislativo, en las entidades donde el poder estaba descentralizado, como en nuestro Imperio con William como Canciller Imperial y en Nenfes tenían a Ernest Duvó como Premier de su Sistema.

Los nueve líderes más los miembros de nuestras comitivas estábamos sentados al derredor de la gran mesa ovalada de oro con zafiros dispuestos a tomar los alimentos y comenzar las pláticas sobre el futuro del Universo Descubierta.

- Veo que haz logrado gran parte de tus metas Ernest – comenzó la atrevida Reina Sybilla – De ser un empleado en mi Palacio pasaste a ser Premier de un Sistema vecino, te debo felicitar por ello.

Noté surgir la tensión. Era obvio que aunque yo sabía que era una persona inteligente salía a relucir mi falta de experiencia. Me chocaba la idea de pensar que aún seguiría necesitando de William. Más sabía el diablo por viejo que por diablo.

Dentro de mi comitiva se encontraban Enrique, como Confidente Imperial, el Dr. Chelsea como Ministro en Jefe del Consejo de Gobierno, Bieber Santorum que era vicepresidente del Senado, William claro estaba como Canciller Imperial y Adriana Zcaprio, quién la mayor parte de las ocasiones fungía como Jefa de la Diplomacia. Román, Mía y Bart se encontraban de pie detrás de mí, asistiéndome en cualquier cosa que pudiera necesitar.

- Gracias Reina Sybilla – vociferó Ernest Duvó – Espero que nuestra antigua amistad ayude en algo en esta cumbre o sería mejor no mencionarlo. – terminó con un toque de comicidad en su voz.

Alguna parte de mi instinto apostólico me hacía repeler al Premier de Nenfes, su tono y su vibra no me terminaban de convencer. Alto, flaco, de ojos azules y un delgado bigote. No era nada fuera de lo común, era sólo un presentimiento.

- A mi lo que me gustaría saber, ya hablando en privado y en serio... - comenzó el Emperador Hannan – La

única forma de que nosotros firmemos cualquier tratado es garantizando que nuestros ciudadanos y creyentes puedan visitar nuestros lugares santos en la Tierra. Claro está además de muchas cosas y facilidades que nosotros también estamos dispuestos a cumplir. El Pueblo Musulmán lleva mucho tiempo sin paz y yo lo que quiero es paz para mi pueblo.

El regordete Emperador Amad se movió cómicamente desde su asiento.

- En Andrómeda de Oriente también tenemos la necesidad de visitar nuestros lugares santos.

Antes de que pudiera dar una respuesta Sheiffel Ordana se me adelantó.

- Creo que lo más vital es ver como podemos cooperar entre nosotros y luego ver en que puede ceder cada quién. – dijo – En la Galaxia del Triángulo nos interesa simplemente que dejen de obligar a nuestros ciudadanos a renunciar a su estado de libertad religiosa, sin embargo, creo que podríamos crecer en el comercio de nuevas tecnologías y la apertura de nuevas vías de comunicaciones y transportes.
- En las nuevas tecnologías y las telecomunicaciones estoy plenamente de acuerdo – opinó William en tono pasivo – Pero en el supuesto del acceso a los lugares santos es más complicado, por las leyes de nuestro Imperio y las de la Iglesia...
- La Iglesia podría flexibilizarse ¿no? – intervino Yaler Baontrú, parecía que se dirigía a la Cardenal Zcaprio.

- La Iglesia siempre insistirá en que todos somos hijos del mismo Dios encarnado en Jesucristo, creyente o no creyente... Dios sigue ahí.
- Es admirable su modo de hablar Cardenal Zcaprio – le cumplió el Presidente de Astrilia alzando la copa.

La Cardenal se sonrojó un poco lo que hizo crecer aún más el mal humor de Serbin.

- La Cardenal nos dijo unas muy bellas palabras de acuerdo con los cristianos pero nosotros también tenemos derecho a la tierra prometida por nuestro Dios, no quisiéramos hablar de guerra pero... – dijo el Emperador Hannan alzando un poco la voz, que me empezaba a dar la impresión de ser buena persona, pero de recio carácter.

La Cardenal sonrió abiertamente dejando ver su perfecta dentadura.

- Majestad Israelita, le quiero recordar que Dios Padre, Alá e Iahvé son la misma figura en nuestras respectivas religiones, el Dios verdadero. ¿Por qué no comenzar a ver nuestras creencias en común? El antiguo testamento es, en esencia, el mismo para todos. – le respondió la Cardenal.

Pude ver una expresión de admiración nuevamente en el rostro de Yaler Baontrú. Por su lado, los Emperadores musulmán e israelita seguían mirando atónitos a la princesa de la Iglesia.

- Lo que quiero decir Majestades es que la Iglesia está abierta a dialogar, al igual que creo está Su Majestad

el Emperador Astoria. – terminó con una sonrisa dirigiéndome la mirada.

Tomé aire, me encomendé a Cristo, María Santísima y al Santo Juan Pablo II y comencé a poner en ejercicio mis herramientas.

- Yo seré claro y diré lo que espero de cada uno y lo que el Imperio Apostólico del Sol puede ofrecer y ceder. – les informé antes de empezar – En lo personal estoy dispuesto a permitir la visita a los lugares santos y el tránsito visado de ciudadanos de ambas Andrómedas, pero la decisión debe de ser aprobada por el Senado de nuestra Confederación. Con El Triángulo nos interesa abrir el tránsito libre de ciudadanos así como de tecnología y nuevos recursos. Hablando de Nenfes, Aeven y Astrilia, me gustaría ofrecerles la posibilidad de entrar a nuestra Confederación en calidad de protectorados.

Hice una pausa para analizar los semblantes de mis homólogos.

- Eso es lo que nosotros ofrecemos – dije en tono firme – Ahora, lo que pedimos a cambio es que si nosotros permitimos el acceso a sus lugares Santos en la Tierra, hablo por las Andrómedas, ustedes deberán de permitir embajadas en sus territorios y permitir circulación libre de ciudadanos al igual que liberar de impuestos las importaciones y exportaciones y lo que más creo que les va a costar es permitir la entrada de propagadores de la Fe Católica en sus sistemas.

Los Emperadores musulmán y judío se miraron durante unos segundos. Hannan asintió a medias sin decir nada y Amad arqueó las cejas diciendo: "*Se puede negociar*".

- Con El Triángulo, Galaxia de antiguos norteamericanos, guardamos buenos vínculos y no vemos problema en liberar a sus presos que propagaron otras religiones en nuestro Imperio, siempre y cuando salgan de la Confederación o juren bajo protesta no volver a incurrir en ello y nos gustaría formar una alianza estratégica para el impulso de nuevas tecnologías y eliminar el visado para el tránsito de ciudadanos. Nuestro Imperio tiene recursos para invertir. Pero también pedimos sean desinstaladas las armas que tienen en amenaza a nuestro Imperio al igual que la regulación en la fabricación y tráfico de nano drogas.

El Presidente Ordana me miraba con apreciación mientras hablaba, en su expresión vi posibilidades de triunfo. Volteé a ver a Enrique, me miraba con admiración, cuando encontró mi mirada me guiñó un ojo.

- A Nenfes, Aeven y Astrilia les ofrecemos protección militar que sabemos se le dificulta con otros sistemas y subsidio económico, simplemente a cambio de que reconozcan nuestra soberanía, mantendrán su autogobierno y sólo tendrán que cumplir con algunas leyes básicas como la instalación de bases científicas y militares y comenzar un método pasivo de evangelización.

- ¿Bajo qué condiciones nos adherirían? – preguntó Paolo Alcapro, Gran Duque de Nenfes - ¿Prohibirían nuestras prácticas religiosas?
- No necesariamente – respondí – Pero únicamente no se prohibiría dentro de su protectorado y el satanismo se iría reivindicando con evangelizadores especializados. Claro está y esto va para todos, en el actual territorio del Imperio que represento, se deberán cumplir las leyes católicas. Obviamente habrá reformas.

Hubo un momento en que cada uno de los presentes se quedó en un profundo ensimismamiento meditando las prerrogativas que acababa de sugerir en lo que le correspondía a mi Imperio.

Afortunadamente, después de varias negociaciones accedimos a las bases de los tratados y cada líder ordenó a su comitiva comenzar el dictamen del tratado, que se firmaría en cuatro meses en la Tierra, después de ser aprobados por los legisladores y consejos en cada una de las entidades. Terminado el dialogo, comenzamos a comer.

Estaba ensimismado, saboreando durante la comida un delicioso pedazo de pollo agridulce cuando la vi, no era mi imaginación, era Maryann y estaba en la zona de prensa discutiendo con el encargado de seguridad. Me puse de pié inmediatamente y me dirigí a donde ella.

- ¿Sucedo algo? – pregunté al guardia.

Maryann me miró atónita.

- La señorita deseaba pasar a tomar imágenes panorámicas de la Cumbre desde el pedestal de los líderes, le comentaba que no estaba autorizado, Majestad – respondió él de forma simple.
- Déjenla pasar – ordené.

El guardia obedeció mi orden instantáneamente aunque en su rostro pude ver la desaprobación, aún no estaba olvidado el escándalo con esta chica y yo, su cara había sido transmitida por infinidad de medios en la galaxia.

- Espérame en mis aposentos – le dije a Maryann al oído y después le di instrucción a Bart de trasladarla ahí – Esta noche va a haber fuego.

Capítulo 5

Tener el control

Me desperté algo sudado por lo vivido con Maryann la víspera, la verdad era que había terminado exhausto. Durante esos momentos de placer, pasaron muchas cosas curiosas. Primero, claro está, mi cuerpo se fundió en el éxtasis y pude olvidarme por unos instantes de la problemática política de la Galaxia. Segundo, como sacada de un cuento de hadas había regresado ella a mi vida sin yo buscarla, confirmé que esta chica poseía algo que me atrapaba... ¿más o menos que Enrique?... no lo sabía sinceramente, cada uno significaba algo diferente.

Cuando traté de moverme noté que ella aún estaba ahí, me tapé y me paré de inmediato. Ella ya estaba vestida y me miraba sonriente, lo que hizo que me sonrojara un poco y procediera yo a ponerme las prendas indispensables y una bata.

- ¿Quién lo iba a decir...? Me enredé con el Emperador – me dijo ella sonriendo. – La verdad cuando pasó todo aquello hace un año tardé un buen rato en asimilar todo lo que estaba sucediendo... yo no sabía que fueras tú.

- Sin embargo esta noche ya lo sabías y aun así te acostaste conmigo ¿es curioso no? – le dije en un susurro irónico, no iba a ceder el control – De cualquier forma perdona por lo sucedido.

Ella sonrió y se atrevió a darme un beso de nuevo.

- No te preocupes – me dijo ella – La fama es necesaria y más para una periodista como yo, además, tú tuviste la iniciativa.

Solté una carcajada.

- Y claro... tú sólo venías a cubrir una nota pensando que te dejarían pasar al lugar mejor custodiado en ese momento de todo el Universo sin la ayuda de alguien menos importante que tu emperador... tú sabías a lo que ibas. – le dije volviéndola a besar.
- Quizá quería volver a verte – reconoció ella.
- ¿A Leodín o al Emperador León Astoria I? – pregunté fragante.
- Aún eras príncipe en ese momento...

Ella se puso de pié, dio dos vueltas a la habitación y puso una falsa expresión pensativa, tratando de ocultar que quería reír a carcajadas.

- ¿Hay diferencia? – me preguntó con voz inocente.
- Para ti no... - le dije sencillamente.
- Me alegro – me dijo – Entonces... ¿me podrás ayudar? – me preguntó usando la misma voz.
- ¿Qué quieres de mí?
- Si te soy sincera, una entrevista – me respondió ella con simpleza.

Sus palabras me confundieron un poco... ¿seguía jugando?

- Quieres decir que... ¿te acuestas con el hombre más poderoso del Universo y quieres una entrevista?
- Tienes muy creído eso del hombre más poderoso del Universo, lo haces bien, pero debes mejorar mucho si no quieres que te coman el puesto.
- ¿Qué quieres decir? – le pregunté confundido.
- Antes que nada quiero saber si soy simplemente una más de las súbditas del Emperador.
- Es obvio que no... pero eso ¿qué tiene que ver?
- ¿Eres León o Su Majestad para mí?

Medité la respuesta unos instantes, el juego de palabras con Maryann se dificultaba, no era tan fácil de controlar como otras chicas que había conocido. Ella no se intimidaba ante mi puesto.

- León – respondí finalmente.

Ella sonrió y yo me acerqué para darle un beso, pero ella se negó.

- Si eres León para mí y yo para ti soy alguien especial será mejor que vayamos poco a poco – me dijo ella utilizando un nuevo tono de voz – No más calenturas, ahora quiero que vayamos en serio, sin mentiras.

Las últimas palabras las dijo en un tono que no me daba a entender muy bien la expresión del trasfondo de sus palabras. Aún así continué con la misma actitud.

- ¿Y cómo quieres empezar? – le pregunté agudizando mis sentidos para percibir la menor de sus expresiones. Tampoco podía confiar en cualquiera.
- Hablaba enserio sobre la entrevista – respondió como si fuera la cosa más obvia del mundo. – Quiero tener la exclusiva de las primeras declaraciones del Emperador de los resultados de la primera reunión de la Cumbre. Me darán algo bueno en Telesol por ello, yo tengo que ganarme la vida.

No podía creer lo que oía, esta chica o era la mujer perfecta o estaba perfectamente loca.

- Te daré la entrevista – le dije – Dame tu número y yo te llamo más tarde para decirte en donde.

Ella soltó una nueva carcajada.

- Entonces... ¿el Emperador en persona me llamará a mi dispositivo móvil?
- Sí, yo también uso uno aunque no lo creas – le contesté con simpleza.
- Es un trato – me dijo ella robándome un pequeño beso.

Durante el día siguiente a la ceremonia de la Cumbre mi día estuvo infestado de trabajo.

Primero me reuní con el Emperador Hannan, quién después de mucho había cedido a permitir la práctica del catolicismo como religión alternativa en su Imperio a cambio de yo dejarles entrar a sus lugares santos e instalar una embajada soberana en ellos, claro está con

la autorización previa del Senado. De esta forma abría dos puertas, ambas con doble filo. Con el Emperador Amad, había tenido una reunión con deliberaciones similares.

Después me reuní a solas con Sheiffel Ordana, su Galaxia era casi tan próspera como la nuestra y por ello era vital impulsar nuevas tecnologías; científicamente ellos estaban mucho más avanzados que nosotros, aunque nosotros contábamos con los poderes apostólicos. También, algo importante era que el mayor consumo, fabricación y tráfico de nano drogas lo tenía El Triángulo y ello alimentaba a grandes mafias del crimen organizado dentro de la Confederación.

Con el Presidente Ordana, acordamos realizar un esfuerzo bilateral por socavar a las mafias intergalácticas además de la decisión de abrir un centro científico patrocinado por las dos Confederaciones.

Ahora todo giraba en torno a mi más grande ambición dentro de esta cumbre: incorporar al Imperio a Nenfes, Aeven y Astrilia. Justo en ese momento me encontraba con los Jefes de Estado de las tres entidades, William y el Premier nenfiano. Conmigo no podían faltar el Dr. Chelsea, la Cardenal Zcaprio y Enrique, a quien no sé con qué cara lo miraba a los ojos, pronto tendría que decirle lo sucedido con Maryann y temía por su reacción.

- Déjeme ver si entiendo Majestad – comenzó Ernest Duvó – ¿Usted nos pide hacer oficial la religión Católica Romana y la Constitución de su Confederación en nuestros sistemas y reconocerlo a usted como Jefe

- de Estado a cambio de subsidio económico y protección militar, manteniendo el autogobierno?
- En esencia Sr. Duvó. – le respondí con simpleza.
 - ¿Hasta dónde llegará el autogobierno? ¿Yo seguiría siendo Reina? – preguntó la Reina Sybilla.
 - Claro que sí Majestad, ustedes se encargarían del gobierno interno, casi que como hasta ahora. Es evidente que ustedes solos no tienen la fuerza militar para combatir a otras entidades que buscan la soberanía sobre sus sistemas. Ni tampoco cuentan con la economía para competir con el Triángulo o las dos Andrómedas.
 - ¿Lo hace por vanidad Majestad? – me preguntó directamente Yaler Baontrú después de unos instantes de silencio. – Me refiero a... ¿qué gana el casi invencible Imperio Apostólico con anexar a tres sistemas que no le hacen falta?
 - Es mi deber – le respondí con franqueza.

A diferencia de la gran mayoría de las ocasiones la Cardenal Zcaprio situaba su mirada un poco ida hacia sus propios pensamientos. Se notaba tensa, y me atrevía a suponer que algo había pasado con William. Pero ahora estaba a lo que estaba, investigaría después.

- Suena interesante su propuesta al menos en el caso de Nenfes, Majestad, llevaré la propuesta al Parlamento de nuestro Sistema – me dijo Paolo Alcapro II en tono cauteloso, sabía que no estaban plenamente convencidos y sí poco más intimidados.
- Nos pronunciamos en el mismo sentido. – espetó la Reina Sybilla que utilizaba un pronunciado escote en

un vestido azul turquesa. – Las religiones nativas de Aeven están cayendo en el olvido. Yo misma soy cristiana conversa, creo que no habrá mucha diferencia. Pero al igual debemos de consultarlo con nuestra Asamblea.

Yaler Baontrú se quedó un momento en silencio y pensante.

- Pues lo que prosigue es fijar una fecha para la resolución del Tratado de Protectorado y trabajar en el tema en nuestras legislaturas. – por fin dijo.

Sonreí triunfalmente, me atreví a voltear a ver a Enrique quien me guiñó un ojo al igual que la Cardenal Zcaprio una sonrisa. William parecía decidido a no decir palabra ni a hacer expresión.

- Recibí una llamada – me dijo Enrique con tono serio la noche anterior a nuestra partida a Saturno en el despacho que tenía asignado en la base de Calisto. – Era el dueño de la televisora Telesol presentando sus disculpas.
- ¿Y qué te dijo? – pregunté con extrañeza.
- Que pedía una disculpa por la nueva intrusión de su reportera Maryann Cienfuegos con Su Majestad el Emperador y que sería despedida de inmediato.

Me quedé helado. ¿Cómo era posible que yo pensara que Enrique no se enteraría por su lado? Era mi secretario particular y casi todo lo que me pasaban, pasaba por él primero. No pude más que desviarle la mirada.

- ¿Te acostaste con ella? – me preguntó con voz neutra.

Permití eso del antiguo dicho de "*el que calla otorga*".

Sin verlo venir sentí el puño de Enrique golpear con fuerza sobre mi pómulo.

- ¿¡QUE DIABLOS TE SUCEDE?! – le pregunté en un grito reprimido para no causar escándalo. - ¿Por qué sólo con ella te molesta? ¿Qué hay de Triana? ¿Qué hay de todas?

Enrique endureció sus perfectos rasgos masculinos y vi estallar aún más furia dentro de él. No podía ocultar que se encontraba sufriendo y lo que más me asustaba es que quizá yo disfrutaba con ello. Tenía el control.

- Cualquiera que te conozca se daría cuenta que esa reportera de cascos ligeros te trae loco – me dijo con pesadez – Esto no creo que sea sólo una aventura.

Con una lágrima saliéndole del ojo se retiró del lugar. Aunque yo tampoco pude contener una, estaba molesto y asustado y eso me llevó a hacer lo que mi instinto me llamó a ejecutar primero: llamaría a Maryann y a Telesol, que era la televisora más importante de la Galaxia, para que la chica fuera la encargada de cubrir mis eventos oficiales. Quería tenerla cerca.

La maquillista pasaba la brocha sobre mi rostro mientras la peinadora terminaba de arreglar mi cabello. Me alistaba para la entrevista prometida con Maryann en la biblioteca de la base espacial de Calisto, terminada esta, lo único que restaría hacer en el Virreinato de Júpiter sería despedir a

los líderes extranjeros y asistir a una cena de despedida que nos organizaba el virrey. Al terminar esta, mi nave personal partiría con mi comitiva de gira al Virreinato de las Lunas Unidas de Saturno.

Mía entró al camerino donde me arreglaban expresando un poco de estrés y nerviosismo.

- No me han pasado la lista de preguntas que te van a hacer, no podemos aprobar una entrevista abierta – me dijo ella con tono cansino y alterante.
- Confía en lo que hago amiga – le dije en tono tranquilo y relajado.
- Espero sepas lo que estás haciendo...

Se abrió la puerta del camerino y entraron Román y Enrique. Frente a los hermanos Fregotte, Enrique se controlaría, aunque era cierto, apenas y me dirigió una mirada fría y una mueca cuando estuvimos en presencia el uno del otro por primera vez desde que él me había golpeado.

- Majestad, hemos intentado disimular el hematoma que tiene en su pómulo lo mejor posible, si bien no podemos hacer más... – me dijo la maquillista a cargo y al escuchar ello Enrique no pudo evitar dirigirme una mirada de *"te lo mereces"*.
- ¿Qué te pasó en el ojo? – me preguntó Román apenas lo notó.

La pregunta me cayó por sorpresa.

- Un accidente con el robot de vestuario – le dije con lo primero que se me vino a la mente.

Román pareció dar por finalizado el tema creyendo lo que yo le había dicho. Pero me pareció, según su expresión, que Mía no se tragaba mis palabras y más aún: parecía saber algo... ¿sería que ella haya estado platicando con Enrique? Después de todo, la relación entre ellos dos siempre había sido la de una amistad llena de comprensión y confianza.

- Descuiden – dije en tono despreocupado, tampoco le daría el gusto a Enrique de salir con un hematoma en plena cara en un mensaje que verían miles de millones de individuos dentro y seguramente, también fuera del Imperio Apostólico.

Me paré frente al espejo, humedecí mi mano con un poco de vino consagrado que llevaba en una pequeña botella en mi bolsillo. Me llevé mi extremidad hacia el ojo cuando el contacto de las gotas de vino con los líquidos oculares provocó un fuerte ardor del que se crearon algunas lágrimas. Con el escurrir del vino mezclado con mis lágrimas el hematoma y la inflamación cedieron por completo. Había usado mis dotes apostólicas para curarme.

- Impresionante – dijo la voz de Maryann que entraba al salón de la entrevista vestida elegantemente sexy, como a mí me gustaba una mujer. Usaba un vestido amarillo que contrastaba preciosamente con su piel apiñonada y ojos claros. – Me alegro que siempre esté listo para cualquier ocasión Majestad. ¿Está usted listo?
- Eso creo. – dije con impaciencia – ¡A darle!

- Sí, nos damos cuenta que Su Majestad Imperial siempre está dispuesto para entrar en acción cuando se encuentra cerca de la señorita Cienfuegos – se atrevió a decir Enrique en un tono que claramente pudiera ser escuchado.

Por un momento tuve la intención de regresarle el golpe que él me había dado. Pero segundos después recordé de quién se trataba y que jamás podría hacerle daño. No me quedó otra más que evadir el molesto comentario con un ademán de broma. Se empezaba a sentir la tensión entre Maryann y Enrique por mí, y mi ego disfrutaba de ello.

Maryann se sentó a mi lado en dos sillas dispuestas a los laterales de una bandera Imperial, con la biblioteca de la base espacial de Calisto como sede. El director avisó que en diez segundos estaríamos al aire. Tomé postura.

- Saludamos a todos nuestros televidentes en cada rincón del Imperio del Sol y a los que nos sintonizan más allá de las fronteras. – comenzó Maryann – Esta noche me encuentro en entrevista en vivo con nada más ni nada menos que con el hombre que encabeza el gobierno de nuestra Confederación, Su Majestad Imperial León Astoria I... ¿cómo está Sr. Emperador?

Sonreí a Maryann y a la cámara un segundo antes de responder.

- Contento Maryann de estar contigo y con tu público, agradezco la invitación para hacer esta entrevista, que más que una invitación es una obligación con mi cargo darles cuentas a ustedes. Además de eso contento,

llena de éxitos para nuestra Confederación esta Primera Cumbre Intergaláctica.

Maryann sonrió sensualmente, no lo importaba no disimular ante toda la galaxia. ¡Qué mujer!

- ¿Qué logramos Su Majestad?

Pronuncié aún más mi sonrisa ante el tono de una alumna que toma apuntes de su sexy profesor.

- Muchas cosas, pero lo más importante fueron dos logros: Se va a mantener la paz del universo próximo y se adhieren en calidad de protectorados tres Sistemas más a la Galaxia, con lo que sólo nos faltarían nueve para tener a la Vía Láctea entera, estos sistemas se trata de los de Nenfes, Aeven y Astrilia – le expliqué al público de la chica de la sensual sonrisa – Y claro está también se obtuvieron beneficios de cosas que ya se venían hablando: seguridad, cooperaciones multilaterales, tratados de libre comercio y desarrollo sustentable.
- ¿Para cuando entrarán en vigor estos acuerdos?
- Deben de pasar por los trámites de autorización legislativa propios de cada entidad, pero esperamos que todo se resuelva en al derredor de seis meses terrestres.
- Dígame Majestad... ¿Qué gana el soleino promedio o el lacteano común con esta Cumbre?
- Bueno, yéndonos a casos específicos si un ciudadano de la Confederación sale de ella, tendrá la seguridad de ser tratado con civilidad y equidad en las entidades con las que firmamos el tratado sin importar su

religión o cualquier otra peculiaridad que lo diferencie como individuo, claro está, siempre respetando las leyes vecinas.

- ¿Fue difícil esta negociación?
- Fue lo necesariamente difícil – le respondí – En el afán de lograr acuerdos que nos beneficien a todos es necesario llegar a negociaciones y abrirse a otros puntos de vista, respaldando siempre al bien mayor.

Maryann sonrió unos segundos con apreciación.

- Hablando de otros temas Majestad... ¿Cómo ve usted la integración de los autóctonos con alma al Estado de Derecho de la Confederación?
- Es necesario tener bien claras las cosas y qué seres son los que tienen capacidades racionales y en tanto, pueden ser sujetos a responsabilidad. Trabajaremos en ese sentido.

El resto de la entrevista aconteció con preguntas referentes a crimen organizado, seguridad y salud. En las que yo expliqué que me encontraba preparando una ardua iniciativa de Reforma sobre la fabricación, uso y tráfico de nano drogas al igual que el combate a grupos criminales.

Una vez hubo concluido la entrevista, presenté a Maryann formalmente en mi comitiva como encargada de prensa corresponsal de Telesol. Enrique estaba siendo amable con ella. Y Mía, quien sería su jefa directa, también la recibió con cordialidad. Quizá era yo que sólo estaba imaginando cosas y lo mío con Enrique era un simple juego de deseos prohibidos. Me despreocupé por un instante.

Estábamos ya en la pista de transbordadores espaciales para que cada líder regresara a sus respectivas naves nodrizas y luego estas, regresaran a sus planetas.

- Esperamos todo quede resuelto para mayo terrestre – le dije al Emperador Hannan y al Emperador Amad – Espero que para enero de 4410 esté listo todo para que nuestros tratados puedan entrar en vigor.
- ¿Lo conseguirá en su Senado, Majestad Católica? – dudó el Emperador musulmán – Parece que su Canciller Imperial no está muy contento con las medidas.

Guardé un momento de silencio.

- Afortunadamente no es él quien decide – le respondí finalmente.
- Confiamos en su palabra Majestad Católica – me dijo el Emperador Amad en tono conciliador.

Después fue turno de despedirme de Sheiffel Ordana, que platicaba en lo oscurito con William. Si algo había permitido que William no se opusiera al tratado es todo lo que se obtendría de las relaciones y pactos logrados con El Triángulo. El Presidente también se notaba particularmente feliz.

Ernest Duvó, se encontraba con el Gran Duque de Nenfes, Paolo Alcapro, quien con un gesto se despidió de mí cortésmente. Yo hice lo mismo con él y con su Premier.

- Nos veremos pronto Majestad, me agradaron sus ideas, eso sí hay que estipular bien las cosas. – se despidió Paolo con una sonrisa, no era feo.
- Buen viaje, Alteza – le dije devolviéndole la sonrisa.

Enrique que se encontraba cerca de la escena hizo una mueca. Pero no tenía nada que temer. Enrique para mí era el único hombre en mi vida y no pensaba que eso cambiaría algún día, lo de él era algo especial, más allá del cuerpo físico. Respecto a lo que es la mujer de mi vida, Maryann sumaba muchos puntos. Pese a que en Venus vería a Triana no estaba del todo convencido de los sucesos que acontecerían en mi próximo encuentro con la artista y lo más cercano a una novia que había tenido siempre. Pero al final el amor de mi vida se reduciría a una persona ¿quién sería?

El caso que más me llamó la atención fue el de Yaler Baontrú y la Cardenal Zcaprio, que se despidieron de beso en la mejilla y sonrientes. ¿Sería que la admiración del Presidente de Astrilia estaba yendo más allá? Quise pensar que sí, me gustaba para la Cardenal, daba la impresión de ser un hombre serio, bueno y formal. William evitaba mirar hacia el lugar en todo momento.

- Un placer guapo Emperador – se despidió la Reina Sybilla con un beso en la mejilla que quiso hacer de media boca – Será un placer volver a verlo para la firma del Tratado del Protectorado si todo sale como lo esperamos.

Me guiñó el ojo de nuevo y pude notar a Maryann, quien cubría la nota, hacer un gesto de descontento a poco

menos de un metro de dónde me encontraba con la Reina.

La cumbre había sido un éxito, o al menos, eso parecía.

Los jardines en el Palacio de Júpiter eran hermosos y muy distintos a los del planeta Tierra, ambas biosferas eran hermosas y más aún creo que su hermosura radicaba en sus diferencias. La hierba no era tan verde como la de la Tierra, era más de un tono verde-azulado y las plantas y flores manifestaban frutos de todos colores, predominando el rosa, el azul turquesa, el rojo vivo y el morado. Además de que se podía ver a las *humas*, que eran como pequeñas medusas brillantes de diferentes colores que flotaban por entre los distintos árboles y matorrales de la Luna de Europa.

Una cascada que daba al lago junto a la cabaña donde me encontraba en las inmediaciones del Palacio del Virrey, terminaban de atenuar la belleza del lugar.

Me encontraba con Mía, que me comentaba la agenda que teníamos planeada en Saturno. En unos minutos comenzaría la cena de despedida organizada por Su Alteza el Virrey.

- Entonces... ¿Ya está programado todo lo referente a la reunión secreta que tendremos con ese sujeto llamado Yark? – le pregunté.

Yark era el líder de la mayor mafia de tráfico de material ilegal, incluyendo las nano drogas y armas

apostolicotecologicas reservadas para las fuerzas del Estado.

- Sí, ya está todo listo – me respondió ella – El General Bart ya me informó que toda la logística de seguridad está lista.

Perdí mi mirada durante un instante.

- ¿Te puedo preguntar algo de amigos Mía?
- Claro

Guardé unos segundos de impaciente silencio para después hacer esa pregunta que tanta intriga tenía por formular.

- ¿Haz estado platicando con Enrique? – le pregunté con la mayor naturalidad que pude.
- Claro... siempre platico con él...es el segundo al mando.
- Me refiero a cosas de amigos...

Sonreí irónicamente, Mía sí sabía algo y se estaba dando cuenta de que yo sabía que mi secreto con Enrique ya era de su conocimiento. La chica no supo que responderme en un principio, pasados unos segundos, finalmente lo hizo.

- Sólo te quiero pedir que no lo lastimes...
- No tiene por qué salir lastimado, el sabe como es nuestra relación.
- Quizá él no esté muy contento con la forma en la que la llevan...
- ¿Y como la deberíamos de llevar? – pregunté como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Mía guardó silencio y abrió los ojos como platos.

- Mejor pregúntamelo a mí. – se escuchó la voz de Enrique por detrás.

Giré la cabeza para verlo a los ojos y confirmar que era él.

- ¿Desde hace cuanto estas escuchando? – le pregunté.
- Unos instantes apenas – me respondió – Pero te conozco mejor de lo que crees.
- Yo los dejo – se apresuró a decir Mía, antes de salir de la cabaña añadió – Recuerden que en veinte minutos inicia el protocolo de la despedida oficial de León del Virreinato.

Durante algunos segundos después de la partida de Mía, Enrique y yo nos quedamos solos y en silencio escuchando el salpicar de la cascada que yacía fuera.

- ¿Alguien más lo sabe? – pregunté finalmente.
- No...

Estuve a punto de preguntarle el por qué le había contado a Mía, pero en un instante entendí que no podía rebasar la vida personal de Enrique cuestionándolo por contar algo que le pertenecía tanto a él como a mí. Antes de que pudiera decir nada, él se adelanto.

- Escucha creo que por un tiempo perdí mi noción de la realidad – dijo sin poner mucho sentimiento en sus palabras – Me confundí y confundí la amistad con otras cosas, quería pedirte una disculpa y esperar que todo vuelva a ser como siempre.

Por una milésima de segundo me pregunté a mi mismo si lo que acababa de escuchar realmente había salido de la boca de Enrique. Mientras mi ego no terminaba de recomponerse del golpe, yo traté de mantener el gesto libre de expresión. ¿Era verdad lo que me decía?

- No me pidas disculpas – le dije pasando unos instantes por mi mente la idea de besarlo por tercera vez, algo me contuvo. – Es exactamente lo que te iba a decir yo... amigos como siempre.

Y entonces me fundí en el abrazo más extraño de mi vida. ¿Era sólo un gesto de un amigo? ¿Maryann y la idea de mi descendencia estaban impidiendo algo? ¿Mi propio cargo lo impedía? La preferencia sexual no me preocupaba, o al menos no tanto. No me molestaba la idea de que el sexo de mi pareja fuese uno u otro, ello no me hacía ni mejor ni peor persona. Pero aún así mi cuerpo sintió un amargo recorrer, era el abrazo más falso de sentimientos que había dado, pero al final, sólo éramos amigos.

Me encontraba en medio de una amena charla con el padre y la madre de Enrique durante la cena de despedida. Ellos compartían gran parte de mis convicciones y acciones políticas, los Senadores de Júpiter votarían a favor de mis decretos y reformas, era un paso importante en el andar que apenas hacía un año había comenzado.

Durante el postre, Maryann se me quedaba viendo por instantes y cuando volteaba a mirarla, ella movía los ojos

en otra dirección, aunque nunca podía ocultar su hermosa sonrisa coqueta. Me estaba provocando y yo estaba cayendo en sus provocaciones.

- ¿Qué tanto me miras? – le pregunté a Maryann apenas pude cazarla para estar un momento a solas.
- Simplemente es que hoy te ves muy guapo – me dijo en un susurro.
- Y tu te ves hermosa... - le dije al oído.

Ella pronunció su sonrisa monumental.

- Aléjate o van a pensar que hay algo – me dijo también al oído.
- Si lo hay – le dije en un susurro irónico – Y además en la entrevista no te veías muy convencida de ocultarlo.

Me atreví a besarla por primera vez en público. Después de todo el Imperio pronto debería de tener una emperatriz. Como Emperador estaba obligado a buscar a la candidata ideal.

Los ya deslumbrantes ojos de la Cardenal Zcaprio estallaron en chispas de asombro al ver mi escena con la corresponsal de Telesol. Quise voltear a ver la expresión de Enrique, pero no lo encontré entre la multitud. Al recordar nuestra charla anterior, decidí entregarme por completo al momento que estaba viviendo con Maryann.

Los presentes en la cena no se atrevieron a hacer comentario alguno, al único que vi con intenciones de decirme algo fue a Dorian, me le adelanté y brindé con él.

- Cielos León, me gustaría pedirte algo – me dijo el hermano menor de Enrique.
- ¿De qué se trata amigo?

Titubeó durante unos instantes.

- Quería pedirte si me podías dar la oportunidad de acompañarlos en esta gira, me haz contado de lo que tratará y me interesa mucho estar ahí para aprender y si puedo... ayudar en algo – pidió con algo de vergüenza.

Lo miré y lo analicé durante unos instantes.

- Bienvenido al equipo – le dije extendiéndole la mano – Aunque tendrás que mediarlo con tu preparación en Roma, aunque pienso que esto te puede servir como un inicio. Irás con nosotros y yo mismo te entregaré a Su Santidad.

Dorian sonrió, el segundo hermano D’Fenrir se estaba uniendo a mi equipo.

Me encontraba ya en mi cabina privada en la nave que nos trasladaría a mí y a mi comitiva de gira a las Lunas de Saturno. En mi compartimiento iban Enrique, Dorian, Román, Mía, el Dr. Chelsea y para sorpresa o disgusto de muchos también iba con nosotros Maryann, tomada de mi mano. Enrique mantenía el gesto indiferente, después de todo, entre los ahí presentes... ¿Quién tenía el control?

Capítulo 6

Tentación humana

- León despierta, estamos llegando a Saturno – escuché la voz de Mía decirme y sentí su mano removerme el hombro.

Salí de mi ensueño y me incorporé. La sala estaba vacía salvo por Mía y yo.

- ¿Dónde están todos? – pregunté
- Alistándose – me respondió con voz simple – El Dr. Chelsea nos dijo que te dejáramos dormir el mayor tiempo posible.
- ¿Dónde está Maryann...?
- Me dijo que se iba a arreglar – contestó con voz neutra – Está en uno de los apartados de visitas, en el número cuatro.
- ¿Y Enrique...?
- Se fue con Román.

Haciéndole un gesto de agradecimiento cortés a Mía salí de la cabina para ir a acicalarme un poco. Antes de llegar a mi destino: los compartimentos de vestuario, me encontré a Román y a Enrique en un pasillo aledaño.

- ¿Qué hacen? – pregunté

Mi repentina aparición los puso un poco nerviosos. Miré que estaban utilizando una tableta tridimensional.

- ¿Me permiten? – les pedí y sin más tomé el aparato en el que pude ver en un vívido holograma la fotografía tridimensional de mi beso con Maryann durante la despedida en el Palacio de Júpiter. La foto estaba encabezada con el título “Maryann Cienfuegos ¿prospecto a emperatriz?”

Hubo un momento de silencio en lo que yo analizaba el contenido de la nota que decía en pocas palabras que yo me notaba muy interesado en la periodista y ella se dejaba querer. Analicé el rostro de mis amigos y supe que Román estaba enterado de todo. Tampoco se lo reprocharía a Enrique en este caso, pero ¿por qué si sólo éramos amigos seguía contándolo?

- ¿Hay muchas notas como esta? – pregunté
- Básicamente es la noticia más comentada en la Galaxia – me contestó Enrique – Si era lo que querías.

No entendía la cambiante actitud de Enrique, aunque en ese caso, tampoco me entendía a mí mismo.

Volteé a ver a Román quien hizo gesto de “*por favor no me metan en esto*”

Enrique me dirigió una fugaz mirada y luego dijo.

- Me voy a hacer mi deber.

Con esas palabras Enrique desapareció del lugar, después de todo si le afectaba, a ambos nos afectaba.

- ¿Sabes qué estás jugando con fuego hermano? – me preguntó Román en un tono que sólo trataba de orientarme. – Entiendo tu posición pero tú entiende la de él... y la de ella...

Mantuve un momento de silencio y sin poder decir nada, continué mi trayecto hasta los compartimentos de vestuario. Román se quedó en silencio en el pasillo donde lo había encontrado. Apenas doblé la esquina la voz del capitán de la nave anunciaba que estaríamos en los transbordadores que nos trasladarían a la capital del Virreinato de las Lunas Unidas de Saturno, Titán, en veinte minutos; lugar de donde eran originarias la senadora Barshgloom y Maryann, según me había dicho la noche en la que la conocí en Ku.

- ¿En qué piensas hermosa? – le pregunté en tono sutil a Maryann apenas la encontré en uno de los compartimentos. Había decidido que yo no me cambiaría el vestuario, después de todos los actos oficiales y públicos iniciarían hasta la mañana siguiente.
- Desde niña no he venido a Saturno – me respondió ella – Tengo una serie de sentimientos encontrados.
- ¿Tienes familia aquí?

Ella tragó saliva y hubo un nuevo instante de silencio.

- Perdí a toda mi familia en un enfrentamiento de las Fuerzas Imperiales con la Mafia del Tumbo.

La Mafia del Tumbo era aquella que encabezaba el individuo llamado Yark.

- Lo lamento...
- Pasó hace tiempo, ahora vas a hacer de este un lugar más justo ¿no es así? – preguntó dibujando una tenue sonrisa.
- Esa es la idea – le dije yo dibujando una de oreja a oreja para un instante después besarla y de nuevo sentir el contacto de sus carnosos labios con los míos.
- Será mejor que te vayas poniendo en posición.
- Todavía tendremos tiempo para descansar, por ahora solamente tendré una reunión con el Virrey Augustos Soler y será completamente privada... me concentraré en terminar lo antes posible – le informé – Después de la reunión pensaba que tu y yo podríamos vernos en mi habitación.
- ¿No te importan los rumores que se han desatado? – me preguntó un poco apenada.
- Hay posibilidades de que se haga realidad... - le contesté con tono misterioso.
- ¿Emperatriz yo? Que flojera...
- Tiene sus encantos – le dije en un susurro acariciándole el cuello y la besé.

El Virrey Soler era un hombre corpulento, vivaracho y campechano. Había tenido el honor varias veces de encontrarme con él y me había dado una excelente impresión, esta ocasión no había sido distinto.

- Majestad como siempre todo un honor verlo – me saludó el Virrey una vez estuvimos sentados en el despacho central de la Base Militar de la Luna de

Titán. - Ya corriendo los rumores de que se nos casa, tan galán usted.

Solté una carcajada y con un ademán le resté importancia.

- Gracias, y pues no le niego que la mujer me interesa Alteza, pero mejor nos concentramos a lo que venimos. – le contesté muy gentilmente pero la verdad era que quería ir a encontrarme con Maryann en mi habitación y las conversaciones con el Virrey Soler solían hacerse demasiado largas y personales, yo ya hasta sabía de su boca como había conocido a su mujer.
- De eso... - exclamó rápidamente el virrey – Todo está listo para la reunión con Yark y él dice estar dispuesto a negociar siempre y cuando hagamos a Trent Barbera y a la Reina de los Gitanos salir de sus territorios de mercado.

Trent Barbera era el líder de la mayor mafia de fabricación de nano drogas y armamento reservado ilegal en la Galaxia. Mientras que la Mafia del Tumbo había venido a ser la encargada de la distribución. Pero al aparecer la mujer conocida como la Gitana, que había comenzando a traer mercancía ilegal importada fuera de la Confederación, la primera dupla se rompió. Esto, había causado un problema entre las tres mafias y supuestamente yo pactaría con todas y después vería la forma de refundirlos en prisión. ¿Sería posible? Tenía que hacer algo, ya estaban causando muchas muertes en su guerra por el control.

- Creo que sabré manejar la situación – le dije al virrey.

La verdad era que ya me encontraba nervioso por el tema. Esto era completamente distinto a la Cumbre. En este caso la prensa no podía conocer las razones reales de mi visita. Oficialmente esta era para tratar temas de la integración de los autóctonos. Con Barbera me encontraría en Venus y era posible que después de unos meses en la Tierra fuese a Plutón a encontrarme con la Gitana, ahí tenía otros asuntos pendientes.

- Debe de saber Majestad que este tipito es muy astuto y poderoso, no debe de confiarse y mucho menos confiar en él. – me advirtió refiriéndose a Yark.
- Descuide Virrey, tengo un plan.

Mi plan era el de siempre, usar mi inteligencia en el momento de actuar frente a la situación que se presente. Mentira, ya contábamos con una supuesta estrategia.

- Quiero menos sexo y saber más de ti – le dije a Maryann una vez me encontré con ella en mi habitación destinada para esa gira.
- ¿Estas diciendo que el sexo conmigo es malo? – me dijo retándome con una sonrisa.

Me noté sonrojar.

- Lo que pasa es que ya no quiero tener sexo. – le dije sonriendo yo también – Quiero hacer el amor.
- ¿Y te vas a enamorar porque te hable unas cuantas horas de mí? – preguntó irónicamente.

Sonreí.

- Por algo se empieza...
- Tú pregunta y yo respondo – me propuso con una sonrisa y un pequeño beso.
- Así no se vale
- ¿Cómo qué quieres saber de mí? – me pregunto haciendo su voz casi un gemido – ¿Mi pasado...?
- No – la interrumpí – Simplemente quiero saber cómo eres... ¿qué te gusta y que te apasiona?

Ella soltó una nueva carcajada.

- Soy una mujer enamorada de la vida, creo que es como mejor me describiría – me dijo sin más – Me gusta la comida, en especial el chocolate y me apasiona mi trabajo y conocer gente nueva que aporte más diversión y sabiduría a mi vida.

Contemplé su increíble belleza durante unos instantes para después decir.

- Menuda chica me he encontrado... ¿Qué piensas del Emperador tú como periodista? ¿Hace bien su trabajo? – le pregunté.

Ella sonrió de nuevo, sentí algo extraño en el estómago.

- Nuevamente estamos hablando de ti... creí que querías saber de mí...
- ¡Disculpa! Es solo que...
- A veces no lo puedes evitar – me interrumpió – Te gusta hablar de ti y tampoco eso es malo.
- ¿De verdad piensas así? – le pregunté un tanto confundido por la manera en que esta mujer me hacía reaccionar.

- Si – me respondió al instante – Y si quieres una respuesta pues te digo que me pareces un buen Emperador, pero creo que eres aún mejor persona.

Cuando terminó sus palabras me robo un nuevo beso.

- Abrázame – le pedí tumbándome en la cama – Esta noche, quiero pasarla sólo abrazado contigo.

La chica se acercó a mí y me dejó recostarme en su pecho extendiendo sus brazos para abrazarme.

El desayuno con mi grupo más cercano no se hizo esperar a la mañana siguiente. Esa misma tarde se produciría el encuentro con Yark al que conmigo asistirían el Dr. Chelsea, Enrique, Román y Dorian, teníamos todo listo pero debíamos repasar una vez más la estrategia que se usaría con el mafioso. Como hombre de Dios estaba obligado en buena parte a cumplir mi palabra, y si le prometía algo a Yark, en la medida de lo posible y a cambio de su disposición de terminar con esa fatal guerra entre organizaciones criminales tendría que cumplir.

Después del desayuno tuve un encuentro público con el pueblo de Titán. La Luna de Titán tenía una de las biosferas más impresionantes que hubiera visto en mi vida y el olor del aire también era un tanto característico y peculiar. Olía a una mezcla de tabaco, menta y canela con estiércol.

La forma de la arquitectura saturnina era muy bella, llena de vívidos colores y curvaturas propias de los antiguos árabes, el clima en esos momentos era un tanto frío, pero

eso lo resolvían poniendo grandes llamas sintéticas por las calles elevadas a unos cuatro metros sobre el suelo.

- Es impresionante toda la gente que te ha venido a ver desfilar. – me dijo Enrique mientras avanzábamos en el elegante carro aerostático negro en el que recorríamos las calles de la ciudad de Zeus en Titán – Eres popular.

El tono que usaba Enrique para hablarme era uno completamente pasivo y conciliador, fue momento de tragarse el orgullo. Soy muy orgulloso, pero prefiero ser feliz ante el orgullo propio.

- No te hagas... – le dije alegremente en forma de broma – Si ya he visto que tienes tu portal personal en el ciberespacio donde recibes y contestas mensajitos de un montón de gente en toda la Galaxia.

Enrique sonrió, él sabía mi forma de alagarlo. Ambos disfrutábamos de que el otro le hiciera sentir seguro, confiado y atractivo.

- Pues deberías hacer lo mismo es muy divertido – me dijo mientras ambos alzábamos una mano para saludar a la multitud que había ido a acompañarme en mi recorrido hasta el Palacio de Saturno, en el que me reuniría con los gobernadores lunares y senadores imperiales del Virreinato.

Esas reuniones habían sido uno de los pretextos dados a conocer a la prensa para justificar la gira que legalizaría las nano drogas en espacios seguros y acondicionados para la alucinación y los efectos que estas causaban,

regulando siempre su consumo, tráfico y fabricación de donde el Estado conseguiría sin número de ingresos extra por impuestos, esta estrategia había surtido efecto hacía mucho cuando algunas drogas nocivas en el pasado estaban socavando a la humanidad. Lo prohibido a veces atrae más lo deseado. Eso como Emperador lo tenía muy claro, pero... ¿cómo persona?

Con el correr de los minutos y los eventos, tuve la oportunidad de aprovechar para ganar apoyo de los senadores saturninos para las minutas de reforma que enviaría al Senado; también pude pedir el apoyo para la Moción de Revisión de Gobierno que había lanzado William para tratar de evadir una serie de acciones con las que él no estaba de acuerdo.

Después de una serie de actos públicos y protocolarios tuve la oportunidad de sentarme a solas con la senadora Barshgloom, que ya bien me había corregido que ella era de la fría Mimas, no de Titán. Cassandra Barshgloom era la coordinadora parlamentaria de los Senadores de Saturno, además de una gran aliada de mi gobierno, ella sabía los verdaderos motivos del viaje y lo que más me interesaba de reunirme con ella era el poder comentar lo que me había escrito en su carta personalmente.

- Un placer encontrarme en su Virreinato senadora – le dije sonriendo mientras contemplaba los rasgos en común con la Cardenal Zcaprio – Es bueno verla para alentar las acciones que desde el Gobierno Imperial estamos emprendiendo.

La senadora sonrió de una manera extraña.

- Vamos muchachito no me hables de usted que yo tampoco lo haré – me dijo alegremente – Yo te cambié los pañales. Llámame tía Cassandra.

Sonreí ante la ocurrencia de la anciana, pero accedí sin problema alguno.

- Tía Cassandra pues. – le complací – Quiero agradecer todo el apoyo que he recibido de ti en mi primer año al frente del gobierno de la Galaxia, en verdad.
- No agradezcas León, no hay tiempo para ello – me respondió ella cortésmente pero con tono tajante – Ahora es tiempo de actuar. ¿Cómo te sientes con tu actuar?

No entendía la pregunta de la senadora.

- ¿Te refieres a la relación que estoy sosteniendo con Maryann Cienfuegos?
- A eso y a todo lo demás. No debes olvidar quien eres y dónde estás ni por un segundo, la disputa que se está abriendo en el Senado de la Confederación se resolverá por muy pocos votos de diferencia. Tenemos que hacer campaña a favor del sí, debes medirte en tus acciones para no generar la molestia de senadores más conservadores.

Miré a Cassandra Barshgloom con una aire de reproche. ¿Me estaban censurando?

- En tu carta me dijiste que no renuncie a mi vida personal...

- Y no te estoy pidiendo que lo hagas – me respondió sonando un poco más comprensiva. – Sólo ten más cuidado con esa imagen de chico desenfrenado que tienes. Tu gobierno es bien aceptado pero también hay mucha gente que piensa que eres inmaduro y testarudo.
- Pues tengo veintidós años apenas...
- No pongas más pretextos...

Después de meditar un poco las palabras de la senadora me di cuenta que tenía algo de razón.

- Discúlpame tía seré más cuidadoso.

Ella sonrió y me dio un abrazo.

- Perdona si fui muy dura – me dijo pronunciando aún más su sonrisa y regresando al mismo tono cariñoso de siempre - ¿Y cómo es el plan con Yark?

Nos encontrábamos ya en el automóvil blindado que nos trasladaría al lugar pactado para la entrevista con Yark, situada en un castillo en los suburbios de la ciudad de Zeus. Íbamos casi sin escolta, la misión era muy discreta.

En la cabina veníamos el Dr. Chelsea, Enrique, Román, Dorian y yo. El Estado Mayor Militar del Imperio tenía elementos de elite vigilando el castillo en mención, a palabra pactada de que ese día nadie sería detenido y nos encontraríamos en un lugar neutral. Sin embargo, con los poderes de cuatro humanos apostólicos: Chelsea, Enrique, Dorian y yo difícilmente podrían causarnos un rasguño, juntos podríamos hacer estallar llamas y pulverizar a

cualquier humano común de la existencia, por muchas nano drogas que tuviera, pero esto lo prohibía la Iglesia a menos que fuera por protección inminente.

- Es una misión necesaria amigo - me dijo Román al notar mi semblante, él sabía que no me gustaba la idea de pactar con criminales. - Todo irá bien.

Agradecí con una sonrisa el gesto de mi amigo y me tranquilicé un poco, en verdad sus palabras me habían servido.

- ¿Qué tanto podemos confiar en estos individuos? - preguntó Dorian.

- Absolutamente nada, solamente podemos tener fe - le respondió el Dr. Chelsea.

El trayecto hasta el lugar del encuentro fue un poco silencioso y no hubo mayores palabras que las sumamente necesarias.

Por fin llegamos al viejo palacio de hierro oxidado, era muy antiguo, fue construido en la primera expedición que llegó a Titán en el 2492.

- Majestad usted estará custodiado por diez elementos de la Guardia Imperial que irán encubiertos por campos de invisibilidad, además de sus acompañantes del gabinete y por mí. - me informó Bart apenas llegamos.

- De acuerdo Bart y gracias - le dije - Vamos no hay tiempo que perder.

El Dr. Chelsea, Enrique, Román, Bart, Dorian y yo nos adentramos en la oscuridad de lo que parecía un lugar abandonado.

El murmullo de aquella oscuridad creció y nos fuimos adentrando a lo desconocido. Nadie pensaría que al derredor del castillo se encontraban en operación y vigilancia más de mil miembros de los grupos de elite de la Guardia Imperial.

Al entrar al lugar fuimos rápidamente recibidos por un grupo de autóctonos liderados por uno de cabeza con tentáculos.

- Por aquí emperador, el puerco Yark los espera - nos dijo el autóctono de los tentáculos con voz melosamente falsa – Yo soy Mussi, su mano derecha.

Traté de hacer un gesto cortés lo que provocó una carcajada reprimida de mis amigos que sabían que no me gustaba tratar con seres de aquella calaña, pero ante todo le daba prioridad a la diplomacia. Dibujé una sonrisa actoral al extraño Mussi, no pude tener la hipocresía de decir que me daba gusto conocerle.

- Lo seguimos señor Mussi – se apresuró a decir Enrique.

Al tiempo que el autóctono de tentáculos nos hacía un ademán popular para que los siguiéramos, sentí como las energías celestiales de protección eran invocadas por el Dr. Chelsea, uno de los hombres con más poder apostólico del Universo.

Recorrimos varios pasillos hasta llegar a un salón iluminado por calientes llamas artificiales que flotaban en el alto techo de aquel lugar, sentado en un inmenso sillón se encontraba un híbrido gigante de humano con cerdo, con grandes verrugas grisáceas que contrastaban con el tono rosado pálido verdoso de su piel, siendo sinceros olía asqueroso.

- Majestad Imperial, un placer tenerlo acá – me saludó – Al igual que a toda su comitiva. Debo reconocer las extraordinarias labores que su gente ha hecho para su seguridad, creí que sería algo muy discreto.
- Defender al Jefe del Estado de la Galaxia es la misión de la Guardia Imperial y Su Majestad siempre estará protegido. – saltó Bart al instante.
- Entonces no hay que mentir... - comenzó Yark

Arqueé una ceja dándome mi aire, el era un asesino y un traficante, yo soy el Emperador.

- ¿Mentir puerco Yark? – le pregunté con voz diplomática – Este lugar parece ser uno de sus dominios, se suponía que debía ser también un lugar neutral.

El puerco Yark soltó una carcajada.

- Entonces ambos somos mentirosos. – me espetó el híbrido en tono de burla.

No contesté ante su provocación, me limité a mantener una nueva sonrisa actoral; sin embargo sus palabras me habían molestado, en cierta forma tenía razón.

- No se sienta Emperador, es una forma de llevarnos entre colegas – me dijo resoplando en graznidos propios de un cerdo.

Nuevamente sonreí ante la asquerosidad que sentía. Mis acompañantes se limitaban a escuchar, les había pedido no intervenir hasta que yo se los indicara.

- Al grano – le dije - Mi gobierno planea legalizar las nano drogas y la comercialización legal y regulada de muchos productos que ustedes trafican, como ven eso supone un problema para mi gestión – le dije con la voz más autoritariamente educada que pude sacar mirándole firmemente a los ojos, debía percibir cualquier cambio en su semblante. – Eso sin contar lo peor, la muerte de inocentes que no tienen nada que ver con su guerra absurda.

El puerco Yark estalló en una carcajada.

- ¿Me habla de muertes Majestad con todas las que su sistema ha causado entre autóctonos inocentes y medidas crueles para la supuesta evangelización de los seres que no profesan la religión oficial del Imperio? – chilló entre graznidos.

Lo que dijo Yark me dolió, aunque no era del todo cierto lo que decía. El Gobierno Imperial y la Iglesia Católica, Apostólica y Romana solamente buscábamos la salvación eterna para la mayor cantidad de almas posibles. Si bien, cuando William estuvo en el poder las prácticas de conversión de profesantes de otras religiones se había vuelto un tanto más agresiva. En algunos casos era verdad, habían muerto autóctonos con alma inocentes.

- Desde el primer momento que asumí el mando de la Galaxia puse fin a esas prácticas. – le respondí de forma tajante.
- Y vaya que muchos le estarán agradecidos pero no puede cantar victoria – me dijo en tono retador – Según tengo informado el Canciller Imperial ha puesto a disposición del Senado la manutención de los derechos que usted nos ha brindado a los no humanos. Es usted un Emperador débil. Cualquier pacto que hagamos hoy queda sujeto a lo que decida su Senado.

¿Quién se creía este sujeto para hablarme así? Eso no lo permitiría. Por un segundo pensé en reaccionar ante su provocación, pero debía demostrarle que no era un Emperador débil y la forma era mantenerme sereno.

- Déjeme a mí hacer mi trabajo y usted límitese a obedecer en lo que le voy a indicar – le dije viéndolo a los ojos con la mirada helada y firme. – Se les dará concesión gubernamental para producir y comerciar sus productos bajo una marca registrada pagando el setenta por ciento en impuestos por los gastos de indemnización a los daños que su consumo causan. Por poner un ejemplo con las nano drogas se usará el dinero recabado en impuestos para crear centros de recreación de actividades alucinógenas que serán los únicos lugares permitidos para usarlas, también haremos campañas de información y prevención para tener una vida real y no una vida alucinada. La guerra terminó, si no, mis tropas los aniquilarán.

Esta vez Yark se quedó un poco intimidado conmigo. Mi sangre hervía y eso hacía que mi poder apostólico pudiera sentirse, comenzaba a brillarme la piel, algo propio de los humanos apostólicos cuando su ser los hacía concentrar gran parte de energía natural.

- ¿Ha probado usted las nano drogas? – se atrevió a preguntar después de un momento de silencio.

Solté una carcajada de soberbia. ¿Cómo se atrevía ese ser tan miserable a hablarle de esa manera al Emperador elegido por Dios mismo para su pueblo evangelizado? Busqué la mirada de Enrique y en sus ojos encontré la seguridad que tanto me gustaba sentir, pero también me dijeron algo muy claro: “No cedas a la provocación”. La realidad es que estaba lleno de rabia y orgullo herido por las constantes faltas de atención y de respeto que tenía el puerco Yark conmigo.

- ¿Con quién cree que habla usted? – le respondí con tono serenamente soberbio, había disfrazado mi ira con una falsa sensatez. – Aparte de ser humano apostólico y no necesitar de ninguna sustancia para hacer cosas increíbles, soy una persona y un gobernante entregado a Dios y a servir a mi pueblo. No tengo tiempo de andar alucinando, justo me queda para dirigir una Galaxia. Se ve que usted no sabe lo que es ser un Astoria.

El puerco me miró a los ojos con una forma tan extraña que incluso sentí miedo. Luego lo vi dibujar una ligera sonrisa y reprimir uno que dos graznidos de cerdo.

- ¿Y qué significa ser un Astoria? – me pregunto con curiosidad retadora.

Su descaro había ido demasiado lejos, y mi ego estaba lastimado por mi soberbia herida. Poseído por alguna fuerza contagiada me conecté con el canal energético del lugar, pude sentir distintos elementos en el plano en el que nos encontrábamos y pude sentir mi poder apostólico recorrer mis entrañas.

Conecté cada parte de mi ser con cada una de las terminales de poder apostólico y de tecnología humana que había en la sede de la reunión. Haciendo estallar mi ser sentí el calor de mi cuerpo consumir cada una de aquellas terminales, para un segundo después sentir la fatiga y la culpa de haber caído en el pecado, perdí el conocimiento.

Movía las manos en mi cabeza tratando de salir de oscuras pesadillas, no comprendía qué sucedía, mis extremidades físicas no tenían movimiento y se encontraban agotadas.

Al cabo de un instante sentí la inexplicable sensación de exhaustividad orgásmica que provocaba el uso desmedido de poderes apostólicos, también sentía la culpa por haber caído en los pecados de la ira y la soberbia con Yark.

- ¡León! ¿Me escuchas? – escuché una voz que yo amaba a lo lejos de mi ensueño al tiempo que borrosas imágenes se dibujaban frente a mis ojos, sacándome completamente del mundo subconsciente. Había logrado ya mover una mano.

Cuando por fin pude enfocar la vista distinguí inmediatamente los rostros de Enrique y Maryann... ¿de quién había sido aquella voz? Después de reconocer a ellos pude ver un poco más atrás a Román, Mía, Dorian y el Dr. Chelsea.

- ¿Qué sucedió? – pregunté con la debilidad física y el alejamiento con el Creador que había causado mi acción de ira y soberbia.
- ¡Joder macho que has hecho estallar todo el equipamiento apostólico y nanotecnológico en dos kilómetros a la redonda! – me informó Román emocionado - ¿Eso es normal en los humanos apostólicos?
- León es poderoso de espíritu y siempre ha sido dueño de grandes capacidades – dijo el Dr. Chelsea mirándome calificativamente – Aunque sólo él sabrá si lo que hizo fue o no correcto.
- ¿Qué pasó? O sea... ya entendí lo que hice pero ¿en qué terminaron las negociaciones con Yark? – pregunté analizando la mirada del Dr. Chelsea, para mi sorpresa no notaba una total decepción en sus ojos.
- Bueno si querías impresionarlo lo haz logrado – apuntó Enrique con admiración – Toda una serie de equipamientos nanotecnológicos que la Mafia del Tumbo guardaba en el castillo quedaron inservibles, Yark quería llorar en especial por una bomba de conversión de energía apostólica que dejaste humeando.

Después de yo sentirme tan mal conmigo mismo parecía que mi gabinete, excluyendo tal vez al Dr. Chelsea se encontraban incluso orgullosos de mí. Sobre la posición del último tendría que hablarlo con él personalmente.

- ¿Podrían dejarme un momento a solas con el Dr. Chelsea? – le pedí a los demás.

Todos excepto Enrique salieron sin mostrar molestia, este último me dirigió una mirada de reclamación en señal de su disgusto de haberle pedido privacidad incluso a él que era mi Confidente Imperial, y no me molestaría permitirle escuchar; pero si dejaba entrar a Enrique también debería de hacerlo con Maryann: en esta absurda guerra de sentimientos que mantenía debía ser equitativo; pero ella aún no era digna de tanta confianza para escuchar una conversación tan importante como la que tendría con el Dr. Chelsea.

Al cabo de unos segundos estuve a solas con el Dr. Chelsea en una extravagante habitación de tonos púrpura y rosa que hacían un poco chillar la vista. Me incorporé en la cama para sentarme, aún estaba muy débil para ponerme de pié.

- ¿Hice mal Dr. Chelsea? – pregunté con preocupación real.

El Dr. Chelsea me observó unos instantes antes de responderme.

- No hiciste ni bien ni mal, hiciste lo humano – me respondió sencillamente – Eres un gran muchacho, pero no eres perfecto como ningún otro ser más que Dios lo es, y el único hombre perfecto que ha existido

en la historia es Jesucristo que fue y es Dios mismo.
No seas tan exigente contigo mismo.

Me dirigió una sonrisa a la cual yo correspondí al instante que él se ponía serio de nuevo.

- Tampoco estoy diciendo que estuvo bien...

Pronuncié aún más mi sonrisa.

- Descuide Dr. Chelsea no hay nada que me apasione más en la vida que ser humano con todo lo que ello implica.

A esto el Dr. Chelsea respondió con una nueva sonrisa de comprensión.

- ¿Qué sucedió con Yark? – pregunté a mi maestro con curiosidad.
- Dejamos que recogiera sus cosas y se fuera. – me contestó con tranquilidad – Según lo pactado no habría detenidos.
- ¿Accedieron a la paz? – le pregunté con esperanza.
- Dijeron que sí, pero ya sabes... en lo que les conviene tal vez lo hagan – me respondió algo preocupado – Ahora mucho depende de la reunión que tengamos con Trent Barbera.

Tenía que decirle al Dr. Chelsea aquello que tanto me preocupaba desde que había recuperado el conocimiento.

- Maestro el equipo nanoapostólico que tenía el puerco Yark en ese castillo es muy poderoso, realmente estoy

exhausto. El nivel de dificultad no se asemeja en nada a lo fácil que era combatir las nano drogas en las clases que tomé con usted.

- Me di cuenta de ello – anotó el Dr. Chelsea – En verdad por algunos momentos temí por tu vida, no sé si notaste pero estuviste casi treinta horas inconsciente.

Me asusté con lo que me estaba diciendo el Dr. Chelsea, supe que mi cuerpo había hecho un gran esfuerzo con lo que hice, pero no estaba consciente de que fuera a tal grado de poner en riesgo mi vida.

- Descuida, la prensa no se ha enterado y tu agenda está alineada perfectamente, ya nos encontramos en Venus – me informó Chelsea – Ni siquiera la Gobernadora Deep sabe lo que sucedió, ella piensa que únicamente estas algo indispuerto. Tampoco informamos nada al Gobierno del Virrey Soler.

Sentí un poco de más fuerza y me puse de pié para poner en prueba la movilidad de mi cuerpo y sus capacidades, estaba débil pero todo iba a la perfección.

- ¿Cómo reaccionó el equipo ante mi cuadro? – le pregunté con curiosidad.

El Dr. Chelsea dibujo una sonrisa.

- Si con el equipo te refieres a aquellos que amas, me refiero a amigos y demás. No supieron nunca la gravedad de las cosas exceptuando a Enrique, que al ser humano apostólico entrenado casi al mismo nivel

que tú se dio cuenta. Estaba realmente preocupado pero junto conmigo supimos manejar la situación y no generamos angustias premeditadas.

Le sonreí al Dr. Chelsea estando ya un poco más tranquilo.

- Te dejaré dormir unas horas. Cuando despiertes te sentirás como nuevo, ya estamos en la Delegación Imperial de Venus – me informó – Descansa.

Y con una sonrisa mi maestro salió de la habitación y yo, cansado, volví a caer en los brazos del antiguo y mitológico dios griego Morfeo.

Capítulo 7

Éxtasis

A la mañana siguiente me desperté ya completamente recuperado y la primera en hacerme visita fue Maryann, quien me llevo un hermoso ramo de flores venusinas, estas tenían la peculiaridad de brillar solas como estrellas en tonos carmesí.

- Gracias por mantener el secreto con la prensa, incluso con tu televisora – le agradecí tomándola delicadamente de la mano. – Es algo importante para mí.

Ella sonrió y se sonrojó un poco, se veía hermosa con aquel tono rosado en sus apiñonadas mejillas.

- Creo que nuestra relación no es de periodista a emperador... ¿o sí? – dijo con voz aterciopelada acercando su carnosa boca a la mía al extremo que pude distinguir el olor a hierbabuena que procedía de su aliento.

Sonreí ante su osadía que admiraba tanto en ella como en mí. Vacilé durante un instante.

- Claro que no... - le respondí con voz dulce – Es más, después de liquidar mi primera agenda del día, me gustaría que pasáramos un rato juntos por los bellos matorrales venusinos, a solas... ya sabes.
- Me encantaría – me dijo sonriendo y rosando sus labios con los míos. - ¿Es una cita?
- Si así lo quieres ver...

El primer evento oficial de la gira de trabajo por el Planeta Soberano Asociado del Estado Imperial de Venus no se hizo esperar y estuve reunido a muy temprana hora junto con mi comitiva con la Gobernadora fachuda Barbara Deep y con diversos senadores provenientes de distintos rincones de la Galaxia que simpatizaban con la ideología del Partido Católico Conservador, que era el que tenía la mayoría simple de legisladores y representantes, además de supuestamente ser el ala política más cercana a la Institución Imperial y al Vaticano; pero también esta era la gente más allegada a William de Serbin, lo que suponía un manojito de dobles lealtades. También estaban algunos de la segunda fuerza política representada en el Senado: el Partido Nueva Generación Cristiana, que representaba los intereses más liberales y laicos de la Galaxia. Es decir, esta opción política entre otras cosas, respaldaba a los autóctonos y entre sus filas contaba con algunos de ellos como militantes.

Esto era algo muy paradójico y complejo. Supuestamente los que apoyaban más aperturas democráticas y la integración popular de la Galaxia habían sido los más

afines respecto a hacer elecciones para un Primer Ministro de la Confederación que fuera Jefe de Gobierno y yo rendir únicamente la función de Jefe de Estado y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, nunca habían llegado muy lejos en eso.

Pero ahora mis políticas estaban beneficiándolos a ellos y generando un poco de mayor molestia en los senadores conservadores radicales. Como Emperador de la Galaxia no podía pronunciarme a favor o en contra de ningún partido, era Emperador de todos los lacteanos.

- Lo que pedimos en el Virreinato de Urano es que se nos otorgue la calidad de Estado Soberano Asociado. La monarquía interna ya no es bien vista por el pueblo de nuestra entidad. Queremos el mismo estatus que tienen Mercurio, Marte, la Tierra y Venus como Estados Imperiales en los que su gente pueda elegir al Jefe de Gobierno interno del planeta. – dijo Baltazar Blynn, un joven idealista senador de Nueva Generación.
- Perdónenme senador Blynn, pero no creo que los distinguidos Virreyes de Urano estén contentos con ese posicionamiento – exclamó el anciano senador conservador terrícola Joseph Oprill en tono sarcástico y casi burlón.
- Creo que es más importante lo que opine la generalidad del pueblo Uránico – espetó con algo de indignación el primer senador mencionado.
- Con todo respeto senador Blynn, la posición que usted tiene se la debe a la posición de su familia con la que últimamente ha estado distanciado, sin renunciar a sus

beneficios – le echó en cara el senador Loren del virreinato de Saturno.

- No estamos tocando el tema de mis relaciones familiares ahora senador Loren, de cualquier forma los actuales virreyes mantendrían el título y beneficios de Barones de Honor, como los tiene la familia Borbón en la Tierra.

Los senadores esperaron una reacción mía, pero preferí mantenerme al margen de sus debates partidistas, yo era Emperador en todos los institutos políticos.

La forma en la que se elegían los senadores era muy diversa. La mayoría eran electos por sufragio público, unos cuantos eran designados por los Virreyes y Gobernadores; otros representaban a las naciones, la mayoría terrestres, y unos pocos eran titulares de senadurías vitalicias y hereditarias, como era el caso del Senador Blynn. Quien heredó de su padre al morir la senaduría oficialmente inscrita en el Partido Católico Conservador para cambiarla al que ahora militaba.

- Si se lleva a cabo un proceso legítimo tanto en Urano como en el Senado estoy seguro que se puede llegar a un arreglo sobre el status del contrato político de este planeta con la Confederación – les respondí para dar por concluida la discusión.

El viejo senador Loren me dirigió una mirada calificadora, al momento que el también senador Oprill hacía lo que parecía una mueca. Lo sentía muchísimo, pero era real el descontento del pueblo de Urano con su actual status político. Más que nada porque las figuras de la monarquía

interna de ese virreinato se habían visto involucradas en una serie de escándalos políticos y sociales a diferencia de los otros cuatro virreinos dentro del Sistema Solar: Júpiter, Saturno, Neptuno y Plutón. Donde las familias gobernantes gozaban de altos niveles de popularidad.

Después de este peculiar incidente entre los tres senadores, la reunión con todo el grupo de legisladores asistentes transcurrió con total normalidad. Era ahora el momento de escuchar el veredicto de los coordinadores parlamentarios de ambos grupos políticos, esto sería en privado.

- Majestad debo de comunicarle que el Partido Conservador Católico estará encantado de darle su voto de confianza en la revisión que emprendió el Canciller Imperial en las determinaciones tomadas hasta el día en que se presentó dicho recurso. – me informó Joseph Oprill con una sonrisa que yo veía más como otra mueca – Sin embargo, para las nuevas políticas que usted planea emprender, no puedo prometerle nada aún. Nuestros legisladores y militantes se encuentran divididos.

El senador evitó mi mirada cuando me dijo esta última información.

- Entiendo su postura Senador, descuide – le dije taxativamente – Lo ideal es que cada senador vote a conciencia propia.
- ¿Qué está proponiendo Majestad? – preguntó el senador Blynn quien hasta ahora se había mantenido en silencio en una reunión en la que sólo participábamos nosotros tres.

- Según manda la Constitución, si el Emperador sospecha que el Senado tiene el riesgo de estar recibiendo presión de algún tipo. Tiene la posibilidad de hacer una Moción de Secreto en la que los senadores podrán votar de manera anónima en una urna, sin poner nombre ni instituto político. – dije de manera seria.

El senador Oprill se quedó sin expresión lógica por lo que le acababa de decir, creo que yo también, pues era algo que se me había ocurrido en el momento. Por su lado, el senador Blynn me miraba con sorpresa y admiración.

- ¿Está Su Majestad censurando a los partidos políticos?
– me preguntó el senador Oprill con frialdad.
- Estoy privilegiando la libertad de conciencia de cada senador – le respondí de forma tajante.
- Los senadores de Nueva Generación estaremos encantados con esta medida Majestad. Usted está dando muestras de saber hacer evolucionar los sistemas de nuestra Confederación – apuntó el Senador Blynn a lo que no pude resistir en saludar con una sonrisa de oreja a oreja.

Me encontraba acostado en mis aposentos designados para la gira, la habitación era aquella misma en la que reinaban los tonos púrpura.

Estaba feliz y satisfecho. La medida que había decidido tomar en el Senado ya había salido a la luz pública tras un

comunicado que firmé apenas les informé de esto a los Senadores Blynn y Oprill. No podía permitir fugas de información por otro lado, tenía que ser la Institución Imperial quien diese la noticia y así fue. Para mayor agrado mío la prensa y la opinión pública veían como un gesto democrático e inteligente la medida que acababa de resolver para que los senadores pudieran votar "a conciencia" las importantes declaraciones y decretos que ahora vendrían.

Miré al pequeño Balian, acurrucado como siempre en mi cama. Por un momento no pude evitar pensar en Enrique y en el distanciamiento que vivíamos. Me hubiese gustado tener a mi lado al mismo Enrique que me regaló aquel perrito por mi cumpleaños veintiuno.

La puerta sonó.

- Adelante – respondí poniéndome en postura.

Era Román.

- ¿Cómo estás hermano? – me preguntó con una sonrisa cariñosa.
- Bien, creo que le ganaré a Serbin en la primera votación en el Senado. – le respondí entusiasmado - ¿Viste su reacción ante la Moción de Secreto? No se lo esperaba.
- Supongo que diste un buen golpe con esa medida, felicidades... pero voy más allá de eso – me dijo sonriendo de nuevo - ¿Cómo estás tú León?

En un primer instante no supe a qué se refería, pero después de unos segundos caí en cuenta que el tema

que Román quería sacar era uno que no quería yo tocar. Por eso mismo mi única respuesta fue el silencio.

- ¿Estás seguro que no quieres tocar el tema? – me preguntó comprendiendo mi mensaje.
- Seguro – le respondí tratando de esquivar su mirada.

Román me ayudó, me ayudó sin cuestionarme y dándome su presencia en aquellos momentos. Era una verdad casi absoluta que un buen líder debía renunciar a mucho para mantener de pie y progresando aquello que lideraba. Siempre actuar por el bien mayor.

La puerta volvió a sonar y por ella aparecieron Mía, Dorian y para mi maravillosa sorpresa mi querida Triana.

- ¡Cómo está la reina de las guapas de mi Imperio!? – saludé con entusiasmo a Triana dándole un gran abrazo.
- Muy bien señor Emperador... ¿cómo está usted? – me respondió ella con una bromista sonrisa de oreja a oreja.
- Tratando de que no me saques de los telediarios dando notas más interesantes que aquellas relacionadas con la política.
- ¿A qué te refieres? – me preguntó con simpleza.
- A los rumores que explotan en la prensa de que ya estás enrollada con Bryan Soldien – le dije con una sonrisa que metía hilo para sacar listón. Después de todo los dos teníamos un pasado juntos y consideraba que debíamos darnos una buena explicación para mantener ilesa nuestra amistad.

Triana hizo un gesto pícaro mientras yo observaba como Dorian y Román no podían quitar los ojos de ella. Mía comenzaba a celarse pese a Triana ser buena amiga suya.

- Vamos León, ese chico Soldien es verdaderamente afortunado si cuenta con el amor de una dama como Triana – dijo Dorian embelesado soltando la mano de Mía para saludar y besar en la mejilla a mi famosa amiga. – Soy Dorian D’Fenrir, Príncipe de las Colonias de Júpiter.
- Un placer Dorian – le respondió ella - ¿Eres hermano de Enrique verdad? Es un muy buen amigo mío.

Dorian sonrió, pero lo que más me llamaba la atención era el silencio y el semblante de intimidación que mostraba Román ante Triana. ¿Serían ciertas mis sospechas de siempre que él sentía algo por ella?

Mía estalló y agarró la mano de su novio.

- Dorian me parece que Triana tiene mucho que hablar con León, deberíamos dejarlos a solas – dijo ella – Y lo digo también por ti hermano.

Mía pronunció un poco más fuerte las palabras dirigidas al otro hijo de sus padres para sacarlo del estado de ensimismamiento intimidado en el que se encontraba.

- Claro – espetó Román sonrojado – Un placer volver a verte Triana.

Y con estas palabras los hermanos Fregotte y Dorian, de la mano de Mía salieron de la habitación para dejarme a solas con la bellísima Triana Pirau.

- Pequeño León... ¿Cómo te has portado? No muy bien eh...
- ¿Por qué lo dices? – pregunté con inocencia fingida tratando de contener una carcajada, era obvio que se refería a lo mío con Maryann.
- Eres malo haciéndote tonto – apuntó con una sonrisa.

Hubo un momento de complicidad silenciosa, la cual para mí, no fue muy cómoda en esta precisa ocasión.

- ¿Es lo que quieres León? – me preguntó tornando su voz seria – Y no lo digo por mí, por alguna extraña razón sé que entre nosotros ya no habrá más que una muy bonita amistad.

Las palabras de Triana me dejaron sin expresión.

- No sé por qué todo mundo me pregunta que es lo que quiero – respondí algo molesto. – Si respecto a lo que tanto chingan en saber no sé la respuesta.

Esto último lo dije con un deje de amargura.

- ¿Qué haces con Maryann?
- Es que sí la quiero, es algo muy complicado ¿sabes?... pero a ti te consta que no soy un marica.

Triana me miró casi indignada.

- ¿Entonces para ti Enrique es un marica?
- No dije eso...
- ¿Entonces qué León? – me preguntó casi en un grito de reclamo – ¿A estas alturas de la humanidad te sigues preocupando por cosas que se superaron o al menos dijeron superarse desde hace siglos?

- Su Santidad renunció a la senadora Barshgloom aun pudiéndose casar con ella, pero no lo hizo, ellos mantuvieron claras sus prioridades y mi prioridad es y será cuidar de mi Imperio y engendrar y criar a un buen hijo y heredero de este. – le respondí casi en un aullido de dolor – Además... ¿Qué no entiendes lo que te digo? Sí quiero y sí me fascina Maryann. Tú sabes como soy en la cama.
- Y en la cama eres un astro León... pero creo que la sexualidad va más allá de si tienes pene o vagina. Se vincula con los sentimientos.

Mi amiga y ex amante Triana me dejó sin palabras.

- ¿Y cómo sabes que entre Enrique y yo hay sentimientos? ¿Te ha ido contando por ahí?
- Siempre lo sospeché, pero... sí alguna vez se desahogó conmigo, pero fue hace tiempo, a él no le gusta tocar el tema ya.

Sus palabras me dejaron sin aliento. ¿Cómo era posible? Triana pensaba que yo estaba enamorado de Enrique y quizá lo estaba, pero no comprendía aquellos sentimientos y pasiones que también Maryann producía en mí y que en algún momento ella misma lo había hecho. Además ella no comprendía de deberes más allá del mero entretenimiento.

- ¿Entonces sabiendo que yo estaba confundido con Enrique tú te acostabas conmigo y luego se lo platicaban entre los dos? ¿Qué clase de personas son? ¿Están locos?
- Tan locos como tú... - me respondió enérgicamente – Pero no, no fue así... fue un proceso muy duro para

ambos pero decidimos aceptarlo y compartirlo para cargar con ello los dos juntos. Pero tú jamás lo aceptaste, creo que hasta ahora lo haces.

- ¿Aceptar el que? – pregunté elevando el tono de voz.
- Nada, León nada... - balbuceó ella - ¿Quieres a Maryann entonces? ¿La amas?
- No lo se... - respondí diciendo la verdad – Hay muchas cosas que me gustan de Maryann tanto físicas como sentimentales, al igual que hay muchas cosas que siempre he admirado en Enrique... tengo veintidós años y supongo que puedo esperar a corroborar quien es el amor de mi vida. Enrique conoce de la situación, jamás lo he engañado.
- ¿Y no te engañas tú León?
- No – respondí con rotundidad – Me gustaría mucho conocer más a fondo a Bryan para saber que ideas te ha ido metiendo.
- No digas tonterías...
- ¿Es él mejor que yo? – le pregunté ahora reclamándole a ella. Se había enrollado con su colega cuando supuestamente existía algo entre nosotros dos.

Triana abrió sus grandes ojos como platos.

- ¿Después de todo te vas a atrever a reclamarme por mi relación con Bryan?

Respiré largo y profundo. Triana tenía razón, lo único que estaba haciendo ella era tratando de ayudar a dos amigos. Lo que no entendía era el por qué de su rechazo sutil hacia Maryann. Eso hacía que la saturnina me atraillase más.

- Mira Triana, no quiero pelear y sé que esto viene de varios años para acá, pero dejémoslo en qué yo aún sigo confundido en lo que quiero en ese ámbito de mi vida. Por el momento no estaré en compromiso con ninguno de los dos. Trata de llevarte bien con Maryann, ella no es la mala del cuento, créemelo cuando te lo digo.

Mi amiga me abrazó con un largo suspiro.

- Te quiero León – me dijo al oído.
- Yo también – le respondí – Y que sepas que Maryann tiene mejores tetas que tú.

Ella me dio una cachetada y luego soltó una carcajada.

- ¿De verdad? Pues no me importa – me dijo sacándome la lengua y volviéndome a abrazar.

Había logrado escaparme un rato de mi guardia personal y tal y como se lo había prometido a Maryann, usé ese tiempo para pasar un rato a solas con ella en los matorrales húmedos del Palacio de la Delegación Imperial de Venus.

- No tienes una idea de lo tranquilo y despreocupado que me siento aquí a solas contigo, me haces pensar cosas mágicas. – le dije a la saturnina rosándole los labios con un susurro.
- ¿Qué tipo de cosas? – me preguntó haciéndose un poco para un lado de mi boca.
- Pues en tener una vida juntos, en lo hermosa cómo te verías con la corona de Emperatriz, en tener hijos y

me des un heredero... en ese tipo de cosas. – le dije con voz aterciopelada.

El gesto de Maryann se tornó algo tenso e incómodo.

- ¿Sucede algo? ¿Dije algo que te molestara?
- ¡No!... No es eso, es sólo que suena demasiado mágico para ser real.

Le sonreí con un gesto de expresión, según yo, seductora y sexy.

- ¿No crees en las historias románticas mágicas? – le pregunté con vacilación - ¿Cuántos hombres te han dado una rosa emanada de su propio cuerpo el día que los conociste? Yo sólo conozco a uno y se llama León Astoria.

Ella dejó escapar una sutil risita tonta.

- También se le podría llamar mágico al grado de engreído que eres. – me dijo acariciándome la barbilla.

Le sonreí de nuevo a la hermosa chica, que en ese momento aún vestida casual y sin mucho maquillaje se veía estupenda.

- Soy engreído pero engreído buen plan... - objeté sin dejar de sonreír.

Maryann soltó una carcajada.

- ¿Y cómo es ser engreído buen plan?
- Pues que sí lo soy pero no ofendo a los demás y uso lo que tú llamas ser engreído para exigirme más a mí mismo y dar lo mejor de mi persona a Dios, a mi Imperio y a mi prójimo.

- Interesante descripción de la palabra engreído.

Reinó un momento de silencio entre nosotros dos, no sé si cómodo o incómodo.

- ¿Y a cuantas personas les hablas de la misma forma que a mí?
- A ninguna persona le hablo como a ti. Tengo sentimientos por otras personas pero cada quien es especial. Te quiero Maryann, eso no lo dudes.

Hubo otro momento de silencio en el que sí me sentí incómodo.

- ¿Entonces es cierto que has tenido que ver con Enrique D’Fenrir? – me preguntó en tono neutro.
- Sí – dije sencillamente, no podía mentirle.

Maryann guardó unos instantes de silencio y sin expresión alguna en la cara. Por un momento temí que me arrancara los pelos en ese mismo momento.

- ¿Y lo quieres a él o a mí? – preguntó manteniendo la misma voz neutra.
- Los quiero a ambos... simplemente que no sé de qué manera a cada quién... ambos tienen cosas diferentes. – le dije deteniéndome un momento al ver fuego estallar en sus ojos, realmente me excitaba y me intimidaba – Pero nunca he tenido que ver nada con él más que unos simples besos y caricias.

En ese momento si pude haber jurado que Maryann me mandaría muy lejos, pero su reacción fue

totalmente inesperada. Ella sonrió y me dio un beso intenso.

- Ese Príncipe de Júpiter no es nadie con quien no pueda competir. – me dijo desabrochándose la blusa que utilizaba. - ¿O qué? ¿Me vas a decir que él te excita más que yo?

Sin poder contenerme la hice mía una vez más, constatando nuevamente que los senos de Maryann eran mejores que los de Triana.

Después de consumir el acto, nos volvimos a colocar en posición las prendas que habíamos hecho un desperren sin quitárnoslas. Me sentía agotado y satisfecho.

- Ganaré tu amor León, estate seguro de ello – me dijo ella con una sonrisa – Nadie te puede dar más de lo que yo te doy, y aunque al principio fuese una aventura ahora es completamente real que te quiero.

Besé de nuevo sus labios, acariciándole un seno y el cuello, luego disfruté el delicioso aroma a vainilla de su castaña cabellera.

Al cabo de unos minutos de estar observando el atardecer venusino, Maryann y yo fuimos espantados por un intenso gruñido.

Voltee lanzando una bola de energía apostólica que golpeó de lleno en el tronco de un árbol cercano. Cuando tuve noción de lo que veían mis ojos pude ver a mi hermoso drofer, Rajha con las alas desplegadas emanando un intenso fuego tibio. Atrás del león venusino estaba Enrique.

- No estaba tranquilo desde que llegó a recargar pilas, ya quería verte – me dijo Enrique refiriéndose al felino volador.

Los leones alados venusinos debían de estar cerca de la Piedra de las Rosas ubicada en una playa venusina para que su energía vital y sus poderes pirotécnicos siguieran funcionando. Me alegró coincidir con Rajha en Venus en la visita que hacia el periódicamente.

- ¡Ven aquí *Rayuela!* – exclamé llamando a Rajha.

El drofer dio dos zancadas largas para llegar a mí y ponerse en dos patas para aferrarse a mi pecho con las de arriba. Yo le di unas palmadas en la melena mientras el animal emanaba aún más fuego y con más temperatura de sus alas. Según su estado de ánimo el fuego de los drofers era más o menos caliente.

- Hola Rajha – le saludó Maryann dándole unas cuantas caricias. No estuve muy seguro de que el drofer estuviese muy contento por ello.

Puse mi atención en Enrique quien nos miraba a Maryann y a mí con total naturalidad y seguridad. Yo sabía que él fingía y Maryann se veía incomoda.

- Los dejo – dijo ella – Creo que tienen que discutir temas Imperiales.

Y con lo que parecía una lágrima Maryann salió corriendo del lugar.

- ¿Por qué se pone así? – preguntó Enrique con un poco de desdén.

- Por ti... ahora resulta que todo mundo lo sabe – le dije
– Pero no me molesta.

Hubo un nuevo momento de silencio, que pese a ser un poco incómodo no podía evitar la feliz sensación de volver a estar a solas con Enrique.

- Y aunque te molestara... ¿pensabas engañarla a ella y a todo mundo durante toda la vida?
- No... por algo le acepté la verdad – respondí de manera seca.

Rajha emanó una nueva ráfaga de fuego tibio desde sus alas, lo que nos reconfortó a Enrique y a mí ya que hacía mucho frío.

- Me siento en la obligación de decirte algo – vociferó Enrique algo apenado.
- ¿De qué se trata?
- Creo que si vas a confrontar algo tan complejo como las nano drogas y armamento nanoapostólico debes de entender cómo funciona exactamente.

Miré confuso a Enrique durante unos segundos.

- ¿Qué quieres decir?
- Las nanodrogas no solamente te dan capacidades apostólicas – me dijo – También causan alucinaciones muy fuertes, es como vivir un videojuego en tu cabeza y es peligroso lo que hiciste con Yark, pudiste haber muerto.
- Lo sé, me lo comentó Chelsea.

Me quedé pensando en aquello unos cuantos segundos hasta que caí en cuenta.

- ¿Tú me salvaste verdad? Interviniste con tu energía apostólica para ayudarme con el peso.

Enrique se sonrojó.

- ¿Crees que permitiría que algo te pase?

Las palabras de Enrique me dieron seguridad, pero además de eso me dieron mucho miedo. Estaba metido en un triángulo amoroso que dudaba que fuera muy sano.

Volteé la cara.

- Es cuando me molesto conmigo mismo – le dije – Se supone que dirijo una Galaxia y no sé a ciencia cierta cómo funcionan las nanodrogas y los experimentos biotecnológicos.
- Tampoco seas tan duro contigo mismo – me alentó Enrique – Que nunca las hayas probado significa que puedes con tu vida sin necesidad de ayuditas evasivas. No puedes sentirte mal por no hacer algo que no está bien.

Al final me sonrió.

- Además no te pierdes de gran cosa...

Sus palabras me hicieron una explosión en la cabeza.

- ¿Tú sí? – le pregunté casi ofendido.
- Alguna vez... - reconoció casi sin avergonzarse.
- ¿Y lo dices así? Como si fuera normal...
- Escucha... No es algo bueno, ni es algo malo tampoco – me informó – Las sustancias que te evaden de la realidad y hacen que por tener una vida ociosa pierdas

tu realidad son dañinas. Pero existen otras nanodrogas que si las consumes ocasionalmente y con moderación y responsabilidad te ayudan a relajarte un rato. Y eso tampoco está mal. Y lo mejor de todo, hay algunas, sobre todo las biotecnológicas que suponen grandes beneficios para la humanidad y el resto de la creación. Dios y la ciencia jamás han estado peleados para mí. Dios es el mayor científico del Universo.

Analicé durante un momento las palabras de Enrique en silencio desviando mis ojos de su mirada. Cuando regresé la vista hacia él me miró con aquel gesto de aventura y deseo de adrenalina con el que lo había conocido. En ese momento para mí regresó el Enrique de siempre. ¿Cuál era el Enrique de siempre?

- ¿Y qué se siente? – pregunté con aquella curiosidad de adolescencia.
- ¿Has oído hablar de la nanobiocannabis?
- Pues sé que es la versión nueva de la marihuana.
- Bueno, pues con la nanobiocannabis vives una alucinación como si tu vida fuese un videojuego y no es dañina para la salud. El chiste está en saberla controlar.

Esto último lo dijo guiñándome un ojo.

Medité las palabras de Enrique y me di cuenta que él estaba pensando lo mismo que yo. Antes de reunirme con Trent Barbera debía de conocer mejor sus productos. No hay mayor debilidad que la ignorancia.

- ¿Tienes un poco? – le pregunté dubitativamente.

Enrique sonrió y sacó dos pastillas de lo que parecía tiza verde.

- Primero tenemos que ir a un lugar seguro, debemos evitar espacios que nos puedan lastimar y donde no tengamos mucho que destruir.

Me perdí durante algunos segundos en la mirada hipnótica de Enrique.

- Quizás los cielos venusinos sean ideales... - le dije sin poder evitar sonreír.
- ¿Me quieres llevar al cielo y de regreso? – me preguntó con total soltura y masculinidad.
- Puede que sea el plan...

Enrique tomó una de las pastillas entre sus dedos y los chasqueó. Del chasquido salió una chispa y de la chispa un nubarrón denso de color verde el cual se quedó estatico a la altura de mi boca.

- Aspíralo – me dijo.

Tal y como me lo dijo lo hice. En un primer instante sólo tosí muy fuertemente y me lloraron los ojos. La primer cosa extraña que noté suceder en mi cuerpo fue que las imágenes llegaban a mi cabeza en una especie de cámara lenta y sentía una especie de pulsaciones eléctricas en mis músculos. Después olvidé por un instante por qué me sentía así y cuando lo recordé no pude evitar sonreír como estúpido. Era como si hubieran puesto dos ganchos en las comisuras de mis labios. Empezaba a ver destellos de luces de colores y a marearme un poco.

- Escúchame León, yo no tomaré nada cuidaré de ti... disfruta tu libertad estas dos horas que tienes. Todo estará bien.

Con el eco de la voz de las últimas palabras pronunciadas por Enrique me sumergí en mi fantasía sin distinguir qué era real y que era una ilusión.

- Me avergüenza que me veas en este estado – le dije con una voz que no parecía ser mía.

Era verdad, tenía una sensación de evasión que si bien era relajante no me convencía del todo, me hacía sentir un irresponsable.

Subí la mirada a los cielos venusinos. Ese Universo que desde ahí podía observar me tenía a mí como su soberano. Pero pensándolo en ese estado no creía que fuese la persona más plena de la creación. Y el estar consciente de ello me provocó unas ansias locas de comerme el mundo.

Me volví a percatar de la presencia de Enrique, que en ese momento supongo como parte de la alucinación lo veía vestido como un caballero del antiguo medievo.

Enrique se puso a reír a carcajadas. Él estaba sobrio y quien sabe cómo me vería yo en ese momento, supongo verme en ese estado era algo cómico.

Él comenzó a acercarse, aun lo veía con aquel traje. Sus movimientos eran adustos y masculinos. Cuando llego frente a mi sonrió de manera pícaramente tierna y después... después se atrevió a besarme.

- Déjame entrar a tus pensamientos y compartir esto contigo – me pidió Enrique con voz impaciente.

Lo que me proponía Enrique era algo muy fuerte. Cuando un humano apostólico dejaba entrar a otro a su mente debía estar muy concentrado en lo que le permitía ver al visitante. Si me descuidaba Enrique podría ver mis secretos más íntimos. Y todo ser humano tiene secretos que deben permanecer como tales, pero en ese momento y en aquellas circunstancias no me importó tomar el riesgo. Permití que la mente de Enrique se hiciera una con la mía.

- Lo primero que debes saber acerca de la nanobiocannabis es que es interactiva. Incluso los humanos normales pueden conectar sus mentes cuando están bajo los efectos de estas. – me explicó – Ahora veo que te encuentras en un viaje al antiguo medievo.

Rajha se encontraba de pie y vestido con una armadura proporcionada a su cuerpo. El fuego de sus alas daba un ambiente caliente al lugar, supongo que el drofer se encontraba eufórico. Monte sobre su lomo.

- Súbete conmigo. – le pedí a Enrique dejándome llevar por el momento.

El chico hizo lo que le pedí y se aferró fuertemente a mi cintura.

El drofer emprendió el vuelo agitando sus alas con un fuego caliente pero que no quemaba, llegábamos a las nubes venusinas y yo me sentí por un momento como aquel chico que aún no tenía el peso de un Imperio sobre sus hombros.

Me vino por un momento a la mente William de Serbin. Él se había encargado de todo mientras yo era menor... otra vez llegábamos al punto de que William era una de las bases de la Institución Imperial que yo representaba.

Valoré el instante que estaba viviendo y decidí regresar a mi vuelo con Enrique a lomo de Rajha. Me sentía seguro.

Pronto llegamos a la playa en la que se encontraba la Piedra de las Rosas, que era una gran roca en forma de la flor que le daba nombre con llamas plateadas y rosadas a su alrededor, con pequeñas luces que brillaban como un nubarrón de pequeñas estrellas. Varios drofers se encontraban echados al lado de la piedra alimentándose de su especial flama.

Los mares rosados venusinos se encontraban en una calma inspiradora.

- No me parece justo que tú estés sobrio, consume tú también - le pedí.

Enrique sonrió con vacilación durante algunos instantes y luego sacó la pastilla de nanobiocannabis que guardaba. La activó y la aspiró.

La conexión que se suscitó entre Enrique y yo fue más grande de lo que alguna vez había sido. Me sentía un poco menos tenso.

- Sólo abrázame – le pedí.
- Es un poco difícil sólo hacer eso, pero por el momento creo que lo mejor es no hacer más. – dijo en un tierno susurro.

Le quité la camisa a Enrique y él hizo lo mismo, al tiempo que nos descalzábamos y remangábamos nuestros pantalones para instantes después acurrucarnos en el desembocadero de las olas venusinas. No quise pensar en nada más que en lo que estaba viviendo en aquellos momentos.

Me encontraba en una reunión con el Dr. Chelsea, Román, Mía y Dorian atendiendo los últimos asuntos para la reunión con Trent Barbera. En ese momento estábamos en el despacho principal de la Delegación Imperial de Venus.

Supuestamente Enrique también debía de asistir a la reunión, pero había avisado que el Estado Mayor Militar del Imperio había solicitado una reunión urgente con el Secretario Particular de Su Majestad el Emperador.

- Descuiden, esta vez voy mejor preparado – le informé a mi equipo – No habrán arranques en esta ocasión.
- No seas tan duro contigo mismo León – me dijo Dorian al ver cómo un poco de vergüenza se asomaba en mi semblante – Lo que hiciste tampoco estuvo mal.
- No solo no tengo que hacer las cosas mal Dorian, tengo que hacerlas bien. – le contesté con serenidad.
- Has hecho un buen trabajo amigo – intervino Román – Y estoy seguro de que lo harás aún mejor.
- León estará a la altura de cualquier circunstancia – agregó Mía.

Sólo faltaba una pronunciación por parte del Dr. Chelsea quien sonrió y en alusión a las palabras de Mía dijo:

- León siempre ha estado a la altura, es un gran ser humano.

Me sentí feliz al ver el apoyo de mis amigos y mi maestro.

La puerta del despacho se abrió y entró Enrique con la cara de haber visto a un fantasma.

- Los Servicios de Inteligencia han arrestado a Trent Barbera – nos comunicó de golpe – Sucedió en Marte antes de que se trasladara a Venus para reunirse con nosotros.

Lo que sucedía era algo grave. Supuestamente yo negociaría con Barbera y le había dado garantías a cambio de su ayuda. Pero ahora mis subordinados que no estaban enterados de estas negociaciones secretas habían capturado al traficante más buscado de la Galaxia y con ello habían roto una de aquellas garantías que yo le había dado. Me encontraba en una gran disyuntiva.

- ¿Ya lo sabe la prensa? – le pregunté a Enrique ansioso.
- Si, el oficial a cargo de la detención no esperó nada en dar a conocer su hazaña. Ahora la pregunta es... ¿Qué vamos a hacer nosotros? Esta detención es un arma de doble filo ya que la sociedad se encuentra orgullosa de la captura de Barbera y por otro lado necesitamos de la ayuda de este para nuestros fines.
- Lo entiendo perfectamente Enrique – dije un poco aturdido.

Dorian prendió la televisión tridimensional panorámica. En ella apareció William dando la cara a la prensa desde las oficinas de la Cancillería en París, en la Tierra.

- Le damos nuestra más sentida enhorabuena al Servicio Secreto del Imperio por esta detención que sin duda hará sentir más seguras a nuestras familias en cada uno de nuestros hogares. – se oía la voz de William desde las bocinas.

Reinó un momento de silencio.

- Maestro... ¿qué hacemos? – le pregunté al Dr. Chelsea.

Erick Chelsea meditó unos instantes.

- Debemos reunirnos con él tal y como estaba pensado, en total secreto.
- ¿Y cómo haremos eso? – preguntó Román intrigado.
- Lo visitaremos en la Prisión Imperial de Marte.